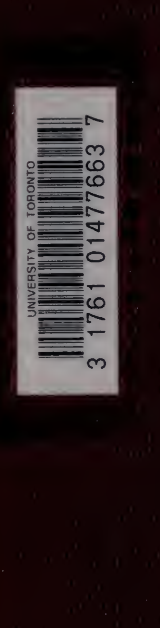


POESIAS LÍRICAS

BIBLIOTECA POÉTICA

(Obras publicadas.)

ACUÑA (Manuel), *Poesías*, con prólogo de F. Soldevilla. 1 tomo.

ARBOLEDA (Julio), *Poesías*, con preliminares biográficos y críticos por M. A. Caro. 1 tomo.

BLANCO (Benjamín), *Poesías*, con prólogo de Eusebio Blasco. 1 tomo.

BARRA (E. de la), *Rimas chilenas*, con la biografía del autor por Leonardo Eliz. 1 tomo.

CAMPOAMOR (R. de), *Doloras y Poemas*, con prólogo de E. Zerolo. 2 tomos.

CONTO (César), *Versos*. 1 tomo.

CUENCA (C. M.), *Obras poéticas escogidas*, con una biografía del mismo, por T. Álvarez y un prólogo de M. de Toro y Gómez. 1 tomo.

ESTÉVANEZ (Nicolás), *Romances y Cantares*, con prólogo de E. Benot. 1 tomo.

FLORES (Manuel M.), *Pasionarias*, con prólogo de Ignacio M. Altamirano. 1 tomo.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ (G.), *Poesías*, con introducción y noticias por S. Camacho Roldán, R. Pombo, M. Uribe Ángel y E. Isaza. 1 tomo.

HEREDIA (José María), *Poesías líricas*, con prólogo de E. Zerolo. 1 tomo.

HERNÁNDEZ (D. R.), *Flores y lágrimas*, con prólogo de Julio Calcaño. 1 tomo.

LLONA (Numa P.), *Estela de una vida*. Poemas líricos, con preliminares biográficos y críticos. 1 tomo.

PEÓN Y CONTRERAS (J.), *Romances históricos y dramáticos. Trovas colombinas*. Con noticia de la vida y obras del autor. 1 tomo.

PEZA (J. de Dios), *El arpa del Amor. — Hogar y Patria. — Recuerdos y Esperanzas*, con prólogo de Manuel G. de la Revilla. 3 tomos.

RAM DE VIU (Luis), *Flores de Muerto y Poemas mínimos*, con prólogo de Faustino Sancho y Gil. 1 tomo.

VELARDE (José), *Obras poéticas*. 2 tomos.

VILLALOBOS (R.), *Memorias de un corazón, tentativas poéticas* con prólogo de M. de Toro y Gómez. 1 tomo





JOSE MARIA DE HEREDIA

POESÍAS LIRÍCAS

CON PRÓLOGO

DE

ELÍAS ZEROLO



PARIS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6


LIBRARY
JAN 19 1967
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO

HEREDIA

SU VIDA Y SUS OBRAS

Á mi hermano Antonio.

Tan fresca está en la memoria la célebre polémica de don Ramón de Campoamor y don Juan Valera sobre la metafísica y la poesía, que al coger la pluma para decir algo de un poeta, la primera idea que ocurre es si tendrá razón el ilustre contendiente que dijo : la poesía « es arte inútil » ó el no menos ilustre que replicó que « es el himno obligado en todas las glorias humanas y divinas ».

Sólo sacamos en claro de aquella lucha literaria el talento poderoso de los contendientes, cosa que no abona nuestra perspicacia por ser por todos reconocido. Así es que al leer en el prólogo puesto por el señor Valera al volumen de los artículos coleccionados : « Todo ello debe considerarse, no como trabajo serio, sino como pura

chanza. Los autores del volumen no pretenden enseñar profundas doctrinas, sino mostrar su buen humor y desenfado, ya que no su agudeza, y dar un rato de solaz y esparcimiento á quien los lea», se nos quitó un peso de encima. Habíamos tomado en serio los razonamientos de ambos y nos devanábamos los sesos para sacar la posible enseñanza. Lo peor es que hasta en las palabras transcritas del señor Valera, hay un poquito de broma, y que pasado el primer momento de satisfacción para nuestra vanidad, volvieron las cavilaciones. No podía ser de otro modo; hasta cuando hablan en broma tienen que encontrarse grandes enseñanzas en lo que digan escritores del talento y originalidad del ilustre afortunado inventor de las *Doloras* y del elegante y sabio crítico del *Nuevo arte de escribir novelas*.

¡Vaya si hay enseñanza en las regocijadas páginas de aquella polémica! y no sólo enseñanza, sino también una zurra más que regular á los malos poetas. Y no deja de ser oportuna, porque la verdad es que hay en ambos mundos mucha gente que con la mejor buena fe se ha impuesto la tarea, al parecer inofensiva, de llenar los periódicos de versitos y las librerías de volúmenes

metrificados. Sin duda hay por ahí muchas personas desocupadas, y tentados estamos de creer que á todos los vicios de que es madre la ociosidad hay que agregar el de hacer versos, conformes con la observación de aquel rapista napolitano que cuenta el señor Valera que exclamó ante los numerosos versos del Dante : *Questo signore non aveva niente da fare!*

Recuérdanos también la ingeniosa polémica la dificultad de distinguir los buenos versos; mas por dicha nuestra, Heredia está ya juzgado. De él se ha dicho mucho y muy bueno desde los maestros Lista y Bello hasta el estético sin par Menéndez y Pelayo.

Heredia es sin duda el vate americano más conocido y más ensalzado por la crítica, aunque quizá no tanto como merecen sus méritos como poeta, su amor á la libertad, y hasta sus grandes desgracias. Su obra literaria es acreedora á un estudio concienzudo, algo como el precioso libro dedicado recientemente al gran Quintana por un distinguido crítico cubano : uno peninsular es el llamado á hacerlo. Por nuestra parte hemos de contentarnos con dar algunas noticias de la vida y obras del famoso cantor del Niágara.

II

Don José María Heredia[1] nació en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803 y murió en Toluca (Méjico) el 12 de mayo de 1839. Fueron sus padres el íntegro magistrado don José Francisco de Heredia y Mieses y doña Mercedes de Heredia y Campuzano, descendientes ambos del Adelantado don Pedro, fundador de Cartagena de Indias[2]. Eran

1. Escribimos el nombre de Heredia como él lo usaba, aunque correctamente corresponde anteponer á su apellido la partícula *de*. Esto no debía ignorarlo el poeta, pero entre los demócratos americanos es común tal supresión, por darse erróneamente á tal partícula significado de nobleza; en cambio no faltan allí y en España quienes por tontería la antepongan á apellidos que por ningún concepto la llevan. Por cierto que Heredia heredó en España un mayorazgo con título de marqués, poco después de su oculta salida de Cuba.

2. Del mismo don Pedro de Heredia son sucesores don Severiano de Heredia, importante político radical naturalizado en Francia, donde ha sido ministro y muchas veces diputado, y don José María de Heredia, poeta de alto vuelo que escribe en lengua francesa. Uno y otro nacieron en la isla de Cuba, y no deja de ser curioso que el primer sonetista francés sea cubano. En poder de este señor existe un cuadernito de versos que á su padre, tío carnal de nuestro poeta, dedicó éste cuando apenas tenía diez años.

naturales de la parte española de la isla de Santo-Domingo y partieron á Cuba al pasar momentáneamente á Francia el dominio de su patria.

El primer maestro de Heredia fué su padre; y, si hemos de creer á sus biógrafos, leía corrientemente á los tres años y á los ocho había adquirido la instrucción primaria y traducía con bastante propiedad el latín y el francés. En 1810, habiendo sido su padre nombrado oidor de la audiencia de Caracas, volvió su madre á Santo-Domingo llevando con ella á su hijo; la enseñanza de éste continuó al cuidado de su tío don Francisco Javier Caro, comisario regio, y del canónigo don Tomás Correa. Cuéntase que el primero puso en manos del niño Heredia un ejemplar de Horacio, para hacerse cargo del estado de sus estudios, y que al oirle traducir exclamó admirado: « Puedes tenerte por buen latino, porque se necesita serlo para traducir á Horacio como lo haces tú ».

Precocidad pasmosa, aunque no muy rara en las Américas española y lusitana. Por regla general los niños se adelantan allí á su edad; como compensación, las facultades de percepción y lo que generalmente se llama talento, entorpécense mucho antes que en Europa. Es común encontrar per-

sonas de edad madura que no piensan ni escriben mejor que como lo hacían á los dieciocho años y con el mérito negativo de faltarles la frescura y el encanto de las obras de la juventud.

Naturalmente hay excepciones, y algunos escritores americanos conocemos que en edad avanzada dan muestra gallarda de talento vigoroso y de eminentes dotes creadoras. Estos, que conservan facultades tan envidiables, las deben ó á innato portentoso talento, ó á una instrucción sólida metódicamente adquirida. Los que no se hallen en uno de estos casos rara vez dejan de caer al llegar á edad madura en la turbamulta de escritores adocenados.

De todas maneras la precocidad de Heredia es admirable. Quizá no tenía diez años cuando compuso su fábula *El Filósofo y el Buho,* y aun dando de barato que la forma haya sido pulida por otra mano, ¡cuánta filosofía encierran aquellos versos!

. . . . . . — Amigo,
¿por qué motivo destrozarte quiere
esa bárbara tropa de enemigos?
— Nada les hice, el ave le responde;
el ver claro de noche es mi delito.

Y sigue siendo delito ver claro en concepto de los que ven turbio, que aun son los más.

Sin duda á la composición citada y á otras de la misma época se refería don Antonio Cánovas del Castillo al descubrir en el infantil autor « el poder de su entendimiento, maravillosamente formado para edad tan temprana, inclinado al filosofismo tanto como á la poesía[1] ».

En 1812 pasó Heredia á Caracas á reunirse con su padre y entró en la Universidad á cursar latinidad y filosofía. Á fines de 1817 volvió á Cuba y en la Habana recibió el grado de bachiller en leyes cuando sólo tenía quince años. En 1819 salió otra vez de Cuba para Méjico, dejando á su Lesbia adorada con el temor de perderla. Así exclama en *La Partida* :

. . . . ¡Oh Lesbia mia!
No es tan sólo el horror de abandonarte
lo que me agita, sino los temores
de perder tu cariño. . . . .

1. *Estudio sobre la literatura hispano-americana*, publicado en la *Revista Española de Ambos Mundos*, 1854. Cita de don Miguel A. Pérez, en sus *Figuras Americanas*, París, Garnier hermanos, 1891.

Sus temores se realizaron y Lesbia entregó su corazón á rival afortunado antes de volver nuestro poeta á Cuba. No vivió éste por entonces mucho tiempo en Méjico : allí tuvo la gran desgracia de perder á su padre y al año siguiente regresó á su patria, pensando encontrar en su amada Lesbia el consuelo que su gran dolor necesitaba. Ya hemos visto lo que encontró : en las composiciones *La Inconstancia, La Cifra, Misantropía* y otras, pintó el estado tristísimo de su alma; por suerte no tardó en encontrar en Matanzas, donde se había establecido con su familia, quien le hiciera olvidar á Lesbia.

Practicaba la abogacía en la ciudad del Yumurí en el bufete de su tío don Ignacio, á la vez que rindiendo culto á su poderosa vocación literaria colaboraba en los periódicos escribiendo en verso y en prosa, traducía, y fundaba la *Biblioteca de Damas*.

« Aun no cumplido el tiempo de práctica fijado por las leyes, Heredia resolvió pasar á Puerto-Príncipe á solicitar su recepción de abogado, esperando obtenerla de la bondad de algunos oidores de aquella Audiencia compañeros de su padre. Hizo el viaje por mar á la Guanaja, porque *por*

tierra eran seguros el cansancio, trabajos y fatigas, irresistibles para mí, y en Puerto-Príncipe se hospedó en casa del oidor Bernal, que lo recibió y trató con mucho cariño. La oposición que hubo al principio para ser admitido á examen le causó tanto disgusto que escribió á su madre : *Si me rechazan suplicaré, y si no oyen la súplica haré que el acuerdo entienda en el negocio, en fin, los volveré locos, y lo más que puede sucederme es que me retengan el título hasta que cumpla los dos años que me faltan de pasantía, y al fin ya habré salido de viaje y examen que tan incómodo me tenían y tienen.* Pero allanadas las dificultades propias de su pretensión, recibió su título el 9 de junio de 1823, mereciendo una calificación honrosa en los exámenes previos. »

. . . .

« El porvenir de Heredia en Matanzas era el más risueño que pudiera esperar un joven de su edad, conocido ya en la república de las letras por uno de los primeros poetas de Cuba. Su familia y amigos le aconsejaban abriese su bufete en la Habana, donde tendría más ancho campo para adquirir celebridad y fortuna; pero á esto contestaba con laudable modestia : *Yo creo que me iré á trabajar á esa. Me creo sólo un abogado mediano*

y no tengo esperanzas de distinguirme entre los infinitos que hay en la Habana lo bastante para ganar lo necesario para mantenernos allí con decencia, lo que ha de costar mucho más que en Matanzas. Empiece por la volante, diferencia del precio de casa, que había de costar mucho más, sin otros gastos indispensables. Estar yo solo en la Habana es muy duro, pues no parece bien, ni me acomoda condenarme sin necesidad á vivir separado de mi familia. Estos pormenores son de algún interés por haber atribuído Heredia á su determinación de residir en Matanzas las desgracias que le sobrevinieron[1] ».

III

Por aquella época trabajaban por sublevar la isla de Cuba, algunos agentes secretos de los pueblos hispanoamericanos que en empeñada lucha querían romper los lazos que los unían á España. La reacción iniciada entonces en la Península no dejaba de ayudar á los separatistas que contaron con la benevolencia, por lo menos, de los liberales.

1. GUITERAS, *Don José María Heredia.* (*Revista de Cuba*).

Heredia no sintió en los primeros años de su juventud grandes simpatías por la independencia de los pueblos americanos. Hallándose en Caracas escribió algunas poesías que parece existen de su puño y letra, y según el señor Guiteras « en ellas se advierte que los sentimientos del joven poeta no eran favorables á la revolución, aunque reprobaba los actos de crueldad con que el rencor de Monteverde y Boves afligía á sus habitantes [1] ».

Natural era que su alma generosa reprobase aquellas y otras crueldades inútiles é infames. Hoy mismo, á pesar del tiempo transcurrido, nos avergüenza que tanta iniquidad se cometiese á la sombra del noble y glorioso pabellón español, sin que alcancen á mitigarla las atrocidades por los independientes cometidas en nombre de la libertad.

Pero aunque Heredia no sintiera en su juventud grandes simpatías por la independencia americana, no había de tardar en comulgar en aquellos principios. Educado por su padre en quien, dijo Bello, « no sabemos que resplandeció más, si el honor y la fidelidad al gobierno cuya causa cometió el yerro de seguir, ó la integridad y firmeza con que hizo

1. Obra citada.

oír (aunque sin fruto) la voz de la ley, ó su humanidad para con los habitantes de Venezuela[1] », no es extraño que al faltarle el ejemplo de entrañable españolismo constantemente dado por el noble autor de sus días, oyera sólo los impulsos de su corazón generoso y al llegar á pensar por cuenta propia, se inclinase en favor de los oprimidos y en contra de los opresores.

Las ideas separatistas no habrían germinado en la mente de Heredia á no oprimir á Cuba la férula del despotismo : España no podía dar más de lo que tenía. De los excesos de los malos gobiernos nacen las revoluciones y la falta de libertad contribuye á ellos. Hoy mismo, Cuba española debiera disfrutar de mayor libertad que la Península, única manera de que no perturben su desarrollo moral y material los efluvios de las repúblicas independientes que le tienden sus brazos.

El gobierno descubrió la conspiración, y Heredia pudo librarse ocultándose en casa de una familia « de rango demasiado elevado para ser allanada ». De esta casa lo sacaron sus amigos embarcándolo

1. *Repertorio Americano*, Londres, 1827. (*Obras completas*, vol VII.)

en noviembre de 1823 en un buque que salió de Matanzas para Boston. En la causa que con tal motivo se le formó fué condenado á destierro.

Residió unos dos años en los Estados Unidos, donde el clima y las privaciones que sufrió influyeron en su delicada constitución hasta el punto de que uno de sus biógrafos norte americanos [1] creyó « sin duda alguna » que esas fueron las causas de la fatal enfermedad que pocos años después le condujera al sepulcro. Además, la nostalgia de su bella Cuba contribuía á la intranquilidad de su ánimo é influyó desastrosamente en su organismo. No todos los hombres están organizados para resistir sin quebranto de la salud la ausencia de la patria querida : hablamos de los hombres de corazón. Heredia lo era sin duda; y más que su amor á la poesía, más que su amor á la libertad y á la independencia, podía en él el amor á la patria.

Además emigró á un país de lengua extranjera que conocía poco y le era por añadidura antipática. Bien claro se ve en contestación á su tío don Ignacio que le aconsejaba que entrase en el

1. Kennedy, *Modern Poets and Poetry of Spain*, London, 1850.

foro norteamericano. « Ya te ha dicho, le escribía, que la idea de recibirme de abogado americano es inasequible, que no lograría sino que me tuvieran por loco. Cualquiera otro giro sería más á propósito. Sin embargo, *te aseguro que se me oprime el alma y quisiera hasta morirme cuando me figuro que mi esperanza consiste en vivir hasta la muerte entre esta gente, oyendo su horroroso lenguaje*. ¿Creerás que en siete meses de continuo estudio apenas he logrado hablar un poco, incorrectamente, y que casi me quedo en ayunas cuando me hablan? Pero ya se ve si la lengua es todo anomalías, y apenas comprendo cómo un pueblo tan grande se ha convenido en usar tan execrable jerigonza [1] ».

Admiraba la naturaleza portentosa de aquellas regiones, el progreso material de la gran república, sus instituciones liberales, pero no dejaba de chocarle el carácter de los yankees y el modo como entendían la justicia. En una de sus cartas, hablando de un *meeting*, dice : « Á la hora señalada se llenó de gente el vasto recinto del Parque, que es la plaza principal en que se encuentra la casa de Gobierno. Nadie dió providencia para estorbarlo.

1. Cita de Guiteras.

Trajeron una mesa que se colocó en medio de la muchedumbre, pero apenas había subido á ella el orador, cuando otros del partido contrario trastornaron la mesa y le echaron al suelo sin ponerle encima la mano... Levantóse él, sacudiéndose la tierra de la casaca con la mayor gravedad; y mientras algunos de sus amigos acudían á limpiarle, los otros empujaban á los perturbadores, hasta que los alejaron de la mesa, que ellos cercaron. Volvió á subir el orador á ella, y siguió sin alterarse su arenga. Apenas hubo algunos pescozones que se dieron los más acalorados, y nadie se metió en ello, porque tú sabrás que aquí se puede matar á un hombre á puñadas sin tener que ver con la justicia; pero ahorcan infaliblemente al que echa mano de un cuchillo de punta para embestir á otro. Así es que en todas partes son redondos los cuchillos de mesa para evitar disgustos... »[1]. Las últimas líneas transcritas demuestran que á la clara inteligencia de Heredia no se ocultó, á pesar de todo, la manera de ser de la raza que puebla la gran República. Así señaló como de pasada y quizá sin

1. Cartas de José María Heredia, reproducidas por la *Revista de Cuba.*

propósito concebido el antagonismo que existe entre la raza americana de origen inglés y la de origen español, antagonismo que de cuando en cuando algunos olvidan.

IV

Por fin consiguió salir de los Estados Unidos en agosto de 1825. Dirigióse á la república de Méjico con cartas de recomendación de su amigo Rocafuerte para el presidente de la República y otras personas notables. La vuelta al sur le reanima y exclama :

¡Cielo hermoso del Sur! Compasivo
tú me tornas la fuerza y aliento,
y mitigas el duro tormento
con que rasga mi seno el dolor.
Al sentir tu benéfico influjo
no al destino mi labio maldice,
ni me juzgo del todo infelice
mientras pueda lucirme tu sol.

Llegado á Jalapa, invitóle el presidente Victoria á pasar á la capital En la ciudad de Méjico encon-

tró el infortunado proscripto « alivio á sus males, consuelo en sus pesares, un clima semejante al de su patria y una hospitalidad generosa ; y para colmo de bienes, dióle la fortuna lo que más necesitaba su alma, estímulos á la gloria y una dulce compañera que le hiciese gustar las delicias de un amor puro, tierno y tranquilo ».

Heredia conspiró también en Méjico por la independencia de Cuba. Por los años de 1829 á 1830 descubrió el gobierno de la isla la conspiración conocida con el nombre de « Águila Negra », que tenía su asiento principal en Méjico, y en la relación de los reos prófugos, acusados y sentenciados en rebeldía, publicada en el *Diario de la Habana* el 9 de octubre de 1832, se encuentra don José María Heredia sentenciado á pena de muerte y confiscación de bienes.

Lo que hizo en Méjico nuestro poeta se encuentra resumido en el siguiente documento oficial :

« *Carrera literaria, méritos y servicios del Licenciado don José María Heredia.* — Después de los estudios preparatorios de latinidad, filosofía y jurisprudencia en las universidades de Caracas, Habana y Méjico, y de haber pasado el tiempo legal de práctica, se recibió de abogado en la Audiencia de Puerto-

Príncipe en 9 de junio de 1823, mereciendo una calificación honrosa en los exámenes previos. — En noviembre del mismo año salió de la isla de Cuba, por hallarse implicado en una conspiración, y en 23 de diciembre de 1824 le condenó la Real Audiencia á extrañamiento perpetuo de la Isla. — Á mediados de 1825 volvió á la República, invitado por el E. S. Presidente D. Guadalupe Victoria. — En 20 de enero de 1826 se le confirió, sin solicitud suya, la plaza de oficial quinto en la Secretaría de Relaciones, en la cual, según certificación del Ministro, manifestó aptitud y talentos sobresalientes, desempeñando satisfactoriamente todas las labores que se pusieron á su cuidado. — En 26 de junio del mismo año le habilitó para el ejercicio de la abogacía el congreso constituyente del estado de Méjico. — En 23 de febrero de 1827 se le confirió el juzgado del distrito de Veracruz, que renunció por haberle nombrado el Gobierno del Estado juez de 1ª instancia de Cuernavaca, el 25 de mayo del mismo año. — En 28 de marzo de 1828 el Instituto de Ciencias y Artes de la ciudad de Méjico le nombró socio honorario. — Permaneció en Cuernavaca, sirviendo aquel juzgado, con aprecio público y del Gobierno y tribunales supe-

riores, hasta fin de 1828, en que fué promovido á Fiscal de la Excma. Audiencia, cuya plaza desempeñó con general aceptación y actividad extraordinaria, despachando en catorce meses más de quinientos cincuenta procesos, y sin dejar pendiente uno solo cuando cesó en ellos en marzo de 1830, por restitución del señor don Manuel Díez de Bonilla. — Á fin de 1829 formó, por encargo del Tribunal, el informe de que provino la benéfica ley de procedimientos de 16 de octubre de 1830. — Vuelto al juzgado de Cuernavaca, lo desempeñó tan cumplidamente, que el Excmo. señor don Melchor Muzquiz, en los primeros días de 1831, le nombró, sin solicitarlo, para Ministro de la Audiencia, y ésta le eligió representante suyo en la comisión que debía formar los Códigos del Estado. — En febrero de 1833 fué electo por unanimidad representante á la Legislatura, en la que desempeñó las comisiones más importantes, presidiendo las de justicia é instrucción pública, y formó un proyecto de código penal, que no llegó á discutirse, y para en el archivo del extinguido congreso. — Cuatro meses después renunció el cargo de Diputado, por motivos públicos y honrosos, y volvió á la fiscalía de la Audiencia, que sirvió con igual celo que

antes, hasta que fué nombrado Ministro interino de la misma á fines de 1833. — En 16 de marzo de 1833 la Suprema Junta directora é inspectora del Instituto de Toluca le nombró segundo vocal de la sección del mismo. — Por este mismo tiempo, la Dirección General de estudios le confirió las cátedras de literatura general y particular é historia antigua y moderna sin solicitud suya. — En los años de 1831 y 1834 fué miembro de la Junta Sinodal para exámenes de candidatos á la abogacía, y en los de 1833 y 1835 presidió la misma Junta. — En 13 de octubre de 1834 fué nombrado rector del Instituto, en cuya reorganización trabajó asiduamente, mereciendo con esto honrosa mención en la Memoria del Gobierno. — En 17 del mismo se le nombró individuo de la Comisión que debía formar la Guía de Justicia para el Estado, y terminó por su parte los trabajos que le correspondieron. — En 20 del propio mes y año se le hizo presidente de la Junta de Instrucción Pública, y desempeñó este encargo á satisfacción del Ejecutivo. — En febrero y marzo de 1835 le nombró el Supremo Gobierno General, miembro de la comisión que debía redactar la *Revista Mejicana*, y del Instituto de Geografía y Estadís-

tica, y de las Academias de la Lengua y de la Historia Nacional. — Por el mismo tiempo se le encargó por el Gobierno del Estado que consultara un reglamento para la conservación de bosques y plantío de arboledas. — En consideración á los anteriores servicios, el mismo Gobierno en 23 de enero de 1835 le nombró ministro propietario de la Excma. Audiencia, en la que hasta entonces había servido como interino, y tomó posesión de este nuevo empleo el 28 del mismo, según consta de los documentos que se acompañan. — En 5 de febrero de 1835 don Manuel Díez de Bonilla, Gobernador del Estado libre y soberano de Méjico, le nombró Rector del Instituto Literario del Estado. — Los hechos contenidos en la relación que antecede son de notoriedad pública, y sus comprobantes obran en las Secretarías del Gobierno y Audiencia del Departamento. Méjico, mayo 24 de 1837. »

Como complemento de lo que dice el certificado que precede, conviene consignar la parte que tomó en las luchas intestinas de la entonces revuelta República Mejicana. Había hecho el propósito de no mezclarse en la política interna, pero en carta á su madre, fechada en Toluca el 20 de enero de

1833, se ve cuanto había cambiado de opinión á este respecto. « La opresión más inaudita, le escribía, sostenida con los más infames asesinatos, nos obligó por fin á apelar á las armas en 1832 para destruír un poder usurpado y tiránico. El general Santa Ana dió el grito en Veracruz, y por todas partes nos levantamos á su ejemplo. Perdíamos una batalla, ganábamos otra, y así hemos pasado el año, en cuyos últimos días triunfamos por fin, y perdonamos á nuestros pérfidos enemigos. Ni uno solo ha sido preso siquiera, cuando ellos nos degollaban en masa. En este período tempestuoso he tenido mil alternativas. En el mes pasado tuve que salir huyendo de aquí, y andar errante por bosques y cerros perseguido como una fiera. Mi casa fué cercada y atropellada, é insultaron bárbaramente á Jacoba; pero á los quince nos rehicimos de fuerza y echamos de aquí á los satélites de la usurpación. Por fin Santa Ana los venció decisivamente en Puebla, y han tenido que someterse. »

Pero las discordias civiles tenían desmoralizado el país, y para colmo de males el general Santa Ana no correspondió á las esperanzas en él fundadas, y hasta emprendió la peligrosa reforma de

cambiar la constitución del país de federal en unitaria.

Entonces Heredia se separó de Santa Ana. « Yo no tengo hoy, escribía, ni valimiento ni influjo con el gobierno. Es verdad que el general Santa Ana, omnipotente hoy aquí cuanto lo puede ser un hombre, fué mi amigo; que en 1832, cuando peleaba por derrocar la usurpación y tiranía, seguí sus banderas con no poco peligro, y en la última parte de la campaña fuí su secretario y viviamos en la más estrecha intimidad hasta dormir en un mismo cuarto. Al año siguiente contribuí con mi voto como diputado á hacerlo presidente. Pero desde sus atentados de 1834 nos hemos extrañado uno de otro, y si se acuerda de mí es para aborrecerme, sólo porque no apruebo sus yerros y felonías como la nube de parásitos que lo rodea. »

De esta época puede ser *Misantropía*, donde dice :

> De Californias al opuesto polo
> pululan ¡ay! los crímenes insanos.
> ¡ Veo cien mil demagogos, mil tiranos
> y ni un patriota solo!...

El decaimiento moral de Heredia debió ser inmenso poco tiempo después. Sus esperanzas de ver el reinado justo de la democracia se desvanecieron, y faltóle fe en la virtualidad de los principios republicanos. ¡Quién sabe lo que pasó en aquel organismo impresionable! ¿Fué la fría razón la que influyó en el abandono de las ideas que toda su vida había acariciado? Pudiera ser, pero no parece probable. Lo cierto es que sin un aplanamiento profundo no se concibe algo de lo que escribió el capitán general de Cuba al pedir, en virtud de la amnistía decretada por la reina-gobernadora, permiso para pasar algunos días en el seno de su amante familia.

« Es verdad que ha doce años, decía en uno de los párrafos, la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años, han modificado mucho mis opiniones y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano. »

Y más adelante :

« Dígnese V. E., pues, concederme su permiso

para pasar algunos días en el seno de mi familia bajo los términos indicados y proporcionar ese consuelo á mi anciana madre, en mezquina indemnización de los pesares que le causaron las imprudencias de mi primera juventud, que nadie ha reprobado tanto como ella... » [1].

Heredia no ignoraba la trascendencia del paso que daba, pues posteriormente escribió á su madre: « Yo sé muy bien que uno de los móviles más poderosos para su condescendencia [la del general Tacón], que tanto sorprendió á Vmd., fué el deseo de dar en mí un fuerte desengaño á la juventud exaltada. »

Volvió, pues, nuestro poeta á su patria, donde permaneció desde el 4 de noviembre de 1836 hasta el 15 de enero del año siguiente. Sus biógrafos no están de acuerdo acerca de la manera como en ella fué tratado. Mientras el señor Guiteras dice que las autoridades lo recibieron con atención y que el público le dió pruebas evidentes del amor que le tenía; que muchas personas de distinción estu-

1. La solicitud de Heredia al general Tacón (fechada en Toluca el 1 de abril de 1836), que se había publicado en el folleto *Alerta á los Cubanos*, la reprodujo el año 1869 el periódico *La Integridad Nacional* de la Habana.

vieron á ofrecerles sus respetos, y la compañía dramática de Hermosilla le dedicó una función; y que el día de su partida se cubrió el muelle de espectadores, el erudito don Antonio Bachiller[1] escribe que la vuelta de Heredia no fué anunciada por nadie, que sólo un amigo suyo fué á recibirlo y que tampoco fué libre de sinsabores esta llegada. Á seguida acoge el señor Bachiller las siguientes líneas de Kennedy: « Á su vuelta á Cuba estuvo sujeto á todos los disgustos que los gobiernos militares hacen sufrir. Un amigo que fué á recibirlo lo encontró, á pesar de su rango en la República Mejicana, de su reputación y carácter literario y su evidente estado de enfermedad, esperando sentado en un banco que le tocase su turno para entrar al despacho, á voluntad del empleado... Heredia estaba visiblemente alterado, á punto de ser casi desconocido por su amigo, y sus parientes temieron seriamente que corría su vida gran peligro ».

Si la relación de Kennedy es la exacta y pasó en su corta estancia en su patria nativa grandes

1. Prólogo de la edición de Ponce de León, Nueva York, 1875.

amarguras, mayores aun había de pasarlas en su patria de adopción. ¡Pobre Heredia! en su última permanencia en Méjico, que fueron también los años últimos de su azarosa vida, tocóle apurar los mayores sinsabores. Vióse postergado en los destinos que desempeñaba, no le pagaban una indemnización anual acordada por el gobierno, y la enfermedad se apoderó tan por completo de su pobre cuerpo que los médicos le prohibieron escribir. Pensó de nuevo volver á Cuba con su esposa y el propósito de anunciarlo á su madre sirve de asunto á su última carta, de 2 de mayo de 1839, ya no escrita de su mano. Al hablar de la compañía que su esposa había de hacerle dice : « Por más que le he instado haciéndole ver el riesgo á que se expone, esta mujer incomparable arrostra por todo diciendo que su obligación es acompañar y asistir á su marido enfermo, y que á ella le suceda lo que Dios quiera. » En la misma carta hay una posdata de su puño y letra diciéndole : « Porque sé que le será de mucho consuelo si no volvemos á vernos, diré á Vmd. que me he preparado á lo que el Señor disponga con una confesión general, y que he de vivir y morir en el seno de la iglesia ».

Como ya hemos dicho, Heredia murió el 12 de

b.

mayo de 1839 en Toluca. Sus restos se trasladaron á la ciudad de Méjico dándoles sus amigos cristiana sepultura en el cementerio general. En la losa que los cubría leíase la siguiente inscripción debida á don J. M. Lacunza :

« Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,
pero le hacen la ciencia, la poesía
y la pura virtud que en su alma ardía,
inmortal en la tierra y en el cielo. »

Pero la desgracia le perseguía aún después de muerto : ni siquiera sus cenizas hallaron reposo. En cierta ocasión que el también poeta, y poeta excelente, don M. Carpio, fué á visitar su tumba, encontró que habían desaparecido[1].

No murió Heredia como deseaba en la hermosa tierra que le vió nacer, pero allí descansó su compañera cariñosa, que pasó á Cuba con sus tres hijos, un varón y dos hembras. Bien merece un

1. « ... Hace algunos días que el señor Carpio, que era muy apasionado por él, me refirió que habiendo ido á visitar la tumba de Heredia, no le había sido posible encontrarla. Aseguráronle que habiendo transcurrido cinco años, se había vendido el terreno... » (AMPERE, *Promenade en Amérique*, París, 1857).

recuerdo en estas páginas aquella « esposa la más fiel y más querida », á quien dijo el poeta :

> Siempre nos amaremos,
> y uno en otro apoyado, pasaremos
> el áspero desierto de la vida.

V

Hablemos de la obra poética de Heredia. Dejamos ya consignado que ningún poeta americano es más conocido.

Apenas publicada la primera colección de sus versos (Nueva York, 1825) salió en la revista que veía por entonces la luz pública en Londres con el título de *Ocios de Españoles Emigrados* un apreciable juicio, en el cual, después de algunos reparos, encuentra el crítico que en los versos de Heredia « hay á menudo rasgos muy apreciables de dicción, de armonía, de dulzura y de gravedad en las ideas, y aun de novedad plausible en los giros y locuciones. Además de esto, cualquiera que sea el mérito intrínseco de estas composiciones, tampoco podemos menos de complacernos al ver ya la lira americana

consagrada á pintar los objetos grandiosos de aquel hemisferio, y que esperamos darán á la poesía castellana de aquellas regiones un aire de grandiosidad proporcionada con las formas bajo las cuales la naturaleza ostenta en ellos todo su vigor y lozanía. Cuando Heredia canta las vibraciones del ardiente sol de la isla de Cuba, el estruendo del Niágara, y la boca inflamada del Popocatepec, abre una ancha puerta á la inmensa serie de nuevas imágenes poéticas, que en adelante no dejarán de pintarse y hermanarse con una robustez y altura proporcionada de pensamientos, por los que desde que nazcan podrán contemplarlas y discurrir sobre ellas bajo los auspicios de la libertad. »

El segundo juicio importante (en el orden cronológico) que conocemos es de don Alberto Lista. En 1° de enero de 1826 y á ruegos del amigo íntimo del poeta don Domingo del Monte, manifestó su opinión en carta dechado de buen gusto é instructiva crítica. Lista censura ciertos descuidos de nuestro poeta : algún galicismo, prosaísmo y vulgaridad en ocasiones, metáforas inadmisibles, locuciones duras y forzadas y falta de armonía á veces; bien que estos defectos, dice, no son comunes y que de ellos están libres no sólo trozos

sino composiciones enteras. Antes se hallan los conceptos que vamos á transcribir con gusto porque entendemos que por no seguirlos, por no penetrarse los jóvenes poetas de cuánta verdad hay en ellos, se extravían y desnaturalizan su genio poético aun cuando de veras lo tengan; y además porque quizá convenga recordar opiniones de maestro tan ilustre.

« ... Yo juzgo en primer lugar por el sentimiento, anterior á toda crítica, que han excitado en mí las composiciones del señor Heredia. Este sentimiento decide del mérito de ellas. El fuego de su alma ha pasado á sus versos, y se transmite á los lectores : toman parte en sus penas, en sus placeres, ven los mismos objetos que el poeta, y los ven por el mismo aspecto que él siente y pinta, que son las dos prendas más importantes de los discípulos del grande Homero : *Esto es decir que el señor Heredia es un poeta, y un gran poeta.* Después de este reconocimiento, espero que será lícito hacer una observación importante, y que por desgracia suelen desdeñar las almas volcánicas como es la del poeta que examinamos. No basta la grandeza de los pensamientos, no basta lo pintoresco de la expresión : no basta la fluidez y valentía de

la versificación : se exige además del poeta una corrección sostenida, una elocución que jamás se roce con la vulgar ó familiar; en fin, no basta que los pensamientos sean poéticos, es preciso que el idioma sea siempre correcto, propio, y que jamás se encuentren en él expresiones, que lastimando el oído, ó extraviando la imaginación, impidan el efecto entero que el pensamiento debía producir. No despreciemos, pues, las observaciones gramaticales; son más filosóficas de lo que se cree comunmente : ellas contribuyen maravillosamente á la expresión del pensamiento; y cuando se ha concebido un pensamiento sublime, ó bello, ¿qué resta que hacer al escritor, sino expresarlo debidamente? »

Al año siguiente publicó don Andrés Bello, que por entonces se hallaba en Londres, su juicio sobre las poesías de Heredia, en el *Repertorio Americano* [1]. El ilustre cantor de la zona tórrida acoge entusiasmado la aparición del joven poeta en el mundo del arte.

« Sentimos, dice, no sólo satisfacción, sino orgullo, en repetir los aplausos con que se han reci-

(1) BELLO, *Obras completas*, vol. VII.

bido en Europa y América las obras poéticas de don José María Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginación y sensibilidad; en una palabra, escritas con verdadera inspiración. No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este joven. Por las fechas de sus composiciones, y la noticia que nos da de sí mismo en una de ellas, parece contar ahora veinte y tres años, y las hay que se imprimieron en 1821, y aun alguna suena escrita desde 1818 : circunstancia que aumenta muchos grados nuestra admiración á las bellezas de ingenio y estilo de que abundan, y que debe hacernos mirar con suma indulgencia los leves defectos que de cuando en cuando advertimos en ellas. Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos del señor Heredia, se nota un juicio en la distribución de las partes, una conexión de ideas, y á veces una pureza de gusto, que no hubiéramos esperado de un poeta de tan pocos años. Aunque imita á menudo, hay, por lo común, bastante originalidad en sus fantasías y conceptos, y le vemos trasladar á sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada. » No deja tampoco el señor

Bello de señalar los escollos de que debía huír el inspirado poeta, añadiendo, á los ya indicados por otros críticos, el abuso de voces y terminaciones anticuadas.

Por no dar demasiada extensión á este bosquejo, no hemos copiado completos, que bien lo merecen, los juicios del crítico de los *Ocios de Españoles Emigrados*, de don Alberto Lista y de don Andrés Bello. Por la misma razón dejamos de analizar los otros muchos que ha merecido Heredia, pero permítasenos por lo menos citar algunas opiniones.

Don Manuel José Quintana, según cuenta don José Güell y Renté en unos artículos que publicó en *La América* de Madrid, solía decir: « *Heredia es un gran poeta,* Heredia no morirá, y es la honra del suelo americano ».

El *Correo Literario y Mercantil* de Madrid (1826); el célebre publicista argentino don Juan María Gutiérrez, en la *América Poética* que publicó en Valparaíso; don Víctor Amunátegui, conocido escritor chileno; el mejicano don E. M. Ortega; el notable literato colombiano don J. M. Torres Caicedo; y los extranjeros editores de la enciclopedia alemana *Conversations Lexicon* (1838); Villemain (*La*

Tribune Moderne, Paris, 1858); Kennedy y Ampère, ya citados; y Mazade (*Revue des Deux-Mondes*, tomo XII), no contribuyeron poco al renombre de nuestro poeta.

Pero lo que sin duda atrajo más la atención del mundo literario de entonces fué la apasionada polémica, que por algún tiempo ocupó parte de la prensa de Cuba y Nueva York, entre don Ramón María de la Sagra y don José Antonio Saco, aquél tratando desfavorablemente á Heredia y éste defendiéndole valientemente.

No podemos concluír estas noticias de los críticos de Heredia sin recordar uno moderno, que consultamos siempre con grandísimo provecho. Nos referimos á don Marcelino Menéndez y Pelayo que, en su *Horacio en España*, al hablar de los imitadores americanos del bardo venusino, cita en algunos lugares á Heredia. Los lectores nos agradecerán, que, interrumpiendo nuestra desmayada prosa, transcribamos el lugar donde particularmente trata de éste el insigne académico.

« De Zequeira y Rubalcava á José María Heredia, uno de los tres ó cuatro grandes poetas de la América española, la distancia es enorme y el tránsito difícil; y, sin embargo, cronológicamante apa-

recen colocados casi en el mismo plano, y las influencias peninsulares á que obedecen no son muy distintas; sólo que Heredia era verdadero poeta, y los otros dos no pasaban de incorrectos y medianos versificadores. La originalidad de Heredia es indudable; pero no resalta de un modo vigoroso sino en dos de sus composiciones, bastante cualquiera de ellas para su gloria, el *Niágara* y el *Teocali de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera: á mí me es mucho más simpática la segunda, exenta de todo resabio de declamación, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento, verdadera poesía de puesta de sol, á un tiempo melancólica y espléndida. ¡Mentira parece que de la misma fragua hayan salido tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la voluminosa colección de Heredia! Su gusto nunca acabó de formarse, y sólo así se explican las infelices enmiendas que hizo en algunos de sus versos, en la edición de Toluca (1832). El texto de la *América Poética*, de Gutiérrez, trasunto del de las primitivas ediciones, es preferible para muchos de ellos.

» Heredia no fué nunca, ni estaba en su índole

ser, poeta horaciano, por más que en su colección figuren algunas odas sáficas, de lo más flojo é insignificante que hay en ella. Precisamente las cualidades que más faltaban á su estilo son las que caracterizan el de Horacio : le falta sobriedad, le falta mesura, le falta escogimiento de expresiones, esmero en los detalles, novedad y oportuna aplicación de los epítetos, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendiaba bajo el nombre de « *curiosa felicidad* » de Horacio. Pero tampoco es Heredia romántico, aunque haya imitado algunas veces (pocas) á lord Byron, y traducido con vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo. Heredia pertenece á otra escuela que fué como vago preludio, como anuncio tenue del romanticismo, á la escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, á fines del siglo XVIII, tenía insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y entre nosotros uno no indigno de memoria, en Cienfuegos, que es el responsable de una gran parte de los defectos de Heredia, y á quien también es justo referir algunas de sus buenas cualidades. Pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa que, aun viéndose en él

los rastros del estilo de Cienfuegos, de Meléndez (en su última manera, v. gr. en la elegía *Adiós, voy á partir, bárbara amiga*), de Quintana, de Gallego y aun de Lista (v. gr., en la oda *Á la religión*), y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa, algunas veces sin decirlo, todavía queda en él un sello de independencia y de vida poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, indómito y sensual, cien veces reflejado en sus poesías; y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á ponerlas en moda[1] ».

VI

Cierto es que en las poesías de Heredia se hallan una vez que otra los descuidos señalados por sus censores y cierta ampulosidad y declamación; mas los primeros los atenúa en parte la temprana

1. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Horacio en España*, 2ª edic. tom. II, Madrid, 1885.

edad, la vida agitada del poeta y la influencia del medio, y los últimos el gusto reinante. No estaban exentos de éstos los poetas peninsulares que era natural influyesen en el poeta cubano. Bien se lamentaba de ello el desgraciado Larra, en su juicio de las poesías de Martínez de la Rosa, al decir : « La oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía y nada más necesario que el que se resuelvan los jóvenes en fin á segregar del fruto precioso el lujurioso pámpano que le ahoga ».

Por nuestra parte no sabemos ni queremos juzgar á Heredia desmenuzando sus estrofas ni sujetando nuestro criterio á determinada escuela literaria. Como no tratamos de enseñar, puede permitírsenos este eclecticismo que nos hace admirar todo lo que á juicio nuestro lo merece, y que nos produce la satisfacción grandísima de leer regocijados obras de autores de las ideas y escuelas más opuestas.

Nos basta que la obra de arte produzca en nosotros cierta emoción estética; si lo consigue á pesar de las faltas de detalle que pueda tener, es sin duda porque su mérito intrínsico será grandísimo.

Ciñéndonos á Heredia, si Lista y Quintana lo consideraron gran poeta, con sus descuidos y todo, sería porque para ellos no era la perfección condición esencial, aunque muy apreciable y digna de que se hagan todos los esfuerzos para obtenerla. De otra manera habría que excluír del parnaso á poetas como el rioplatense Olegario V. Andrade, uno de los vates contemporáneos de estro más enérgico[1].

Por lo demás, ¡cuán pocos serían los poetas que resistieran disección semejante! Tal crítica pudiera ejercerse con los poetas medianos, á los cuales, ya que no han de producir grandes pensamientos ni son capaces de traer al idioma y á la métrica innovaciones de buen gusto que los enriquezcan, lo menos que puede pedírseles es que sean correctos.

También habría alguna conveniencia en practicar esa crítica analítica con autores vivos, que pu-

1. He visto en algún periódico ú oído en conversación particular, que Andrade no fué un poeta incorrecto, que él escribió en su lengua patria : en la lengua de Sarmiento. Decir tal cosa, no siendo en broma, es injuria inmerecida á países que cuentan con Oyuela, Obligado y otros correctísimos cultivadores del habla castellana.

dieran aprender algo en ella y mejorar sus obras en consonancia; pero no cabe con los que ya entregaron su cuerpo á la tierra. No hace mucho que un escritor ha juzgado de ese modo uno de los mejores cantos de Heredia, el mejor según muchos y con seguridad el más conocido : *La oda al Niágara*. Una revista neoyorkina ha salido oportunamente á su defensa[1].

No quiere decir lo expuesto que aboguemos por la anarquía en la república literaria; ni siquiera en la de la Lengua. Al contrario, tenemos la convicción de que la forma basta á veces para salvar de la indiferencia hasta versos medianos; y si pudiéramos dar consejos, habríamos de repetir uno y otro día á los aspirantes literarios, que antes de entrar en liza necesitan aprender gramática, mucha, muchísima gramática, conocer el recto valor de las palabras, y enterarse de las maravillas que pueden hacerse con nuestro idioma. Para esto último basta conocer los buenos autores castellanos antes de coger uno francés en la mano, y decimos francés porque es el peligro más inmediato. Así se librarían de los defectos de que estamos llenos los

1. *La Revista Ilustrada de Nueva York*. Agosto de 1891.

que hemos conocido tarde reglas tan vulgares, sólo ignoradas ó poco menos entre nosotros.

Por lo que toca á los lunares de los versos de Heredia, no hay que ser un Hermosilla para encontrarlos; pero el que dijo con sencillez clásica en su composición *Á la Estrella de Venus :*

. . . . . . ¡Horas serenas
cuyo memoria cara
á mitigar bastara
de una existencia de dolor las penas!

Quien escribe en versos libres *En el Teocalli de Cholula :*

. . . . . . La agreste pompa
de los reyes aztecas desplegóse
á mis ojos atónitos. Veía
entre la muchedumbre silenciosa
de emplumados caudillos levantarse
el déspota salvaje en rico trono,
de oro, perlas y plumas recamado;
y al son de caracoles belicosos
ir lentamente caminando al templo
la vasta procesión, do la aguardaban
sacerdotes horribles, salpicados
con sangre humana rostros y vestidos.

ó describe con la fuerza y colorido con que lo hace en la *Muerte del Toro :*

Suena el clarín, y del sangriento drama
se abre el acto final, cuando á la arena
desciende el matador, y al fiero bruto
osado llama, y su furor provoca.
Él, arrojando espuma por la boca,
con la vista devórale, y el suelo
hiere con duro pie; su ardiente cola
azota los hijares y bramando
se precipita... El matador sereno
ágil se esquiva, y el agudo estoque
le esconde hasta la cruz dentro del seno.
Párase el toro, y su bramido expresa
dolor, profunda rabia y agonía.
En vano lucha con la muerte impía,
quiere vengarse aún; pero la fuerza
con la caliente sangre, que derrama
en gruesos borbotones, le abandona,
y entre el dolor frenético y la ira
vacila, cae, y rebramando expira.

y exclama en *La Tempestad :*

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
de tu solemne inspiración henchido,

al mundo vil y miserable olvido
y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
al trono del Señor: oigo en las nubes
el eco de su voz; siento á la tierra
escucharle y temblar. Ferviente lloro
desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

Quien hace estos versos, repetimos, quien siente y escribe así, tiene derecho sobrado á que se le considere gran poeta.

« Los grandes poetas líricos nacen y viven en tiempos de libertad » ha dicho don Juan Valera. Pudiera también decirse que cuando les mueve el ánimo la aspiración á grandes ideales, la pasión ó el odio, es cuando consiguen poner á sus obras el sello del genio. Esto en cuanto al género lírico de Heredia, porque hay otro, no inferior tal vez y de más trascendencia, que tiene su mérito en lo delicado de la observación, á veces en el humorismo que lo inspira y siempre en su fondo filosófico. Sin embargo, no creemos superiores á sus otros versos las poesías patrióticas de Heredia, no todas conocidas por algunos de sus primeros críticos.

La pasión que inspiraba á Heredia cuando recordaba á España, lo fácilmente que venían á su pluma las palabras más duras de su vocabulario, es cosa que muchos pueden ver aún con desagrado : por nuestra parte parécenos que pueden disculpársele los injustos apóstrofes, aunque no sea más que por el grande amor que á su tierra tuvo. Además tales desplantes no son raros en los literatos americanos de entonces ni aun en algunos más recientes; aunque estos, por lo general, sean de los que, á falta de talento, necesitan halagar las pasiones del vulgo.

En cambio sírvenos de gran regocijo el que ya se encuentren con frecuencia los que piensan como un inspirado poeta mejicano que dice :

. . . .

Del Chimborazo, cuya frente baña
el astro que á Colombia vivifica
á la *montaña estrella*,
que frente al mar omnipotente brilla,
resuena dulce, sonorosa y bella
el habla de Castilla :
heredamos su arrojo, su fe pura,
su nobleza bravía.

¡Oh España, juzgo mengua
lanzarte insultos en tu propia lengua ! [1].

No siempre el numen patriótico inspiró á Heredia el insulto á España. Ya hemos dicho como pensaba en su juventud. En la oda *España Libre* que escribió de diecisiete años de edad, concluye la dedicatoria á su amigo don Emilio Rodríguez con estas palabras : « ¡ Podamos un día ofrecer á la patria servicios reales en lugar de empalagosos y estériles himnos ! » He aquí algunos versos de dicha oda :

¡Oh vergüenza ! ¡Oh dolor ! ¡Oh patria mia !
¿Eres la misma acaso que algún día
tu nombre excelso en alas de tu gloria
de polo á polo resonar hiciste ?
¿La que tras sí arrastrara la victoria ?
¿La que á tus leyes fuertes sometiste
al árabe feroz, al italiano,
de Lusitania á los valientes hijos,

1. Peza, *Obras completas* (tomo III. París, Garnier hermanos, 1892). En la composición titulada *Colón é Isabel*. En otra obra ha dicho el mismo poeta :

Entre tus dones heredé tu lengua
y nunca la usaré para insultarte.

al bátavo, al francés, al otomano,
de la Europa terror, al orbe asombro?
¿La que juzgando del orbe conocido
estrecho campo á tan excelsa gloria,
lanzaste audaz al piélago profundo
á tus hijos heroicos y con ellos
buscaste á tus victorias nuevo mundo?
¿Eres la misma? ¡Oh Dios! ¿pues cómo ahora
Sufres callada la fatal cadena
que aja tu gloria, que tu honor desdora?
¿Pues cómo sufres que tus nobles hijos
que de un divino fuego arrebatados
romper quisieron tu ominoso yugo
se miren al suplicio condenados?

Á pesar de todo, la verdad es que nunca tuvo Cuba poeta más brioso cuando le inspiraba el numen de la patria: « Para dar con los himnos de nuestra libertad (ha dicho un ilustrado escritor cubano), hay que buscarlos en Heredia [1]. »

En la composición titulada *Proyecto* se halla la estrofa siguiente.

¡El Océano!... ¿Quién que haya sentido
su pulso fuertemente conmovido

1. Merchán, *Estudios Críticos*. Bogotá, 1886.

al danzar en las olas agitadas,
olvidarlo podrá? Si el despotismo
al orbe abruma con su férreo cetro,
será mi asilo el mar. Sobre su abismo
de noble orgullo y de venganza lleno,
mis velas desplegando al aire vano,
daré un corsario más al Oceano,
un peregrino más á su hondo seno.

Daremos también una muestra de la epístola *Á Emilia*.

Al brillar mi razón, su amor primero
fué la sublime dignidad del hombre,
y al murmurar de patria el dulce nombre,
me llenaba de horror el extranjero.
¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
que tu suelo tan sólo produjese
hierro y soldados! La codicia ibera
No tentáramos, ¡no! Patria adorada,
de tus bosques el aura embalsamada
es al valor, á la virtud funesta.
¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
no se inflama en los pechos de tus hijos
generoso valor contra los viles
que te oprimen audaces y devoran?

Las estrofas siguientes pertenecen al *Himno del Desterrado.*

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar.

En el poema *Las Sombras* se lee el siguiente pasaje que copiamos sólo como muestra de los extremos á que conduce la pasión política : para el poeta basta ser español para ser tirano :

Cualesquiera español es un tirano
que orgulloso y f roz sin más derecho
que nacer en Canarias [1] ó en Europa,

1. No deja de ser curioso este recuerdo de Canarias, que trajeron quizá á la memoria del poeta los hechos de Morales y de Monteverde en Venezuela. Bolívar el Grande, en un documento tristemente célebre, la proclama de la guerra sin cuartel, nombra también á los canarios y como reconociéndoles nacionalidad propia. « Españoles y canarios, decía, contad con la muerte aun siendo indiferentes... » Precisamente si algo han probado los canarios es que son españoles.

llena de orgullo su indolente pecho,
y al débil indio con soberbia mano
maltrata, insulta, oprime;
y él ni aun siquiera gime
la cruda afrenta en su cobarde pecho,
digno del yugo y la servil cadena.

—

Heredia escribió también para el teatro.

Su primera obra fué un drama en un acto y en prosa, titulado *Eduardo IV, ó el Usurpador,* representado en un teatro particular de Matanzas en febrero de 1819. El autor desempeñó el papel de Guillermo.

Después escribió las tragedias en verso : *Atreo,* imitada del francés y representada en el teatro de Matanzas en febrero de 1822; *Sila,* traducción de la de Jouy, estrenada en el teatro de Méjico en diciembre de 1825; *Abufar,* imitación de Ducis; *El Fanatismo,* traducción de Voltaire; *Cayo Graco,* de la de Chenier; *Tiberio,* también traducción de Chenier, que se estrenó en el teatro principal de Méjico en enero de 1827 y fué la más aplaudida de sus obras dramáticas; *Los últimos romanos;* y parece que también tradujo el *Saúl* de Alfieri.

—

Numerosos fueron igualmente sus trabajos en prosa. Citaremos las *Lecciones de historia Universal*, publicadas en Toluca (4 tomos en 8° mayor), obra en parte refundida de la de Tytler y en parte original; la traducción del *Discurso pronunciado* por Daniel Wébster al poner la piedra angular del monumento de Bunker-Hill en 1825, y el *Discurso* del mismo Heredia que pronunció en 1834 en el aniversario de la independencia mejicana, ambos publicados como apéndice en una de las ediciones de sus poesías (Nueva York, J. Durán, 1862). Hay otros tres discursos pronunciados en aniversarios patrióticos (Tlalpam, 1828; Puebla, 1831, y Toluca, 1836); y numerosos artículos críticos, biográficos, históricos, etc., que se hallan principalmente en las colecciones de los periódicos *Biblioteca de Damas* (Habana, 1820), *El Iris* (Méjico, 1826) y *La Miscelánea* (Tlalpam, 1829).

Ya hemos dado muestras del estilo epistolar de Heredia, pero para formar idea cabal de su prosa, debe leerse la que escribía para el público. En apéndice á este estudio reproducimos el artículo *Wáshington*.

VII

Heredia era de mediana estatura, dice el señor Guiteras, delgado de cuerpo y de complexión delicada; sus facciones, sin ser regulares, tenían un conjunto agradable; la expresión de su fisonomía era dulce y atractiva, y su conversación variada, animada, y con frecuencia salpicada de pensamientos elevados. En sus afectos mostraba las bellas cualidades que más realzan á los hijos de la gran Antilla: vehemente y respetuoso en el amor, afectuoso y tierno con su familia, en el seno de la amistad franco y generoso, con sus semejantes atento, afable, liberal y desprendido.

Quizá no hayamos conseguido presentar á Heredia como sinceramente creemos que fué: eximio poeta, literato distinguido, exaltado patriota. No nos atrevemos á incluirle entre los hombres de

gran carácter : por su idiosincrasia impresionable, como de poeta al fin, no influía siempre en él la razón fría y serena. De aquí sus grandes esperanzas y sus tristes desalientos.

E. ZEROLO.

París, junio de 1892.

APÉNDICE AL PRÓLOGO

WÁSHINGTON

El carácter de Wáshington se diferencia particularmente del de otros héroes en aparecer más ilustre mientras más de cerca se le examina. Los que vivieron más inmediatos á su persona y tuvieron mejor ocasión de estudiar sus cualidades morales, tributaron mayor reverencia á sus virtudes. La narración de su vida privada es un digno apéndice á la historia de sus actos públicos; pues todas sus operaciones se fundaron igualmente en los principios inmutables de la verdad y la justicia. El mundo civilizado le contempla con la admiración que inspira una estatua noble y severa de la antigüedad : el héroe norteamericano se alza en la historia, desnudo de adornos meretricios; pero grande en la majestad de la razón y de la filosofía.

La carrera útil de Wáshington empezó á la edad en que los hombres se preparan á entrar dignamente en las escenas activas de la existencia social. Antes de llegar á la mayor edad, ya su provincia nativa le había confiado comisiones de alta importancia. Desde entonces

disfrutaba la reputación de firmeza, integridad, prudencia, humanidad y desinterés que le acompañó hasta su pacífica tumba. Aquel jóven extraordinario tenía ya en su persona y carácter la dignidad sencilla é imponente que distinguió luego toda su carrera gloriosa. Como soldado, había sido corta su esfera; como político, no había tenido ocasión de distinguirse; empero, cuando llegó la hora del peligro, los ojos de la nación le buscaron ansiosamente. El Congreso, compuesto de hombres venidos de provincias distantes y diversamente constituidas, le llamó con movimiento simultáneo á mandar sus ejércitos, porque el influjo de su carácter se había extendido silenciosamente por las vastas regiones cuyos destinos se le confiaban. Ninguna intriga degradó su elevación al poder, ningún abuso mancilló su ejercicio. Las circunstancias exigían que el pueblo más celoso de sus derechos confiase á un solo hombre una gran parte de sus destinos : eligióle sin pasión, con calma y sabiduría : su confianza fué conferida noblemente, recibida con modestia, y gloriosamente recompensada.

La espada de Wáshington no salió de su vaina por un impulso de orgullo militar ó de la ambición indigna que ve con indiferencia ó placer el sacrificio de la sangre humana. Sacóla deliberadamente á la voz de su patria, pero con una repugnancia hija de la filantropía, y con una desconfianza que reconocía el dominio supremo de Dios. Marchó al combate con la humanidad de un cristiano, la devoción de un patriota y la resolución de un héroe. Como una moderación justa limitaba su objeto, sus intenciones para conseguirlo sólo fueron limitadas por la victoria. En el tono, las

declaraciones y compromisos de tal hombre, no debemos buscar efecto dramático, ni promesas olvidadizas. Aceptó el gran cargo que le ofreció su patria, porque ésta lo quiso; y cuando hubo cumplido admirablemente sus deberes, lo devolvió á las manos que se lo confiaron, con una sencillez más elocuente que mil discursos. La integridad de tal espíritu no necesitaba estimularse con ejemplos históricos, cuando sus impulsos reconocían origen más elevado. Su noble moderación no fué un triunfo sobre la oportunidad, el poder y todas las tentaciones naturales del ambicioso; sino una voluntad silenciosa, fundada, inalterable, de no admitir tentación alguna. En cuanto puede juzgarse el corazón humano por síntomas exteriores, no hubo un solo momento en que este héroe único alterase la dirección recta y virtuosa de sus pensamientos, ni en que hombre alguno supusiera á su conducta otro móvil que el patriotismo.

Es suerte común de los héroes que la intimidad eclipse su brillo; pero la vida privada de Wáshington fué tan bella como gloriosa la pública. La segunda sólo fué realmente una expansión de los principios que regularon la primera. Siempre mostró la misma integridad severa, la misma pureza y sencillez en la conducta familiar que hace desmerecer á tantos hombres famosos. Aun existe su correspondencia más confidencial, invitando la curiosidad y desafiando los comentarios de la envidia.

El carácter de Wáshington era dórico en todas sus proporciones. Su belleza es la que nace de la armonía entre el objeto y los medios : una casta sencillez forma su grandeza, y como el orden de arquitectura á que

lo he comparado, excluye los pormenores de la crítica. Vemos la majestad de sus formas, su durabilidad, su admirable adaptación á ser útil; pero su base es demasiado firme, su aspecto es demasiado severo para que sufra un examen familiar. Su fama iguala ya á la que siglos acumulados prestan á otros hombres, sin deber parte alguna de su brillo á las nieblas del tiempo. La verdad firme, radiante, pura, es la base de su gloria, y llevará su nombre á la posteridad con los mismos atributos de sencillez y justicia, tan admirados por los que vivían en su inmediata presencia.

La segunda mitad del siglo pasado y el tercio del actual, han sido fecundos en grandes caracteres, y deben serlo en lecciones importantes. Las carreras de Wáshington y Napoleón enseñan, á mi juicio, una moral sublime. Es imposible formar un paralelo entre estos dos hombres eminentes, pero es fácil compararlos. Todos ven, sienten y confiesan que el primero vivió para otros, el segundo sólo para sí. Sería injusticia magnificar las hazañas de éste, contrastándolas con las de aquél, cuando tal distinción es acaso obra de las circunstancias y no del mérito. Empero no debe olvidarse que Wáshington logró su fin, que es cuanto puede hacer el hombre; y que Napoleón sucumbió sin lograr el suyo, porque no supo estimar bien sus medios y facultades. Su yerro fué muy imperdonable, porque á una falta evidente de cálculo unió fines de torpe egoísmo; y en manera alguna se disminuye por la circunstancia de haber delinquido, teniendo á la vista un ejemplo tan espléndido y glorioso. Si alguno es bastante débil para creer al monarca en Santa Helena, cuando asegura que no peleaba por ambición, someta

su patriotismo á la misma prueba de que salió victorioso el de Wáshington. Es cierto que el héroe francés excedió incomparablemente al patriota de Virginia en mera extensión de hazañas; pero éste, no sólo careció de teatro para sus acciones, sino que muchas veces le faltaron recursos. El mérito es de naturaleza muy comparativa para que pueda reducirse desde luego á simples resultados; pero desnudemos á uno y otro de sus ventajas accidentales y adventicias, y examinémoslos con calma. La carrera militar de Napoleón fué un torrente de prosperidad, y la de Wáshington fué una lucha constante y varonil contra la combinación de las circunstancias más adversas. Además, el primero veía sus soldados como simples instrumentos de sus fines personales, y los trataba como era consiguiente; mientras el segundo miraba á sus compañeros de armas no sólo como únicos defensores de la patria común, sino como partes preciosas de la comunidad por cuyos derechos combatían. Napoleón fué más grande en su fortuna; pero la fama de Wáshington es pura, igual, como lo fué su carácter.

Algunos creen que Norte-América no habría sido libre sin Wáshington, y, á la verdad, ni entienden el papel que éste hizo, ni conocen al pueblo que le confió su poder. La guerra de 1776 fué puramente una guerra de principios. Agotadas las peticiones y reclamos, se hizo cuanto podían exigir la justicia, la templanza y la humanidad antes de sacar la espada. Mas, cuando el pueblo americano resolvió ya resistirle, fué necesario escoger un caudillo digno de causa tan justa, que dignificase la contienda á los ojos de las naciones, que inspirase á la vez confianza á los pueblos y respeto á

sus súbditos. Wáshington desempeñó deberes tan difíciles, de un modo que excedió aún á las esperanzas más exaltadas. Ni sus enemigos osaron atacar alguna vez su integridad y pureza, y ningún hombre afectó siquiera desconfiar de sus motivos é intenciones. Mientras ejerció, y ejerció con firmeza, un poder casi dictatorial, los gobernados nunca experimentaron la menor inquietud. Lejos de abrigar miras injustas, contuvo los menores síntomas de motín ó desafecto en sus tropas, no con severidad romana, sino con la rectitud y sencillez propias de un hombre honrado; aunque en aquellas circunstancias una insurrección militar contra el poder civil habría podido satisfacer las miras de un ambicioso. Siempre atendió rigidamente á sus obligaciones, y olvidó sus intereses, aunque no le faltaron ocasiones que habría aprovechado otro hombre menos puro. La indignación de su ejército, despedido sin pagas al fin de la lucha, habría podido alucinar á un patriota menos firme, y la ambición misma no habría podido hallar mejor pretexto para imponer á la nación otro gobierno más fuerte, que la insurrección del poderoso estado de Pensilvania, apenas fué nombrado presidente. Acaso la historia no recuerda un movimiento que amenazara con mayores peligros á las recientes instituciones federales, ni otro caso en que la resistencia á las leyes fuese reprimida con más prontitud y menos efusión de sangre. Pero la gloria de Wáshington ha de buscarse en todo el tenor de su vida; en el brillante ejemplo y la lección sublime de virtud que dió á su siglo y ha legado á la posteridad. Desde que el uso general de las letras ha facilitado las comunicaciones y dado materia á juicios críticos, él es

el único hombre público que por consentimiento común ha obtenido un nombre inmortal, y lo que aun es más glorioso, un nombre puro, inmaculado.

La virtud se complace y alienta al contemplar cuánto más cierto y perdurable es su galardón, que la fama fatal y dudosa de los meros conquistadores que han desolado la tierra. ¿En qué difiere Napoleón de Gengis-Kan, sino en los atributos accidentales de un estado de civilización más avanzada? Ya sus contemporáneos empiezan á tratarle con severidad, y antes que pase otra generación y cesen las pasiones y antipatías personales, la agencia activa de la verdad hará perder á su carrera la mitad del lustre que aun la ciñe. ¡Cuán diferente ha sido la suerte de Wáshington! Aun no ha cuarenta años que yace en su tumba, y la voz del universo le ha colocado al nivel de los hombres más gloriosos que honran á la antigüedad. El joven, el atolondrado, el ambicioso, pueden aplaudir la carrera de Napoleón; pero el hombre de bien, el filósofo, el patriota, hallan más que admirar en los hechos de Wáshington, y más que reverenciar en su carácter sublime.

José María HEREDIA.



ADVERTENCIA

DE LA SEGUNDA EDICIÓN

En 1825 publiqué la primera edición de estas poesías, sin pretensión alguna literaria. Mis amigos la deseaban, y sus instancias me distraían de los vastos designios que me inspiraban la exaltación y el amor á la gloria. Por este motivo, y como quien arroja de sí una carga, lancé al mundo mis versos para que tuviesen su día de vida, en circunstancias muy desventajosas, pues la tormenta que me arrojó á las playas del Norte, me privó de los manuscritos, dejándome sin más recursos que mi fatigada memoria.

Olvidé pronto aquel libro, y entré en la ardua carrera que me llamaba. Un concurso raro de circunstancias frustró mis proyectos, reduciéndome á ocupaciones sedentarias, que hicieron revivir mi gusto á la literatura. Entre tanto, mis poesías habían corrido con aceptación en América y Europa, y la reimpresión de varias en París, Londres, Hamburgo y Filadelfia, el juicio favorable de literatos distinguidos, y la exaltación literaria excitada en

mi país por la discusión de su mérito, prorrogaron el día de vida que yo les había señalado.

Me veo, pues, en el caso de hacer esta nueva edición, en que además de haberse corregido con esmero las poesías ya publicadas, se incluyen las filosóficas y patrióticas que faltan en la de 1825.

El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta á los veinte y cinco años. Todos mis escritos tienen que resentirse de la rara volubilidad de mi suerte. La nueva generación gozará días más serenos, y los que en ella se consagren á las musas, deben ser mucho más dichosos.

J. M. Heredia.

1832.

DEDICATORIA

Á MI ESPOSA

Cuando en mis venas férvidas ardía
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afán de mis pasiones
Con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy á ti las dedico, Esposa mía,
Cuando el amor, más libre de ilusiones,
Inflama nuestros puros corazones,
Y sereno y de paz me luce el día.

Así perdido en turbulentos mares
Mísero navegante al cielo implora,
Cuando le aqueja la tormenta grave;

Y del naufragio libre, en los altares
Consagra fiel á la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

POESÍAS AMATORIAS

LA PRENDA DE FIDELIDAD

Dulce memoria de la prenda mía,
Tan grata un tiempo como triste ahora,
Aureo cabello, misterioso nudo,
Ven á mi labio.
¡Ay! ven, y enjugue su fervor el llanto
En que tus hebras inundó mi hermosa,
Cuando te daba al infeliz Fileno,
Mísero amante.
Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
Decidme siempre que mi Lesbia es firme;
Decid que nunca romperá su voto
Pérfida y falsa.
¡Oh! cuánto el alma de dolor sentía,
Cuánto mi pecho la aflicción rasgaba,
Cuando la hermosa con dolientes ojos
Viéndome dijo:
« ¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda!
» ¡Toma este rizo que mi frente adorna...
» Toma esta prenda de constancia pura...
» Guárdala fino! »

Á donde quiera que la suerte cruda
Me arrastre, ¡oh rizo! seguiràsme siempre,
Y de mi Lesbia la divina imagen
Pon á mis ojos.
Tú me recuerdas los felices días
De paz y amor que fugitivos fueron,
Cual débil humo de aquilón al soplo
Tórnase nada.
¡Oh! ¡cuántas veces su cabello rubio,
Al blando aliento de la fresca brisa
Veloz ondeaba, y en feliz desorden
Vino á mi frente!
¡La luna amiga con su faz serena
Mil y mil veces presidió mi dicha...
Memoria dulce de mi bien pasado,
Sé mi delicia!

(Abril de 1819.)

LA PARTIDA

¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento
Del pavoroso adiós... mi sentimiento
Dígate aqueste llanto... ¡ay! ¡el primero
Que me arranca el dolor! ¡Oh Lesbia mía!
No es tan sólo el horror de abandonarte
Lo que me agita, sino los temores
De perder tu cariño : sí; la ausencia
Mi imagen borrará, que en vivo fuego

Grabó en tu pecho amor... ¡Eres hermosa,
Y yo soy infeliz!... en mi destierro
Viviré entre dolor, y tú cercada
En fiestas mil de juventud fogosa
Que abrasará de tu beldad el brillo,
Me venderás perjura,
Y en nuevo amor palpitará tu seno,
Olvidando del mísero Fileno
La fe constante y el amor sencillo.
Sumido en pesares
Y triste y lloroso,
Noticias ansioso
De ti pediré :
Y acaso diránme
Con voz dolorida :
« Tu Lesbia te olvida,
Tu Lesbia es infiel. »
Yo te ofendo, adorada : sí; perdona
Á tu amante infeliz estos recelos.
¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?
Tú sabrás conservar con fiel cariño
De tu primer amante la memoria;
No perderás ese candor que te hace
Del cielo amor, y de tu sexo gloria.
¡Lloras! ¡ay! ¡lloras!... ¡Oh fatal momento
De dicha y de dolor!... Aquese llanto,
Que tu amor me asegura,
Me rasga el corazón... Tu hermosa vida
Anublan los pesares y amargura
Por mi funesto ardor... ¡El cielo sabe
Que con toda la sangre que me anima
Comprar quisiera tu inmortal ventura!

Mas desdichado soy... ¿por qué te uniste
Á mi suerte cruel, que ha emponzoñado
De tus años la flor?...
¡Adiós, querida!...
¡Adiós!... ¡Ay! apuremos presurosos
El cáliz del dolor... Ese pañuelo
Con tus preciosas lágrimas regado,
Trueca por éste mío,
Besándolo mil veces y en sus hilos
Mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
Daré á mis penas celestial consuelo.
— « Lesbia me ama, diré, y en mi partida
Ese llanto vertió... Tal vez ahora
Mi pañuelo feliz besa encendida,
Y le estrecha á su seno,
Y un amor inmortal jura á Fileno. »
Piensa en mí, Lesbia divina;
Y si algún amante osado
De tus hechizos prendado,
Quiere robarme tu amor;
Pon la vista en el pañuelo,
Prenda fiel de la fe mia,
Y di: — « Cuando se partía,
¡Cuán grande fué su dolor!... »

(1819.)

Á ELPINO

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria!
¡Ay! ¡si ventura tal contar pudiera!...
Tú, empero, partes, y á la dulce Cuba
Tornas... ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡Oh! ¡cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa
Al terrible azotar del Oceano
Responde largamente! Sí; la vista
De sus ondas fierísimas, hirviendo
Bajo huracán feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiración y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo,
Al vórtice rugiente me lanzara.
¡Oh! ¡cómo palpitante saludara,
Las dulces costas de la patria mía,
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del Mediodía!
¡Al fin llegado al anchuroso puerto,
Volando á mi querida,
Al agitado pecho la estrechara,
Y á su boca feliz mi boca unida,
Las pasadas angustias olvidara!
Mas, ¿á dónde me arrastra mi delirio?
Partes, Elpino, partes, y tu ausencia
De mi alma triste acrecerá el martirio.

¿Con quién ¡ay Dios! ahora
Hablaré de mi patria y mis amores,
Y aliviaré gimiendo mis dolores?
El bárbaro destino
Del Tezcuco en las márgenes ingratas
Me encadena tal vez hasta la muerte.
— Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿No tornaré yo á verte?
  Adiós, amigo : venturoso presto
Á mi amante verás... ¡Elpino, dila
Que el mísero Fileno
La amará hasta morir... Dila cual gimo
Lejos de su beldad, y cuantas veces
Regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntala de mi frente, ya marchita,
La palidez mortal!...
                                ¡Adiós, Elpino,
Adiós, y sé feliz! Vuelve á la patria
Y cuando tu familia y tus amigos
Caricias te prodiguen, no perturbe
Tu cumplida ventura
De Fileno doliente la memoria.
Mas luego no me olvides, y piadoso
Cuando recuerdes la tristeza mía,
Un suspiro de amor de allá me envía.

(1819.)

Á MI QUERIDA

SONETO

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:
Luzca en tus ojos esplendor sereno,
Y baje en ondas al ebúrneo seno
De tus cabellos fúlgidos el oro.
¡Oh mi único placer! ¡oh mi tesoro!
¡Cómo de gloria y de ternura lleno,
Estático te escucho y me enajeno
En la argentada voz de la que adoro!
Recíbate mi pecho apasionado:
Ven, hija celestial de los amores,
Descansa aquí donde tu amor se anida.
¡Oh! nunca te separes de mi lado;
Y ante mis pasos de inocentes flores
Riega la senda fácil de la vida.

(1819)

EL RIZO DE PELO

Rizo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitagarás.

De torpe olvido
Ni un solo instante
Al pecho amante
Permitirás.
En el punto fatal de mi partida
¡Oh Dios! vi á mi adorada,
La vi, Deliso, en lágrimas bañada,
La cabellera el aire desparcida...
Nunca, Deliso, nunca tan hermosa
La vi. — ¡Partes! me dijo moribunda,
Los bellos ojos trémula fijando
En mi faz dolorosa :
— Parto, dije, y el labio balbuciente
No pudo proseguir, y los sollozos
Suplieron á la voz, y tristemente
Por el aire sonaron. Ella entonces
Quitando un rizo á su cabello de oro,
Con ternísima voz, — Toma, decía,
— Guárdale ¡ay Dios! ¡para memoria mía!...
¡Oh parte de mi bien! ¡oh mi tesoro!
Ven á mis labios, ven... Será mi pecho
Tu mansión duradera,
Solo consuelo que la suerte fiera
En mi mal me dejó, y al contemplarte
Diré vertiendo lágrimas ardientes :
— ¡Feneció mi alegría :
Feneció la ventura y gloria mía!
Ven, oh rizo á mis labios y seno :
¿Sientes, di, su latir afanoso?
Pues lo causa tu dueño amoroso,
Prenda fiel de firmeza y amor.
Mis amargos insomnios alivia,

Y en mi llanto infeliz te humedece:
¡Oh! ¡cuán larga la noche parece,
Cuando vela gimiendo el dolor!

(1819.)

A LA HERMOSURA

Dulce hermosura, de los cielos hija,
Don que lós dioses á la tierra hicieron,
Oye benigna de mi tierno labio
Cántico puro.
La grata risa de tu linda boca
Es muy más dulce que la miel hiblea:
Tu rostro tiñe con clavel y rosas
Cándido lirio.
Bien cual se mueve nacarada espuma
Del manso mar en los cerúleos campos,
Así los orbes del nevado seno
Leves agitas.
El universo cual deidad te adora;
El hombre duro á tu mirar se amansa,
Y dicha juzga que sus ansias tiernas
Blanda recibas.
De mil amantes el clamor fogoso,
Y los suspiros y gemir doliente,
Del viento leve las fugaces alas
Rápidas llevan.
Y de tu frente al rededor volando,
Tus dulces gracias y poder publican:

Clemencia piden; pero tú el oído
Bárbara niegas.
¿Por qué tu frente la dureza nubla?
¿El sentimiento la beldad afea?
No: vida, gracia y expresión divina
Préstala siempre.
Yo vi también tu seductor semblante,
Y apasionado su alabanza dije
En dulces himnos, que rompiendo el aire
Férvidos giran.
Mil y mil veces al tremendo carro
De amor me ataste, y con fatal perfidia
Mil y mil veces derramar me hiciste
Mísero llanto.
Y maldiciendo tu letal hechizo,
Su amor abjuro delirante y ciego;
Mas ¡ay! en vano, que tu bella imagen
Sígueme siempre.
Si al alto vuelvo la llorosa vista,
En la pureza del etéreo cielo
El bello azul de tus modestos ojos
Lánguido miro.
Si miro acaso en su veloz carrera
El astro bello que la luz produce,
El fuego miro que en tus grandes ojos
Mórbido brilla.
Es de la palma la gallarda copa
Imagen viva de tu lindo talle;
Y el juramento que el furor dictóme
Fácil abjuro.
Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,
Caigo á tus plantas y perdón te pido,

Y á suplicar y dirigirte votos
Tímido vuelvo.
¡Ay! de tus ojos el mirar sereno,
Y una sonrisa de tu boca pura,
Son de mi pecho, que tu amor abrasa,
Único voto.
¡Dulce hermosura! mi rogar humilde
Oye benigna y con afable rostro
Tantos amores y tan fiel cariño
Págame justa.

(1820).

LA INCONSTANCIA

Á D. DOMINGO DEL MONTE

En aqueste pacífico retiro,
Lejos del mundo y su tumulto insano,
Doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
Á la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
Su bella imagen alejar pudiese,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo tranquilo
De amistad en el seno
Gozara paz y plácida ventura
De todo mal y pesadumbre ajeno!
¡Amor ciego y fatal!... Ahora la tierra
Encanta con su fresca lozanía,
Por detrás de los montes enriscados
El almo sol en el sereno cielo

De azul, púrpura y oro arrebolado,
Se alza con majestad : brilla su frente,
Y la montaña, el bosque, el caserío,
Relucen á su vez... Salud, ¡oh padre
Del ser y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar á tí no siente el alma
Llena de inspiración?... ¡Salve! ¡Tu carro
Lanza veloz por la celeste esfera
Y vida, fuerza y juventud lozana
Vierta en el mundo tu inmortal carrera!
Vuela, y muestra glorioso al universo
El almo Dios que en tu fulgor velado,
Sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente
Dóblase mustia, y en mi rostro corre
Esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
El entusiasmo espléndido y sublime,
Que á gozar y admirar me arrebataba?
¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,
Si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
Veré la tierra en esplendor bañada,
Y al vislumbrar de la fulgente luna,
Y no seré feliz : no embebecida
El alma sentiré, cual otro tiempo,
En mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor : hoy afligido
Solamente diré : « nó mi adorada
» En tal contemplación embelesada
» Á mí dirigirá sus pensamientos. »
De aquestas cañas á la blanda sombra
Recuerdo triste mi placer pasado,
Y me siento morir : lánguidamente
Grabo en el tronco de la tersa caña

De Lesbia el nombre, y en delirio insano
Gimo, y le cubren mis ardientes besos.
Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa
Mil y mil veces halagó la mía,
Hundió el puñal en mi confiado pecho
Con torpe engaño y con mudanza impía.
  Heme juguete de la suerte fiera,
De una pasión tirana subyugado,
Abatido, infelíz, desesperado,
El triste espectro de lo que antes era.
¡Oh pérfida mujer! ¡cómo pagaste
El afecto más fino!
Bajo rostro tan cándido y divino
¿Tan falso corazón pudo velarse?
Tú mi loca pasión, ¡ay! halagabas,
Y feliz te dijiste en mis amores.
Aunque el hado tirano
En mi alma tierna y pura
Verter quisiese cáliz de amagura,
¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?
  Cuando el fatal prestigio con que ahora
La juventud y la beldad te cercan
Haya la parca atroz desvanecido,
Para salvar tu nombre del olvido
El triste amor de tu infeliz poeta
Será el único timbre de tu gloria.
La midad del laurel que orne mi tumba
Entonces obtendrás; y de tus gracias
Y de tu ingratitud y mi tormento
Prolongará mi canto la memoria.
  ¡Hermosura fatal! tú disipaste
La brillante ilusión que me ocultaba

La corrupción universal del mundo,
Y la vida y los hombres á mis ojos
Presentaste cual son. ¿Dónde volaron
Tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
Así olvidarte de tu amor primero?
¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma
Que fina te adoró, falsa, te adora.
No vengativo anhelaré que el cielo
Te condene al dolor : sé tan dichosa
Cual yo soy infeliz : mas no mi oido
Hiera jamás el nombre aborrecido
De mi rival, ni de tu voz el eco
Torne á rasgar la ensangrentada herida
De aqueste corazón : no á mirar vuelva
Tu celeste ademán, ni aquellos ojos,
Ni aquellos labios do letal ponzoña
Ciego bebí... ¡Jamás! — Y tú en secreto
Un suspiro á lo menos me consagra,
Un recuerdo... — ¡Ah cruel! no te maldigo,
Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo.

(Junio de 1821.)

LA CIFRA

¿Aun guardas, árbol querido,
La cifra ingeniosa y bella
Con que adornó mi adorada

Tu solitaria corteza?
Bajo tu plácida sombra
Me viste evitar con Lesbia
Del fiero sol meridiano
El ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
Pagaba mi fe sincera,
Y en ti enlazó nuestros nombres,
De inmortal cariño en prenda.
¡Su amor pasó, y ellos duran,
Cual dura mi amarga pena...!
Deja que borre el cuchillo
Memorias ¡ay! tan funestas.
No me hables de amor: no juntes
Mi nombre con el de Lesbia,
Cuando la pérfida ríe
De sus mentidas promesas,
Y de un triste desengaño
Al despecho me condena.

(1821.)

MISANTROPÍA

¡Qué triste noche!... Las lejanas cumbres
Acumulan mil nubes pavorosas,
Y el lívido relámpago ilumina
Su densa confusión. Calma de fuego
Me abruma en derredor, y un eco sordo,
Siniestro, vaga en el opaco bosque.

Oigo el trueno distante... En un momento,
La horrenda tempestad va á despeñarse.
La presagia la tierra en su tristeza.
  Tan fiera confusión en armonía
Siento con mi alma desolada... ¿El mundo
Padece como yo?...
                                  Mujer funesta,
¡Ay! ¡me perdiste para siempre...! En vano
Me esfuerzo á reanimar del alma mía
El marchito vigor: tú el universo
Desfiguraste para mí... Ni echarte
De la memoria lograré. Tú imagen
Me persigue, causándome deleite
Funesto, amargo, como la sonrisa
Que suele estar helada entre los labios
De una belleza pálida en la tumba.
  ¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba...
¿Quién me venció en amar? Vosotras fuisteis
Mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,
En vuestra dulce y celestial sonrisa
Duplicaba mi ser; y circundado
Por atmósfera ardiente de ventura,
Abjuré la razón, quebré insensato
De mi enérgica mente los resortes,
Y á solo amaros consagré mi vida.
¡Qué horrible pago recibí!... ¡Oh hermosas!
Me hicisteis infeliz y ya no os amo...
Ni puedo amar la vida sin vosotras.
  Así en horrible confusión perdido
Vago insano y furioso... Desecado
Siento mi corazón, huyo á los hombres,
Y hasta la luz del sol ya me fatiga.

¡Ay! se apagó mi fantasía : vago,
Espectro gemidor, junto al sepulcro.
Mas amo á veces mi aflicción; me gozo
En el llanto de fuego que me alivia.
¡Felices ¡ay! los que jamás probaron
El gozo del dolor!...
¿Dó están los tiempos
De mi felicidad, cuando mi mente
De la vasta Creación se apoderaba
Con noble ardor? En medio de la noche,
En la gran soledad del Oceano
Suspenso entre el abismo y las estrellas,
¡Cuán fuertes y profundos pensamientos
Mi mente concibió! ¡Cómo reía
El Universo de beldad ornado
Ante mis ojos! ¡Cómo de la vida
Me sentí en posesión!... Mas hoy... ¡cuitado!
Juzgan turbada mi razón... ¡Oh necios!
¿Del amor os quejáis, y en vuestras frentes
Brilla de juventud la fresca rosa
Sin marchitarse? Contemplad la mía,
Profundamente del dolor hollada,
Y aprended á sentir... Mas no me atienden,
Y maldiciendo mi semblante adusto,
Insocial y selvático me llaman.
Porque no sé para fingir sonrisa
Dar á mis labios contorsión violenta
Cuando mi alma rebosa en amargura,
Imputan á feroz misantropia
Mi amor de soledad... ¡Oh! si pudieran
Bajo el agreste velo que la cubre
Sentir de mi alma la ternura inmensa

Tal vez me amaran... Pero no : tan sólo
Injuriosa piedad ó vil desprecio
En sus almas de fango excitaría.
  Dejadme, pues, que oculte mis dolores
En esta soledad. Árboles bellos,
Que al soplo de los vientos tempestuosos
Sobre mi frente os agitáis, mañana
Vendrá á lucir el sol en vuestras copas
Con gloria y majestad : mas á mi alma
De borrasca furiosa combatida,
No hay un rayo de luz... Entre vosotros
Buscaré alguna calma, y de los tristes
Invocaré al amigo, al dulce sueño.

(Agosto de 1821.)

MEMORIAS

  Recuerda los bellos días
En que tímido y sincero
El homenaje primero
Te llegaba á tributar.
  ¡Oh ceguedad! ¡oh extravío!
Nunca, mujer inconstante,
Pecho más fiero y amante
Pudo el amor inflamar.
  Exageras los defectos
Que en mí la envidia censura :
No es el menor la locura

Con que furioso te amé.
He sentido fieramente
Los vicios y las pasiones :
Mas de tibios corazones
Nunca, Lesbia, me pagué.
En ti del dolor la copa
Brindóme el hado enemigo :
Empero, no te maldigo,
Ni te puedo aborrecer.
Escucha mi último voto :
Añada el cielo á tu vida
Las horas de paz cumplida
Que me robaste cruel.
Tú eras mi bien : mi universo
Estaba á ti reducido :
El tiempo trajo tu olvido,
Y el tiempo me consoló.
El amor que me inspiraste
Para siempre se ha borrado :
No más el fuego apagado
Recuerdes al corazón.
Vanamente cariñosa
Me tiendes la blanca mano :
La fe reclamas en vano
Que á la tuya prometí.
La credulidad, que sola
Devolvértela pudiera,
Por tu inconstancia altanera
Para siempre huyó de mí.
El ligero pajarillo
De la prisión escapado
Prudente y escarmentado

Teme al señuelo traidor.
No se acerca ya cual antes,
Que la desgracia le instruye,
Y la esclavitud rehuye
Que la brin el cazador.

(1821.)

Á... EN EL BAILE

¿Quién hay, mujer divina,
Que al mágico poder de tus encantos
Pueda ya resistir? El alma mía
Se abrasó á tu mirar: entre la pompa
Te contemplé del estruendoso baile,
Altiva y majestuosa descollando
Entre tanta hermosura,
Cual palma gallardísima y erguida
De la enlazada selva en la espesura.
De tu rosada boca la sonrisa
Mas grata es ¡ay! que en el ardiente julio
De balsámica brisa el fresco vuelo,
Y tus ojos divinos replandecen
Como el astro de Venus en el cielo.
Mas ágil y serena,
Al compás de la música sonante
Partes veloz, y mi agitado pecho
Palpita de placer. Cual azucena,
Que al soplo regalado
Del aura matinal mueve su frente,

Que coronó de perlas el rocío,
Así, de gracias y de gloria llena,
Giras ufana, y la expresión escuchas
De admiración y amor, y los suspiros
Que vagan junto á ti; pues electriza
Á todos y enamora
Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,
Y tu actitud modesta, abrasadora.
¡Ay! todos se conmueven:
Sus compañeras tristes, eclipsadas,
Se agitan despechadas,
Y ni á mirarla pálida se atreven.
Ellos arden de amor y ellas de envidia.
¿Y engaños y perfidia
Se abrigarán en el nevado seno
Que hora palpita blandamente, lleno
De celeste candor?... — ¡Afortunado
El mortal á quien ames encendida,
Á quien halagues tierna y amorosa
Con tu mirar sereno y blanda risa...!
Divina joven, ¿me amarás? ¿quién supo
Amar ¡ay! como yo? Tus ojos bellos
Afable pon en mí; seré dichoso.
En tus labios de rosa el dulce beso
Ansioso cogeré: ¡sobre tu seno
Reclinaré mi lánguida cabeza,
Y expiraré de amor!...
¡Mísero! en vano
Hablo de amor, en ilusión perdido.
¡Ángel de paz! de ti correspondido
Nunca ¡infeliz! seré. Mi hado tirano
Á estériles afectos me condena.

¡Ay! el pecho se oprime; consternado
Me agito, gimo triste,
Y me siento morir... ¡Dios que me miras,
Muévate á compasión mi suerte amarga,
Y alivia ya la insoportable carga
Del corazón ardiente que me diste!

. . . .

Tú eres más bella que la blanca luna
Cuando en noche fogosa del estío,
Precedida por brisas y frescura,
En Oriente aparece,
Y sube al yermo cielo, y silenciosa
En medio de los astros resplandece.

. . . .

Su indigno compañero
La lleva entre sus brazos insensible,
Y yerto, inanimado,
Gira en torno de sí los vagos ojos,
Y sus gracias no ve...
No más profanes,
Insensible mortal, ese tesoro,
Que no sabes preciar : ¡huye! ¡ mis brazos
Estrecharán al inflamado seno
Ese ángel celestial!... — ¡Oh! si pudiera
Hacerme amar de ti, como te adoro,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo viviera
Del mundo en un rincón, desconocido,
Contigo y la virtud!...
Mas no, infelice;

Yo de angustia y dolores la llenara;
Y en su inocente pecho derramara
La agitación penosa
Que turba y atormenta
Mi juventud ardiente y borrascosa.
¡No, mujer adorada!
Vive feliz sin mí... Yo generoso
Gemiré y callaré; seré dichoso,
Si eres dichosa tú... Benigno el cielo
Oiga mis votos férvidos y puros,
Y en tu pecho conserve
De inocencia la calma,
La deliciosa paz, la paz del alma,
Que severo y terribie me ha negado,
Cuando me ha condenado
Á gemir, y apurar sin esperanza
Un doloroso cáliz de amargura,
Y á que nunca me halaguen
Sueños de amor y plácida ventura.

(Diciembre de 1821.)

Á LOLA, EN SUS DÍAS

Vuelve á mis brazos, deliciosa lira,
En que de la beldad y los amores
El hechizo canté. Sobrado tiempo
De angustias y dolores
El eco flébil fuera

Mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera
No calmar mi agonía
Este brillante dia
Que á Lola vió nacer? ¡Cuán deleitosa
Despunta en el Oriente la luz pura
Del natal de una hermosa!
Naciste, Lesbia, y Cuba
Al contemplar en ti su bello adorno,
Aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
Meció festivo amor : tu blanda risa
Nació bajo su beso : complacido
La recibió, y en inefable canto
Y sin igual dulzura
Tus labios inundó : tu lindo talle
De gallarda hermosura
Venus ornó con ceñidor divino,
Y tal vez envidiosa contemplaba
Tu celestial figura.
Nace bárbaro caudillo,
Que con frenética guerra
Dobe desolar la tierra,
Y gime la humanidad.
Naciste, Lola, y el mundo
Celebró tu nacimiento,
Y embelesado y contento
Adoró Amor tu beldad.
Feliz aquel á quien afable miras,
Que en tu hablar se embebece, y á tu lado
Admira con tu talle delicado
La viva luz de tus benignos ojos.
¡Venturoso mortal! ¡En cuánta envidia
Mi corazón enciendes!... Lola hermosa,

¿Quién á tanta beldad, y á tantas gracias
Pudiera resistir, ni qué alma fría
Con la expresión divina de tus ojos
No se inflama de amor? El alma mía
Se abrasó á tu mirar.... Eres más bella
Que la rosa lozana,
Del céfiro mecida
Al primer esplendor de la mañana.
Si en un tiempo más bello y felice
Tantas gracias hubiera mirado,
¡Ah! tú fueras objeto adorado
De mi fina y ardiente pasión.
Mas la torpe doblez, la falsía,
Que mi pecho sensible rasgaron,
En su ciego furor me robaron
Del placer la dichosa ilusión.
¡Ángel consolador! tu beldad sola
El bárbaro rigor de mis pesares
Á mitigar alcanza
Y en tus ojos divinos,
Bebo rayos de luz y de esperanza.
¡Conviértelos á mí siempre serenos,
Abra tus labios plácida sonrisa,
Y embriágame de amor!...
Acepta grata
Por tu ventura mis ardientes votos.
¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera
Sumir el cielo en aflicción y luto
Tanta y tanta beldad? Si despiadado
El feroz infortunio te oprimiere,
¡Ay! ¡no lo mire yo! Baje á la tumba
Sin mirarte infeliz; ó bien reciba

Los golpes de la suerte,
Y de ellos quedes libre, y generoso
Si eres dichosa tú, seré dichoso.
¿Me oyes, Lola, placentera,
Llena de fuerza y de vida?...
¡Ay! mi juventud florida
El dolor marchita ya.
Cuando la muerte me hiera,
Y torne tu día sereno
Acuérdate de Fileno,
Di su nombre suspirando,
Y en torno de ti volando
Mi sombra se gozará.

(Marzo de 1822.)

AUSENCIA Y RECUERDOS

¡Qué tristeza profunda, qué vacío
Siente mi pecho! En vano
Corro la margen del callado río,
Que la celeste Lola
Al campo se partió. Mi dulce amiga,
¿Por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida
En triste soledad mi alma perdida
Verá reabierta su profunda llaga,
Que adormeció la magia de tu acento.
El cielo, á mi penar compadecido,
De mi dolor la fiel consoladora

En ti me deparó : la vez primera
¿Te acuerdas Lola? que los dos vagamos
Del Yumurí tranquilo en la ribera,
Me sentí renacer : el pecho mío
Rasgaban los dolores.
Una beldad amable, amante, amada
Con ciego frenesí puso en olvido
Mi lamentable amor. Enfurecido,
Torvo, insociable, en mi fatal tristeza
Aun odiaba el vivir : desfiguróse
Á mis lánguidos ojos la natura;
Pero vi tu beldad por mi ventura,
Y ya del sol el esplendor sublime
Volvióme á parecer grandioso y bello :
Volví á admirar de los paternos campos
El risueño verdor. Sí; mis dolores
Se disiparon como el humo leve,
De tu sonrisa y tu mirar divino
Al inefable encanto.
¡Ángel consolador! yo te bendigo
Con tierna gratitud : ¡cuán halagüeña
Mi afán calmaste! De las ansias mías,
Cuando serena y plácida me hablabas,
La agitación amarga serenabas,
Y en tu blando mirar me embebecías.
¿Por qué tan bellos días
Fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?
Ayer nos vió este río en su ribera
Sentados á los dos, embebecidos
En habla dulce, y arrojando conchas
Al líquido cristal, mientras la luna
Á mi placer purísimo reía,

Y con su luz bañaba
Tu rostro celestial. Hoy solitario,
Melancólico y mustio errar me mira
En el mismo lugar, quizá buscando
Con tierna languidez tus breves huellas.
Horas de paz, más bellas
Que las cavilaciones de un amante,
¿Dónde volasteis? — Lola, dulce amiga,
Di, ¿por qué me abandonas
Y encanta otro lugar tu voz divina?
¿No hay aquí palmas, agua cristalina
Y verde sombra y soledad?... Acaso
En vago pensamiento sepultada,
Recuerdas ¡ay! á tu sensible amigo.
¡Alma pura y feliz! Jamás olvides
Á un mortal desdichado que te adora,
Y cifra en ti su gloria y su delicia.
Mas el afecto puro
Que me hace amarte y hacia ti me lleva,
No es el furioso amor que en otro tiempo
Turbó mi pecho; es amistad.
Do quiera
Me seguirá la seductora imagen
De tu beldad. En la callada luna
Contemplaré la angelical modestia
Que en tu serena frente resplandece:
Veré en el sol tus refulgentes ojos;
En la gallarda palma, la elegancia
De tu talle gentil: veré en la rosa
El purpúreo color y la fragancia
De la boca dulcísima y graciosa,
Do el beso del amor riendo pasa:

Así do quiera miraré á mi dueño,
Y hasta las ilusiones de mi sueño,
Halagará su imagen deliciosa.

(Mayo de 1822.)

¡AY DE MÍ!

¡Cuán difícil es al hombre
Hallar un objeto amable,
Con cuyo amor inefable
Pueda llamarse feliz!
Y si este objeto resulta
Frívolo, duro, inconstante,
¿Qué resta al mísero amante,
Sino exclamar ¡ay de mí!
El amor es un desierto
Sin límites, abrasado,
En que á muy pocos fué dado
Pura delicia sentir.
Pero en sus mismos dolores
Guarda mágica ternura,
Y hay siempre cierta dulzura
En suspirar ¡ay de mí!

EL DESAMOR

¡Salud, noche apacible! ¡Astro sereno,
Bella luna, salud! Ya con vosotras
Mi triste corazón de penas lleno
Viene á buscar la paz. Del sol ardiente
El fuego me devora;
Su luz abrasadora
Acabará de marchitar mi frente.
Sola tu luz ¡oh luna! pura y bella
Sabe halagar mi corazón llagado,
Cual fresca lluvia el ardoroso prado.
Hora serena en la mitad del cielo
Ríes á nuestros campos agostados,
Bañando su verdura
Con plácida frescura.
Calla toda la tierra embebecida
En mirar tu carrera silenciosa;
Y sólo se oye la canción melosa
Del tierno ruiseñor, ó el importuno
Grito de la cigarra: entre las flores
El céfiro descansa adormecido;
El pomposo naranjo, el mango erguido
Agrupados allá, mi pecho llenan
Con el sublime horror que en torno vaga
De sus copas inmóviles. Unidas
Forman entre ellas bóveda sombrosa,
Que la tímida luna con sus rayos

No puede penetrar. Morada fría
De grato horror y oscuridad sombría,
Á ti me acojo, y en tu amigo seno
Mi tierno corazón sentiré lleno
De agradable y feliz melancolía.
  Calma serenidad, que enseñoreas
Al universo, di, ¿por qué en mi pecho
No reinas ¡ay! también? ¿Por qué agitado,
Y en fuego el rostro pálido abrasado,
En tan profunda paz sólo suspiro?
  Esta llama volcánica y furiosa
Que arde en mi corazón, ¡cuál me atormenta
Con estéril ardor!... ¿Nunca una hermosa
Por fin será su delicioso objeto?
¡Cuán feliz seré entonces! Encendido
La amaré, me amará, y amor y dicha...
¡Engañosa esperanza! Desquerido
Gimo triste, anhelante,
Y abrasado en amor no tengo amante.
  ¿No la tendré jamás?... ¡Oh! ¡si encontrara
Una mujer sensible que me amara,
Cuanto la amase yo! ¡cómo en sus ojos
Y en su blanda sonrisa miraría
Mi ventura inmortal! Cuando mi techo
Estremeciese la nocturna lluvia
Con sus torrentes férvidos, y el rayo
Estallara feroz, ¡con qué delirio
Yo la estrechara á mi agitado pecho
Entre la convulsión de la natura,
Y con ella partiera
Mi exaltado placer y mi locura!
¡Ó en la noche serena

Los aromas del campo respirando,
En su divino hablar me embebeciera;
En su seno mi frente reclinando,
Palpitar dulcemente le sintiera;
Y envuelto en languidez abrasadora,
Un beso y otro y mil la diera ardiente,
Y al agitado seno la estrechara,
Mientras la luna en esplendor bañara
Con un rayo de luz su tersa frente!...
¡Oh sueño engañador y delicioso!
¿Por qué mi acalorada fantasía
Llenas de tu ilusión? La mano impía
De la suerte cruel negó á mi pecho
La esperanza del bien: sólo amargura
Me guarda el mundo ingrato,
Y el cáliz del dolor mi labio apura.

(1822)

EL RUEGO

De mis pesares
Duélete hermosa,
Y cariñosa
Paga mi amor.
Mira cual sufro
Por tu hermosura
Angustia dura
Pena y dolor.
¿Quién ¡ay! resiste

Cuando le miras,
Y fuego inspiras
Al corazón?
  Cuando tu seno
Blando palpita
¿En quién no excita
Plácido ardor?
  Secreto afecto
Me enardeciera
La vez primera
Que yo te vi.
  Tu habla divina
Sonó en mi oído,
Y conmovido
Me estremecí.
  De amor el fuego
Corre en mis venas...
Si... de mis penas
Ten ¡ay! piedad.
  Tenla... un afecto
Puro, sencillo,
Releva el brillo
De la beldad.

(1822.)

EL CONVITE

Ven á mi ardiente seno,
Deliciosa beldad, ven : cariñosa
Ciñe tus brazos de mi cuello en torno,

Y bésame otra vez.. Al contemplarte
Huyen mis penas, como niebla fría
Del sol... Mírame hermosa,
Y amor aplauda con festiva risa,
Batiendo alegre las divinas palmas
¡Mil veces infeliz el que no sabe
Como Fileno amar! Su árido pecho,
Cerrado á la alma voz de la natura,
Nunca supo gozar de sus favores;
Y muy más infeliz quien no ha gozado
Una amante cual tú, cuya ternura
En su pecho abrasado
Funda trono inmortal á sus amores.
  Tú, adorada, mi llanto enjugaste,
Consolando mi grave dolor :
Adoré tu beldad, me pagaste,
Y bendigo feliz al Amor.
  Mas ¡qué! ¿sobre mis hombros te reclinas,
Y tu cabello undoso
Cubre mi frente? La nevada mano
Dame... ¿La mano mía
Estrechas con la tuya,
Y me juras amor, y en él me inflamas
Con lánguido mirar?...
¡Oh dulce amiga!
¡Con fiel cariño conservar juremos
Nuestro blando jurar con mil caricias!...
  Nunca fuí tan feliz : no devorado
Me siento del amor ciego, furioso,
En que abrasó mi pecho una perjura,
Menos bella que tú, menos amable.
¡Pérfida! ¡me vendió!... ¡Yo que rendido

Por siempre la adoré!... —¡Lejos empero
Memoria tan fatal!...—Ven, ¡oh querida!
Sienta yo palpitar bajo mi mano
Tu corazón, y extático te escuche
Suspirar de placer entre mis brazos;
Y que al mirarte lánguido, me brindes
Á coger en tus labios regalados
El dulce beso en que el amor se goza;
Y que al cogerlo, en tus divinos ojos
Mi ventura y tu amor escritos mire,
Y te bese otra vez, y luego expire.

EL CONSUELO

¿Cómo, idolatrada mía,
Cuando la noche agradable
Á tus brazos me conduce,
Gimes triste y anhelante?
Están ajadas y mustias
Las rosas de tu semblante,
Y en desorden tempestuoso
Trémulo tu seno late.
En vano con tu sonrisa
Pretendes ¡ay! halagarme;
Triste y amarga sonrisa,
Que no puede fascinarme.
¡Yo estar gozoso y tranquilo,
Cuando padece mi amante!
¡Oh! fuera, si lo estuviese

El más vil de los mortales.
No, mujer idolatrada;
Conmigo tus penas parte,
Y llorarás en mi seno,
Y el llanto sabrá aliviarte.
De esta luna silenciosa
Á la luz grata y sũave,
Al susurro de las hojas,
Que leve céfiro bate,
De tierna melancolía
Siento el corazón llenarse
Y oír la voz me parece
De mi malogrado padre.
Ha un año que al frío sepulcro
Me llevaban los pesares,
Y mi juventud robusta
Cual flor sentí marchitarse.
Fatigábame la vida;
Y al ver la huesa delante,
Quise abreviar mis dolores,
Y en ella precipitarme.
¡Ay! si hubiera ejecutado
Mis proyectos criminales,
Ni gozara de tu vista,
Ni de tu amor inefable.
¡Ángel de paz! Dios piadoso
Te destinó á consolarme...
¿Cómo el hacer mi ventura
Á la tuya no es bastante?
Deja, adorada, que el tiempo
La región impenetrable
Del porvenir nos descubra,

Y no angustiosa te afanes.
¿De la tórtola no escuchas
El arrullo lamentable,
Que en noche tan clara y pura
Dulce resuena en los aires?
Él manda amor: ven, querida,
Y entre mis brazos amantes
Olvida en tierno delirio
Los cuidados y pesares.

(1822.)

EN MI CUMPLEAÑOS

Gustavi... paululum mellis, et ecce morior.

1. REG. XIV. 43.

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados
Ya diez y nueve abriles desde el día
Que me viera nacer, y en pos volaron
Mi niñez, la delicia y el tormento
De un amor infeliz...
Con mi inocencia
Fuí venturoso hasta el fatal momento
En que mis labios trémulos probaron
El beso del amor... ¡beso de muerte!
¡Origen de mi mal y llanto eterno!
Mi corazón entonces inflamaron
Del amor los furores y delicias,
Y el terrible huracán de las pasiones
Mudó en infierno mi inocente pecho,

Antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
De zozobra, inquietudes, amargura,
Y dolor inmortal á que la suerte
Me ató después con inclemente mano.
Cinco años ha que entre tormentos vivo,
Cinco años ha que por doquier la arrastro,
Sin que me haya lucido un solo día
De ventura y de paz. Breves instantes
De pérfido placer, no han compensado
El tedio y amargura que rebosa
Mi triste corazón á la manera
Que la luz pasajera
Del relámpago raudo no disipa
El horror de la noche tempestuosa.
  El insano dolor nubló mi frente,
Do el sereno candor lucir se vía,
Y á mis amigos plácido reía
Marchitando mi faz, en que inocente
Brillaba la expresión que Amor inspira
Al rostro juvenil... ¡ Cuán venturoso
Fuí yo entonces! ¡oh Dios! Pero la suerte
Bárbara me alejó de mi adorada.
¡ Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
¡Oh beso del amor! Su faz divina
Miré por el dolor desfigurada.
Díjome ¡ adiós! : sus ayes
Sonaron por el viento,
Y ¡ adiós! la dije en furibundo acento.
  En Anáhuac mi fúnebre destino
Guardábame otro golpe más severo.
Mi padre, ¡ oh Dios! mi padre, el más virtuoso

De los mortales... ¡Ay! la tumba helada
En su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
Yo vi su frente pálida, nublada
Por la muerte fatal... ¡Oh cuán furioso
Maldije mi existencia,
Y osé acusar de Dios la providencia!
De mi adorada en los amantes brazos
Buscando á mi dolor dulce consuelo,
Quise alejarme del funesto cielo
Donde perdí á mi padre. Moribundo
Del Anáhuac volé por las llanuras,
Y el mar atravesé. Tras él pensaba
Haber dejado el dardo venenoso
Que mi doliente pecho desgarraba;
Mas de mi patria saludé las costas,
Y su arena pisé, y en aquel punto
Le sentí más furioso y ensañado
Entre mi corazón. Hallé perfidia,
Y maldad y dolor...
Desesperado,
De fatal desengaño en los furores
Ansié la muerte, detesté la vida:
¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?
Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
Como el pájaro triste de la noche,
Por doce lunas el delirio mío
Gimiendo fomenté. Dulce esperanza
Vislumbróme después: nuevos amores,
Nueva inquietud y afán se me siguieron.
Otra hermosura me halagó engañosa,
Y otra perfidia vil... ¿Querrá la suerte
Que haya de ser mi pecho candoroso

Víctima de doblez hasta la muerte?
¡Mísero yo! ¿y he de vivir por siempre
Ardiendo en mil deseos insensatos,
Ó en tedio insoportable sumergido?
Ha un lustro que encendido
Busco ventura y paz, y siempre en vano.
Ni en el augusto horror del bosque umbrío
Ni entre las fiestas y pomposos bailes
Que á loca juventud llenan de gozo,
Ni en el silencio de la calma noche,
Al esplendor de la callada luna,
Ni entre el mugir tremendo y estruendoso
De las ondas del mar hallarlas pude.
En las fértiles vegas de mi patria
Ansioso me espacié; salvé el Océano,
Trepé los montes que de fuego llenos
Brillan de nieve eterna coronados,
Sin que sintiese lleno este vacío
Dentro del corazón. Amor tan sólo
Me lo puede llenar : él solo puede
Curar los males que me causa impío.
Siempre los corazones más ardientes
Melancólicos son : en largo ensueño
Consigo arrastran el delirio vano
É impotencia cruel de ser dichosos.
El sol terrible de mi ardiente patria
Ha derramado en mi alma borrascosa
Su fuego abrasador : así me agito
En inquietud amarga y dolorosa.
En vano ardiendo, con aguda espuela
El generoso volador caballo
Por llanuras anchísimas lanzaba,

Y su extensión inmensa devoraba,
Por librarme de mí : tan sólo al lado
De una mujer amada y que me amase
Disfruté alguna paz. — Lola divina,
El celeste candor de tu alma pura
Con tu tierna piedad templó mis penas,
Me hizo grato el dolor... ¡Ah! vive y goza,
Sé de Cuba la gloria y la delicia;
Pero á mí, ¿qué me resta, desdichado,
Sino sólo morir?...
Doquier que miro
El fortunado amor de dos amantes,
Sus dulces juegos é inocente risa,
La vista aparto, y en feroz envidia
Arde mi corazón. En otro tiempo
Anhelaba lograr infatigable
De Minerva la espléndida corona.
Ya no la precio : amor, amor tan sólo
Suspiro sin cesar, y congojado
Mi corazón se oprime... ¡Cruel estado
De un corazón ardiente sin amores!
¡Ay! ni mi lira fiel, que en otros días
Mitigaba el rigor de mis dolores,
Me puede consolar. En otro tiempo
Yo con ágiles dedos la pulsaba,
Y dulzura y placer en mí sentía,
Y dulzura y placer ella soñaba.
En pesares y tedio sumergido
Hoy la recorro en vano,
Y sólo vuelve á mi anhelar insano
« Voz de dolor y canto de gemido ».

(Diciembre de 1822.)

LOS RECELOS

¿Por qué, adorada mía,
Mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa
Evitas encontrarme, y si te miro,
Fijas en tierra lánguidos los ojos,
Y triste amarillez nubla tu frente?
¡Ay! ¿dó volaron los felices días
En que risueña y plácida me vías,
Y tus ardientes ojos me buscaban,
Y de amor y placer me enajenaban?
¡Cuántas veces en medio de las fiestas,
De una fogosa juventud cercada,
Me aseguró de tu cariño tierno
Una veloz, simpática mirada!
Mi bien, ¿por qué me ocultas
El dardo emponzoñado que desgarra
Tu puro corazón?... Mira que llenas
Mi existencia de horror y de amargura:
Dime, dime el secreto que derrama
El cáliz del dolor en tu alma pura.
Mas ¿aun callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
La causa de tu afán: ya no me amas,
Ya te cansa mi amor... ¡No, no; perdona!
Habla y hazme feliz.... ¡Ay! yo te he visto,
La bella frente de dolor nublada,
Alzar los ojos implorando al cielo,
Yo recogí las lágrimas que en vano
Pretendiste ocultar; tu blanca mano

Estreché al corazón lleno de vida
Que por tu amor palpita, y azorada
Me apartaste de ti con crudo ceño :
Volví á coger tu mano apetecida,
Sollozando á mi ardor la abandonaste,
Y mientras yo ferviente la besaba,
Bajo mis labios áridos temblaba.
¿Te fingirás acaso
Delito en mi pasión? Hermosa mía,
No temas al amor : un pecho helado
Al dulce fuego del sentir cerrado,
Rechaza la virtud, á la manera
De la peña que en vano
Riega en torrentes la afanosa lluvia,
Sin que fecunde su fatal dureza;
Y el amor nos impone
Por ley universal naturaleza.
  Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
Que yo marchite con aliento impuro
Tu virginal frescor. ¡Ah te idolatro!...
¡Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.
Único amor de mi sencillo pecho!
Yo bajara al sepulcro silencioso
Por hacerte feliz... Ven á mis brazos,
Y abandónate á mí; ven y no temas.
La enamorada tórtola tan sólo
Sabe aqueste lugar, lugar sagrado
Ya de hoy más para mí... ¿Su canto escuchas
Que en dulce y melancólica ternura
Baña mi corazón?... Déjame, amada,
Sobre tu seno descansar... ¡Ay! vuelve...
Tu rostro con el mío

Une otra vez, y tus divinos labios
Impriman á mi frente atormentada
El beso del amor... Ídolo mio,
Tu beso abrasador me turba el alma :
Toca mi corazón; cual late ansioso
Por volar hacia ti... Deja, adorada,
Que yo te estreche en mis amantes brazos
Sobre este corazón que te idolatra.
¿Le sientes palpitar? ¿Ves cual se agita
Abrasado en tu amor? ¡Pluguiera el cielo
Que á ti estrechado en sempiterno abrazo
Pudiese yo expirar!... ¡Gozo inefable!
Aura de fuego y de placer respiro;
Confuso me estremezco :
¡Ay! mi beso recibe... yo fallezco...
Recibe, amada, mi postrer suspiro.

Á RITA L...

¡Ay! ¿es verdad? ¿La delicada mano
Que al dulce beso del amor convida,
Y en sed inflama el anhelante labio,
Mis versos escribió; y este consuelo
Al insano pesar que me devora
Guardaba el justo cielo?
¡Encantadora joven! Más ufano
Con favor tan precioso
Que con su vil poder el ambicioso,

Bendigo tu amistad, y satisfecho
Por nada trocaria
Mi humilde lira y mi sensible pecho.
Tal vez mientras su mano regalada
Mis venturosos versos escribía,
Allá en su alma agitada
Mi destino infeliz compadecía,
Y un suspiro, una lágrima preciosa
Á mí se consagró... Dulces delirios,
¡Ay! no me abandonéis : goce en idea
Lo que la dura suerte me ha vedado
Conseguir... Sí, gustoso
Con la mitad de mi existencia triste
Comprara el bello instante
En que expresión divina de ternura
Me halagase en tu cándido semblante.
¿Y condenado á perenal tormento
Siempre habré de vivir? ¿Nunca mis ojos
En otros ojos hallarán ardiendo
La llama del amor? ¿Hasta la muerte
Gemiré de mis bárbaros pesares
Y tedio insoportable combatido?
¿No habrá un pecho clemente
Que simpatice en su cariño ardiente
Con este joven triste y desquerido?
Papel precioso, entre las prendas mías
Ocupa tu lugar : mil y mil veces
Mis labios encendidos
Sobre ti buscarán la dulce huella
De la mano ligera y delicada
Que se dignó escribirte : si la suerte
Me oprime despiadada,

Tú mi alivio serás : al contemplarte
Mil plácidos recuerdos
Me llenarán el alma
De celestial consuelo.
Cuando la muerte con funesto vuelo
Tienda sus alas en mi triste frente,
Recibirás sobre mi yerta boca
Mi último beso y mi postrer suspiro.

(1822.)

LA RESOLUCIÓN

¿Nunca de blanda paz y de consuelo
Gozaré algunas horas? ¡Oh terrible
Necesidad de amar!...
Del Oceano
Las arenosas y desnudas playas
Devoradas del sol de medio día,
Son imagen terrible, verdadera
De mi agitado corazón. En vano
Á ellas el padre de la luz envía
Su ardor vivificante, que orna y viste
De fresca sombra y flores el otero.
Así el amor, del mundo la delicia,
Es mi tormento fiero.
¿De qué me sirve amar sin ser amado?
Ángel consolador, á cuyo lado
Breves instantes olvidé mis penas,
Es fuerza huír de ti : tú misma diste

La causa... Me estremezco... Alma inocente,
¡Ay! curar anhelabas las heridas
Que yo desgarro con furor demente.
La furia del amor entró en mi seno
Y el dulzor amargó de tus palabras,
Y el bálsamo feliz tornó en veneno.
Me hablabas tierna : con afable rostro
Y con trémulo acento
La causa de mi mal saber querías,
Y la amargura de las penas mías
Templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho
Palpitaba escuchándote!... Perdido,
Á feliz ilusión me abandonaba,
Y de mi amor el mísero secreto
Entre mis labios trémulos erraba.
Alcé al oirte lo abatida frente,
Y te miré con ojos do brillaba
La más viva pasión... ¿No me entendiste?
¿No eran bastante ¡ay! á revelarla
Mi turbación, de mi marchito rostro
La palidez mortal?... Mujer ingrata.
¡Mi delirio cruel te complacía!...
¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho
La fatal confesión : si no me amas,
Moriré de dolor, y si me amases...
¡Amarme tú!... Yo tiemblo... Alma divina,
¿Tú, amar á este infeliz, que sólo puede
Ofrecerte su llanto y la tibieza
De un disecado corazón? ¿Tú, bella
Más que la luna si en el mar se mira,
Unirte á los peligros y pesares
De este triste mortal?... ¡Jamás! — Huyamos

De su presencia, donde no me angustie
Su injuriosa piedad...
¡Adiós! Yo quiero
Ser inocente, y no perderte... Amiga,
Amiga deliciosa, nunca olvides
Al misero Fileno, que á tu dicha
Sacrifica su amor : él en silencio
Te adorará, gozándose al mirarte
Tan feliz como hermosa,
Mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

(Agosto de 1822.)

PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL

Árbol, que de Fileno y su adorada
Velaste con tu sombra los amores,
Jamás del Can ardiente los rigores
Dejen tu hermosa pompa marchitada.
Al saludar tu copa abovedada,
Palpiten de placer los amadores,
Y celosos frenéticos furores
Nunca profanen tu mansión sagrada.
Adiós, árbol feliz, árbol amado :
Para anunciar mi dicha al caminante
Guarde aquesta inscripción tu tronco añoso :
« Aquí moró el placer : aquí premiado
Miró Fileno al fin su ardor constante :
Sensible amo, le amaron, fué dichoso. »

RECUERDO

Despunta apenas la rosada aurora,
Plácida brisa nuestras velas llena;
Callan el mar y el viento, y sólo suena
El rudo hendir de la cortante prora.
Yo separado ¡ay me! de mi señora,
Gimo no más en noche tan serena:
Dulce airecillo, mi profunda pena
Lleva al objeto que mi pecho adora.
¡Oh! ¡cuántas veces, al rayar el día,
Ledo y feliz de su amoroso lado
Salir la luna pálida me vía!
¡Huye, memoria de mi bien pasado!
¿Qué sirves ya? Separación impía
La brillante ilusión ha disipado.

RENUNCIANDO Á LA POESÍA

Fué tiempo en que la dulce poesía
El eco de mi voz hermoseaba,
Y amcr, virtud y libertad cantaba
Entre los brazos de la amada mía.
Ella mi canto con placer oía,
Caricias y placer me prodigaba,

Y al puro beso que mi frente hollaba
Muy más fogosa inspiración seguía.
¡Vano recuerdo! En mi destierro triste
Me deja Apolo, y de mi mustia frente
Su sacro fuego y esplendor retira.
Adiós, ¡oh Musa! que mi gloria fuiste:
Adiós, amiga de mi edad ardiente:
El insano dolor quebró mi lira.

(Boston, 1823.)

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

¡Cómo exalta y diviniza
El rostro de la hermosura
La expresión celeste y pura
De la sensibilidad!
¡Cuán estático, mi amiga,
Tu semblante contemplaba,
Cuando en tus ojos temblaba
La lágrima de piedad!
Grata es la luz apacible
Que occidente nos envía
Cuando el expirante día
Sepulta la eternidad.
Del crepúsculo es la hora
Grata al alma pensativa;
Pero muy más la cautiva
La lágrima de piedad.

Ved á la virgen amable
Cuanto más bella se ostenta
Si al pobre anciano alimenta,
Con modesta caridad.
¡Y lo niega ruborosa!
¿Es un ángel, ó una bella?...
¡Ved!... en sus ojos centella
La lágrima de piedad.
El delicioso rocío
Que vierte nocturno cielo,
Llanto es, y al árido suelo
Torna frescura y beldad.
Cuajado sobre las flores,
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero su brillo oscurece
La lágrima de piedad.
¡Cuánto es horrible la vida
Al que ama desesperado!
¡Cómo del objeto amado
Le atormenta la beldad!
¡Una lágrima!... Bendigo
Todo el rigor de mi suerte...
¿Es el amor quien la vierte,
Ó es lágrima de piedad?
¡Oh mi bien! ¡Ay!... No te ofenda
El escuchar que te adoro:
Nos divide, no lo ignoro,
Tirana desigualdad.
Nada exijo... ¿Por ventura
Deberás negar impía
Á la triste pasión mía
Lágrimas ¡ay! de piedad?

ATALA

Desde que te miré, joven hermoso,
Sentado á par de la luciente hoguera,
Por mis venas corrió fuego dichoso,
Que no puedo explicar. ¡Quién á tu lado
Siempre vivir pudiera,
Y consolar tus males,
Y tu gozo partir! ¡Fuérame dado
Romper osada tu cadena dura,
Y en la profundidad de los desiertos
Gozar contigo sin igual ventura!
Mas ¡ay! no la gozara, que al mirarte
Me siento estremecer : quédanse yertos
Mis miembros todos, y azorado late
Mi corazón en el ansioso pecho.
¡Cuán extraña es mi suerte!
En tu presencia tiemblo y si te partes
Ansio, me agito por volver á verte.
Al punto que te miro,
Gallardo prisionero
Huír de tu vista quiero,
Y no te puedo huír.
Con languidez suspiro
Al verte que suspiras,
Y lánguido me miras,
Y pienso yo morir.
Ayer tarde le vi junto á la fuente
Á mi lado correr : temblé, y ardiente

Estrechando mi mano, así me dijo :
« Desde que te miré la vez primera,
» El sueño huyó de mis ardientes ojos.
» La memoria feliz de tu hermosura
» En mi pecho se iguala
» Con la memoria dulce y lisonjera
» De la cabaña en que nací... ¡Oh Atala!
» Mal puede responder á tus amores
» Un corazón que aguarda los horrores
» Del suplicio fatal... »
¡Cielos! mi amado
Sin mí perecerá... Salvarle es fuerza,
Y en su fuga seguirle...
¿Qué han menester los hijos de los bosques
Para vivir? En su follaje verde
Felice techo nos dará la encina.
Saldrá el brillante sol, y á par sentados
Al margen de torrente bullicioso,
Veremos con placer su luz divina.
Ó á la sombra de un álamo frondoso,
Los dos triscando en deliciosa fiesta,
Miraremos pasar la ardiente siesta,
Y él me dirá palabras misteriosas,
Y yo responderé con tierno acento :
« ¡Oh Chactas! ¡oh mi amor! Tu bello rostro
» Es más grato de Atala al blando pecho
» Que la sombra del bosque á medio día,
» Ó los silbidos del furioso viento,
» Cuando sacuden la cabaña mía
» En medio de la noche silenciosa. »
Así diré : me estrecharán sus brazos,
Me llamará su esposa;

Y escuchará el desierto mis amores,
Y alegres repitiendo el canto mío,
Chactas y Atala volverá la selva,
Chactas y Atala el resonante río.
¡Oh placer sin igual!... Pero mi madre.
¡Oh memoria de horror! ¡Funesto lazo!
¡Oh temerario voto detestable!
¡Ay! la sombra implacable
De mi madre infeliz doquier me sigue,
Y en pavorosa voz me anuncia muerte.
Yo no la temo, no : venga, termine
El horor de mi suerte.
Evíteme ¡ay! el bárbaro martirio
De adorar á Chactas, y abandonarle.
¡Abandonarle! ¡oh Dios! El blanco lirio
Cuando con majestad sobre su tallo
Mécele fácil apacible brisa,
No es más gallardo y bello que mi amante.
El olor de la rosa
Es menos grato al corazón de Atala
Que de su boca el encendido aliento.
¿Y le habré de olvidar?... Vuela el colibrí
De un bosque al otro, y su pequeña esposa
Parte rauda tras él... ¡Mi suerte impía
Volar me niega tras la prenda mía!...

Á FLÉRIDA

Si es dulce ver en el glorioso estío
Ceñida el alba de purpúreas flores,
Y entre blancas arenas y verdores
Con manso curso deslizarse el río;

Si es dulce al inocente pecho mío
Atisbar de las aves los amores,
Cuando tiernas modulan sus ardores
En la plácida paz del bosque umbrío;

Si es dulce ver cual cobran estos prados
Fresco verdor en la estación florida,
Y al cielo y mar profundo serenados,

Más dulce es verte, Flérida querida,
Darme en tus negros ojos desmayados
Muerte de amor, más grata que la vida.

LA MAÑANA

Ya se va de los astros apagando
El trémulo esplendor. Feliz aurora
En las aves despierta voz canora
Y en Oriente sereno va rayando.

Con purpúreos colores anunciando
Al ya próximo sol, las nubes dora,
Que en rocío disueltas, van ahora
Las hierbas y las flores argentando.

Ven, mañana gentil, la sombra fría
Disipen tus albores, y de Elpino
El triste pecho colma de alegría.

Pues á pesar de bárbaro destino
Más bello sol daràle aqueste día
De dos ojuelos el fulgor divino.

Á LA ESTRELLA DE VENUS

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cuál bella!
Tú la presides, vespertina estrella.
Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira

De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Excita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
Á mi tierno delirio daba rienda
En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.
Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me reía
Ingenuidad y amor : yo la estrechaba
Á mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.
¡Oh goces fugitivos
De placer inefable! ¡Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes!...
Yo la admiraba estático : á mi oído
Muy más dulce que música sonaba
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas
Cuya memoria cara
Á mitigar bastara

De una existencia de dolor las penas!
¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces
Junto á mi dulce amiga me mirabas
Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad!...
Ahora me miras
Amar también, y amar desesperado.
Huír me ves al objeto desdichado
De una estéril pasión, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento
De amarla, y de llorar la suerte impía
Que por siempre separa
Su alma del alma mía.

(1826.)

MI GUSTO

Llénase de placer el marinero
Cuando la dulce playa ve cercana:
Gózase el sabio que estudiando afana,
Cuando su parecer es verdadero.

Goza también impávido guerrero
Cuando gloria fatal en lides gana;
Gózase entre la gente cortesana
Quién miró á su señor menos severo.

Nada de esto me place; soy dichoso
Tan sólo estando á par de mi Belisa,
Que paga con su afecto mi ternura.

Si al tiempo que me mira advierto ansioso
En su boca asomar dulce sonrisa,
Llega á su colmo entonces mi ventura.

LA DESCONFIANZA

Mira, mi bien, ¡cuán mustia y desecada
Del sol al resplandor está la rosa
Que en tu seno tan fresca y olorosa
Pusiera ayer mi mano enamorada!

Dentro de pocas horas será nada...
No se hallará en la tierra alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa
No se encuentre sujeta y obligada.

Sigue á las tempestades la bonanza:
Siguen al gozo el tedio y la tristeza...
Perdóname si tengo desconfianza

De que dure tu amor y tu terneza:
Cuando hay en todo el mundo tal mudanza,
¿Sólo en tu corazón habrá firmeza?

ADIÓS

Belleza de dolor, en quien pensaba
Fijar mi corazón, y hallar ventura,
Adiós te digo, ¡adiós! — Cuando miraba
Respirar en tu frente calma y pura
El ingenuo candor, y en tu sonrisa
Y en tus ojos afables
Brillar la inteligencia y la ternura,
Necio me aluciné. Mi fantasía
Á la imagen de amor siempre inflamable,
En tu bello semblante me ofrecía
Facciones que idolatro; y embebido
En esperanza dulce y engañosa,
Pensaba en ti cobrar mi bien perdido.
Mas ¡ay! veloz despareció cual niebla
Mi halagüeña ilusión. En vano ansiaba
En tu pecho encontrar la fuente pura
Del delicado amor, del sentimiento.
Tan sólo caprichosa en él domina
Triste frivolidad, que me arrastrara
De tormento en tormento,
Á un abismo de mal, llanto y ruina.
¡Qué suplicio mayor que amar de veras,
Y mirar profanado, envilecido,
El objeto que se ama, y que pudiera
Ser amor de la tierra, si estuviera
De pudor y modestia revestido!
¡Pérfida semejanza!... Si tu pecho,

Como tu faz imita la que adoro,
De prendas y virtud igual tesoro
En su seno guardara,
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo te amara
Con efusión inmensa de ternura,
Y á labrar tu ventura
Mi juventud ardiente consagrara!...
  Caminas presurosa
Por la senda funesta del capricho
Á irreparable mal y á abismo fiero
De ignominia y dolor... ¡Mísero! en vano
En mi piedad ansiosa
He querido tenderte amiga mano.
La esquivaste orgullosa... ¡Adiós! yo espero
Que al fin vendrás á conocer con llanto
Si era fino mi afecto, si fué pura
Y noble mi piedad. — Ya te desamo,
Que es imposible amar á quien no estima,
Y sólo en compasión por ti me inflamo.
  ¡No te maldigo, no! ¡Pueda lucirte
Sereno el porvenir, y de mi labio
El vaticinio fúnebre desmienta!
Á mi pecho agitado
Será continuo torcedor la vista
De tu infausta beldad, y desolado
Tu suerte lloraré. Si acaso un dia
Sufres del infortunio los rigores,
Y á conocerme aprendes, en mi pecho
Encontrarás no amor, pero indulgencia,
Y el afecto piadoso de un amigo.
¡Belleza de dolor! Adiós, te digo.

(1826)

Á MI AMANTE

Es media noche : vaporosa calma
Y silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
Y yo velo por ti, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
Enajena tu plácida memoria!
Único bien y gloria
Del corazón más fino y más constante,
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
La agitación lanzaste y el martirio,
Y en mi tierno delirio
Lleno de ti contemplo el Universo.
Con tu amor inefable se embellece
De la vida el desierto,
Que desolado y yerto
Á mi tímida vista parecía,
Y cubierto de espinas y dolores.
Ante mis pasos, adorada mía,
Riégalo tú con inocentes flores.
¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura
Siento al pensarlo! De esperanza lleno,
Miro lucir el sol puro y sereno,
Y se anega mi ser en su ventura.
Con orgullo y placer alzo la frente
Antes nublada y triste, donde ahora
Serenidad respira y alegría.
Adorada señora
De mi destino y de la vida mía,

Cuando yo tu hermosura
En un silencio religioso admiro,
El aire que tú alientas y respiro
Es delicia y ventura.
Si pueden envidiar los inmortales
De los hombres la suerte,
Me envidiarán al verte
Fijar en mí tus ojos celestiales
Animados de amor, y con los míos
Confundir su ternura.
Ó al escuchar cuando tu boca pura
Y tímida confiesa
El inocente amor que yo te inspiro :
Por mí exhalaste tu primer suspiro,
Y á mí me diste tu primer promesa.
¡Oh! ¡luzca el bello día
Que de mi amor corone la esperanza,
Y ponga el colmo á la ventura mía!
¡Cómo de gozo lleno,
Inseparable gozaré á tu lado,
Y posaré mi faz sobre tu seno!
Ahora duermes tal vez, y el sueño agita
Sus tibias alas en tu calma frente,
Mientras que blandamente
Sólo por mí tu corazón palpita.
Duerme, objeto divino
Del afecto más fino,
Del amor más constante;
Descansa, dulce dueño,
Y entre las ilusiones de tu sueño
Levántese la imagen de tu amante.

(Abril de 1827.)

LA AUSENCIA

Cuando angustiado gimo
En esta ausencia impía,
Escucha, amada mía,
La voz de mi dolor.
Y cuando aquestos versos
Repitas con ternura,
Júrame en tu alma pura
Fino y eterno amor.
¿Quién me quitó tu vista?
¿Quién ¡ay! tu dulce lado?
Objeto idolatrado,
¿Quién me te arrebató?
Mientras otros prodigan
En vicios su riqueza,
La bárbara pobreza
De ti me separó.
De ella con mis afanes
Alcanzaré victoria,
Y entre placer y gloria
Á ti me reuniré.
Te estrecharé á mi seno,
Te llamaré mi esposa,
Y en unión deliciosa
Contigo viviré.
Si no muda mi suerte,
Si aun me persigue el hado,
Nunca, dueño adorado,

Mis votos burlarán.
  Pues pobre te haré mía,
Y de ventura lleno
Te acostaré en mi seno,
Te haré comer mi pan.
  Mas no; dulce esperanza
Me halaga en lo futuro,
Y de tu amor seguro
Pongo mi vida en ti.
  Cuando suspiro triste,
Sé que en aquel instante,
Tu corazón amante
Palpita fiel por mí.
  Sufre, cual yo, y espera,
Objeto á quien adoro,
Mi gloria, mi tesoro,
Divinidad mortal.
  Piensa en mi amor constante;
Y la esperanza amiga
Alivie la fatiga
De ausencia tan fatal.

(Julio de 1827.)

Á MI ESPOSA EN SUS DÍAS

¡Oh! ¡cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso día
Que te miró nacer, esposa mía.

Heme de amor y de ventura lleno.
  Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
¡Con qué afectuosa devoción te adoro,
Y te consagro mi alma enternecida!
Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.
      Tú eres mi ángel de consuelo,
   Y tu celestial mirada
   Tiene en mi alma enajenada
   Inexplicable poder.
      Como el iris en el cielo
   La fiera tormenta calma,
   Tus ojos bellos del alma
   Disipan el padecer.
  Y ¿cómo no lo hicieran,
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu día feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida unión los torpes celos.
Esposa la más fiel y más querida,
Siempre nos amaremos,
Y uno en otro apoyado, pasaremos
El áspero desierto de la vida.
      Nos amaremos, Esposa,
   Mientras nuestro pecho aliente:
   Pasará la edad ardiente

Sin que pase nuestro amor.
  Y si el infortunio vuelve
Con su copa de amargura,
Respete tu frente pura.
Y en mí cargue su furor.

(Noviembre de 1827.)

IMITACIONES Y TRADUCCIONES

PLAN DE ESTUDIOS

¿Á Minerva te consagras?
Perdone Amor tu imprudencia:
Advierte que tanta ciencia
No es propia de la beldad.
No: tu sencillez conserva,
Y esa feliz ignorancia
Que la deliciosa infancia
Te recuerdan sin cesar.
Sigue la antigua creencia;
Y tu culto candorosa
Rinde al ara venturosa
Del omnipotente Amor
Aqueste dios indulgente
Profesa la tolerancia;
Y á la pérfida inconstancia
Reserva el crudo rigor.
Ya del gusto el dios amable
Te reveló cuidadoso
El arte voluptüoso
Que Tersicore inventó.

Sabes de amor gratos himnos,
Y juntas con ágil mano
Los acentos del pïano
Á tu deliciosa voz.
En el mapa nunca busques
Los climas tristes, lejanos,
Que de griegos y romanos
Vieron el bélico ardor.
No busques al samoyedo,
Que en clima de hielo eterno
Sufre de perenne invierno
La tristeza y el horror.
Busca en él á Idalia bella,
Donde la diosa de amores
Brinda á sus adoradores
Inestimable favor.
No lejos yacen las playas
Dó Leandro expiró rendido,
Y en que la mísera Dido
Fué víctima del Amor.
De la política historia
En la cansada lectura
Crimen, furor y locura
Tus ojos fatigarán.
No : la crónica de Pafos
Aprenderás en Ovidio,
Librándote del fastidio
Que los otros te darán.
La ciencia más importante
Es la de ser venturosa;
Conmigo, joven hermosa
Queriendo la aprenderás.

Mucho adelantado tienes,
Pues que supiste agradarme :
Yo te amo... Sabiendo amarme,
No quieras aprender más.

1822.)

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA

(DE BYRON.)

Cual suele en mármol sepulcral escrito
Un nombre detener al pasajero,
Pueda en aquesta página mi nombre
Fijar tus ojos ¡ay! por los que muero.
Míralo, cuando ya de ti apartado
No te pida mi amor más recompensa :
De mí te acuerda como muerto, y piensa
Que aquí mi corazón queda enterrado.

EL MANZANILLO (1)

(DE MILLEVOYE)

« ¡Cuán dulce será en tu boca
» Zarina, el beso de amor! »

(1) Este hermoso árbol crece junto al mar en Cuba y en las otras Antillas. Su frescura y olor suave convidan al descanso en el ardor del día. El que seducido se reclina bajo su magnífica sombra, cae presto en un sueño apacible, y este sueño, según dicen, es la muerte.

Así á la bella cubana
Habla el cacique feroz.
« ¡Oh Nelusko! » ella responde,
Trémula ya de pavor,
« Tu prepotencia respeto,
» Mas mi cariño es de Azor. »
En el pecho del cacique
Despierta la indignación,
Y furibundo la dice :
« Yo te amo, y soy tu señor.
» Aquesta noche en la playa
» Me aguardarás »; y partió.
Zarina, desesperada
En tan cruda situación,
Debajo de un manzanillo
La triste cita esperó.
« Ven ¡oh Nelusko! » cantaba
Con desfallecida voz,
« Pues cierras el duro pecho
» Al grito de mi dolor.
» De las cumbres se desata
» El huracán bramador,
» Y el mar y agitada selva
» Le saludan con horror.
» ¡Ay! pronto las palmas tiernas
» Destrozará su furor,
» Cual tú desgarras impio
» Mi pecho y el de mi Azor.
» Ven; satisface inhumano
» Tu tiránica pasión,
» Mas será helada y sombría
» Esta noche de tu amor.

» Y tú, de un tirano fiero
» Víctima triste, cual yo,
» Objeto de mi cariño,
» En otro mundo mejor
» Te espero, do nadie diga :
» Yo te amo y soy tu señor. »
Sus párpados lagrimosos
Iba cerrando veloz
La muerte, cuando á sus plantas
Llega rápido su Azor.
Afanoso la buscaba :
Apenas reconoció
El funesto árbol, se llena
De sorpresa y de terror.
De la mortífera sombra
En sus brazos la sacó :
« ¿Qué ibas á hacer, infeliz? »
— « Sacrificarme á tu amor. »
Él con ardientes caricias
Serena su corazón;
Entonces llega Nelusko
Y fiero le dice Azor :
« Tengo arco, flecha, macana,
» Robusto brazo y valor,
» Y el que á Zarina pretenda,
» Espere la destrucción. »
El atónito cacique
Le oye con mudo furor,
Y cede, al ver del amante
La firme resolución.
Así el torrente que inunda
Los campos asolador,

En la base de ancha peña
Quiebra el ímpetu feroz.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

(DE MILLEVOYE)

De Otoño el viento, la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
Y en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacía.
Solo y moribundo un joven
Lentamente recorría
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.
« Adiós, adorado bosque;
« Voy á morir », le decía,
» Y mi fin desventurado
» Tus hojas ¡ay! vaticinan.
» La enfermedad que mi seno
» Está devorando impía,
» Pálido, cual flor de Otoño,
» Hacia el sepulcro me inclina.
» Apenas breves instantes
» Disfruté la dulce vida,
» Y siento mi primavera
» Cual sueño desvanecida.
» Caed, efímeras hojas;
» Y por el suelo tendidas,

» Á mi desolada madre
» Ocultad mi tumba fría.
» Mas si mi amante velada
» Viene en la tarde sombría
» Á llorar en mi sepulcro,
» Agitándoos conmovidas,
» Despertad mi triste sombra,
» Y su fiel llanto reciba. »
Dijo, y partió... ¡para siempre!
Murió, y al tercero día
La sepultura le abrieron
Bajo de la árida encina.
Su madre ¡ay! por poco tiempo
Vino á llorarle afligida;
Pero no su infiel amante,
Como el infeliz creía.
Sólo del pastor los pasos
En aquella selva umbría
Perturban hoy el silencio
En torno de sus cenizas.

LA FLOR

(DE MILLEVOYE)

Flor solitaria y modesta,
Que del valle fuiste honor,
Tus restos vagan marchitos
Al soplo del Aquilón.

Igual suerte nos oprime;
Cedemos al mismo Dios,
Una hoja te quita el viento,
Y un placer me dice adiós.
Ayer la bella pastora
Viendo tu fresco verdor,
Que su hermosura realzara
Envanecida esperó.
Mas ¡ay! sobre el mustio tallo
Te inclinaste con dolor,
Y su amante cuidadoso
Encontrarte no logró.
Á su vuelta suspiraba:
No te aflijas ¡oh pastor!
Aun vive tu fiel amante;
Sólo perdiste la flor.
¡Mísero! mi dulce amiga
Como una sombra pasó,
Y la dicha de mi vida
Cual sueño se disipó.
Bella fué, joven y amable:
Su brillo se marchitó,
Y tres veces en su tumba
La hierba reverdeció.
¡Ay! escuchar imagino
Su dulce, argentada voz,
Y que me dice: «Te aguardo:
¿Olvidaste ya mi amor?...»

MELANCOLÍA

(DE ARNAULT)

Hoja solitaria y mustia,
Que de tu árbol arrancada,
Por el viento arrebatada
Triste murmurando vas,
¿Dó te diriges? — Lo ignoro.
De la encina que adornaba
Este prado, y me apoyaba,
Los restos mirando estás.
Bajo su sombra felice
Las zagalas y pastores
Cantaban, y sus amores
Contenta escuchaba yo.
Nise, la joven más bella
Que jamás ornó este prado,
Tal vez pensando en su amado,
En el tronco se apoyó.
Mas contristada la encina
Por huracán inclemente,
Abatió su altiva frente,
Dejándose despojar.
Desde entonces cada dia
Raudo el viento me arrebata,
Y aunque feroz me maltrata,
Ni aun oso quejarme dél.

Voy, de su impulso llevada,
Del valle á la selva umbrosa,
Do van las hojas de rosa,
Y las hojas de laurel.

LOS PLACERES DE LA ESPERANZA

(DE CAMPBELL)

¡Esperanza eternal! cuando la esfera
Al compás de su música primera,
Hizo marchar al tiempo apresurado,
Viste empezar tu juventud gloriosa
Para no envejecer. Cuando espantosa
Reina la destrucción, y los planetas
Nos muestren su fulgor amortiguado,
Y envueltas ardan en horrible incendio
Las regiones del Éter, y profundo
Retumbe en ellas el postrero trueno,
Haciendo estremecer el bajo mundo :
Tú, sin temor, sobre la inmensa ruina
Te sonreirás con celestial dulzura;
Y en la pira funesta de natura
Tu antorcha encenderás pura y divina.

VERSOS ESCRITOS

EN EL GOLFO DE AMBRACIA

(DE BYRON)

Del cielo aislada en el azul profundo,
Brilla de Accio en el mar la luna hermosa :
En estas olas por Cleopatra odiosa
Perdióse el cetro del antiguo mundo.
De ambición el frenético demonio
Dió aquí sepulcro á miles de romanos,
Y tantos sacrificios hizo vanos
Por seguir á su amada el vil Antonio.
Perdona, Lisi : que mi voz severa
No excite de tu pecho los enojos :
Perder no puedo un mundo por tus ojos,
Mas ni por todo un mundo te perdiera.

RECUERDOS TRISTES

Salve, asilo solitario,
De mis amores testigo,
Cuando en tu techo conmigo
La triste Laura vivió.
¡Ay! esta joven, objeto

De mi dolor y ternura,
Descansa en la sepultura
Que sus gracias devoró.
  En esta calle sombrosa
Á mi lado paseaba
Y con delicia pensaba
Que nos íbamos á unir.
  Con ceguedad la infelice
Condenada por la suerte,
Ya en los brazos de la muerte
Me hablaba de porvenir.
  Una lánguida sonrisa
Vagaba por su semblante,
Y disipaba un instante
Su profunda palidez.
  Y yo triste, desolado,
Viendo con terror su calma,
En el fondo de mi alma
Lloraba ya mi viudez.
  Mas entre los matorrales,
Del alto bosque en la orilla,
Resuena la campanilla...
¡Oh recuerdos de dolor!
  Es la cabra, que muy tarde
Á su seno desecado
Un bálsamo regalado
En su leche prodigó.
  Guárdala, cabra querida,
De toda extranjera mano:
Un día tal vez cercano,
De ti necesitaré.
  Marchita siento inclinarse

La flor de mi vida triste :
El favor que á Laura hiciste
Lánguido te pediré.
  Pero ya baja la noche,
Y su tenebroso velo,
Envuelve la tierra y cielo
En silencio y en horror.
  En la oscuridad profunda
Aun la casa ver quisiera
Donde ya nadie me espera,
Donde no habita mi amor.

LA RESOLUCIÓN

(IMITACIÓN DE PARNY)

Sí, lanzemos del pecho para siempre
La imagen de la ingrata á quien un dia
Ciego adoré; los ojos de la impía
Mi llanto no verán : cual ella engaña,
Así engañaré yo, y amante nueva
Cual ella buscaré...
                                De mis dolores,
Goza, Lesbia cruel, y entre placeres
Á la fogosa juventud escucha
Que lisonjera en derredor te halaga,
Y tu beldad divina aplaude ardiente.
Pero la edad vendrá : severo el tiempo
Rugará sin piedad tu tersa frente

Y el enjambre dichoso de las gracias
Huyendo volará : presto tras ellas
Huirá también amor. Entonces triste
Abandonada y sola
No podrás ser infiel, y yo vengado
Al verte ya cual agostada rosa,
Cuando pase sonriéndome á tu lado
Te diré con desdén : *¡cuál fuiste, hermosa!*

LA NOVIA DE CORINTO

(DE GOETHE)

Vino un joven de Atenas á Corinto
Á celebrar el plácido himeneo
Que desde su niñez le preparaban
Sus padres y los padres de una joven,
Por amistosos vínculos unidos.
El veneno fatal de la sospecha
Turbaba de su amor las ilusiones.
Él y sus padres conservaban fieles
Su antigua fe : la joven y los suyos
La fe de los cristianos profesaban.
Y ¿no será el rigor del nuevo culto
Al dulce premio de su amor contrario?
¿No hará temer sus votos encendidos,
Cual aroma de flor emponzoñada?
Llegó en la noche : la afanosa madre
Velaba sola, y recibióle atenta.

En el mismo aposento hospitalario
Le dió cena frugal, y retiróse,
Deseándole reposo y blando sueño.
  Este recibimiento no disipa
Del joven la inquietud; pero vencido
Por la fatiga se adormece al cabo.
Cerró el sueño sus párpados apenas,
Cuando escucha rumor, la puerta se abre,
Y apacible visión se le presenta.
  Á la luz de su lámpara sombría
Ve atónito llegársele una joven
Con lentos pasos : blanco y largo velo
Eclipsaba su frente que ceñía
Negra diadema con estrellas de oro.
Al ver al joven, tiembla, se detiene,
Y con acento doloroso, al cielo
Alza las manos pálidas y exclama :
« ¡Tan extranjera soy en mi familia,
» Que del huésped ignoro la llegada!
» Reposa en blanda paz, joven viajero,
» Y perdona mi error. »
                                   « No, no te partas,
» Halagüeña beldad, » prorrumpe el joven.
» De Ceres y de Baco las delicias
» Ven á gozar conmigo. Tu presencia
» Inspira dulce amor. ¿Por qué aterrada
» Te demudas así? ¿No eres la esposa
» Que me destina el cielo? Ven, ¡oh amada!
» No te alejes de mí : ven á mi seno,
» Y hazme probar la celestial ventura. »
— « Huye de mí, desventurado joven;
» Huye de la infeliz que ha renunciado

» Los placeres y goces de la tierra.
» Pasé el umbral. Mi madre moribunda
» Ligóme ya con temerario voto
» Á su nueva deidad, sacrificando
» La juventud y la naturaleza
» Al porvenir. Nuestros antiguos dioses
» De esta morada silenciosa huyeron,
» Y hoy en nuevos altares adoramos
» Á un invisible ser, que habita el cielo,
» Y no quiere aceptar en sacrificio
» Toro feroz ni tímido cordero.
» Tan sólo admite victimas humanas.
» Y yo lo fuí. »
— « Mi corazón no miente :
» Eres mi esposa, y lo serás. El cielo
» No acepta, no, tu temerario voto,
» Ni dispensa los sacros juramentos
» De nuestros padres. »
— « ¡Misera!... Te engañas.
» Tuya no puedo ser, amable joven.
» Condenada á gemir, cedo á mi hermana
» Con tu precioso amor, los bellos días
» Que un hado más feliz me destinaba.
» Piensa al menos en mí : piensa en la triste
» Á quien sus penas y tu amor devoran :
» Que te idolatra fiel, cuando en la tumba
» Á sepultarse va. »
« ¡Nunca! ¡lo juro
» Por nuestro fino amor! Tú serás mía
» Y pues el mismo cielo nos reúne,
» Vamos á celebrar el himeneo. »
Ella se ablanda, y truecan amorosos

De la jurada fe visibles prendas.
Recibe el joven de su cara esposa
Una cadena de oro, y él la brinda
Una copa de plata. — « No la acepto »,
Ella le dice : « no; de tus cabellos
« Un rizo tomaré. »
La triste hora
De los manes llegábase, y la joven
Tranquilizarse pareció : con ansia
Llevó á sus labios pálidos un vino
De sangriento color, que aman los muertos;
Mas apesar del ruego de su amado
El pan rehusó : la copa le presenta
Libada por sus labios que él apura.
Al fin aquella cena silenciosa
La hoguera del amor en él inflama.
Quiere al lecho nupcial llevar su esposa,
Y ella resiste y consolarle intenta.
— « Me aflige tu dolor; mas si tocaras
» En desnudez mis miembros, temblarías
» Al ver lo que te cubre aqueste velo.
» Blanca cual nieve, y como nieve yerta
» Es la infeliz que quieres por esposa. »
— « Aun en la tumba misma », dice el joven,
» Te reanimara con mi amor : mi aliento
» El tuyo inflamará, y el beso mío
» De ardiente vida llenará tu seno.
» ¿No sientes, di, la hoguera que me abrasa? »
Al corazón la estrecha : dulce llanto
Se une á su ardor : sus almas encendidas
Ya se confunden, y la triste prueba
El sublime placer de verse amada.

Pero el esposo en su feliz delirio
No siente palpitar contra su seno
Otro seno.
La madre de la joven
Oye rumor, acércase, y percibe
Los juramentos del amor más fino,
De una mutua pasión las efusiones.
« ¡Ay! por desgracia nuestra »; se decían,
» El gallo matinal canta la aurora.
» Separémonos, pues; pero mañana
» La noche fiel nos reunirá », y escucha
Del postrimero adiós el dulce beso.
No puede contener su justa ira,
Y entra resuelta á confundir la esclava
Que en los brazos del joven suponía.
Se acerca, y asombrada reconoce...
¡Cielo! ¡á su hija infeliz!...
El ateniense,
Lleno de turbación quiere ocultarla;
Mas ella lo resiste, y convertida
En aéreo fantasma, se alza y crece
Hasta llegar al techo.
— « Madre mía »,
Con un acento sepulcral exclama :
« ¿Por qué turbáis la noche de himeneo?
» ¿No os bastaba tan joven sepultarme?
» Irresistible fuerza me ha sacado
» Del fúnebre ataúd : las bendiciones
» De vuestros sacerdotes no han podido
» Volver la paz á mis errantes manes.
» ¿Acaso el agua y sal son poderosas
» Á helar de amor y juventud el fuego,

» Cuando ni de la tierra el peso frío
» Lo pudo conseguir?... Á aqueste joven
» Prometisteis mi fe, cuando humeaba
» En el altar de Venus el incienso.
« Vos el sagrado vínculo rompisteis.
» Por extranjero culto seducida,
» Formar osasteis imposible voto;
» Y yo he salido yerta de la tumba
» Á reclamar mi bien, amar mi amante,
» Y sellar nuestra unión en otro mundo.
« Tú poco vivirás, esposo mío.
» De nuestro amor recíproco las prendas
» Nos ligan ya con vínculos ternos.
» Tu infausta unión á la hija del sepulcro
» Á vejez prematura te condena,
» Y sólo á par de la que fiel te adora
» Recobrarás la juventud.
¡Oh madre!
» Escuchad y cumplid mi último voto.
» Una pira elevad, abrid mi tumba,
» Y los cuerpos reunid de los amantes.
» Al estallar la resonante llama,
» Nuestras cenizas mezclaránse ardientes,
» Y volaremos al Eliseo juntos. »

PELEA DE GALLOS

DE LANDÍVAR (1)

Luego que empieza el gallo generoso
Á erguir amenazando el aureo cuello,
Á caminar con majestad y orgullo
Y á perseguir con amoroso anhelo
Á sus esposas, el ardor insano
De bárbaro, letal y fútil juego
Le saca del corral, su dulce patria,
Y le sepulta en reducido encierro,
Do atado el pie con cuerda rigorosa.
Del combate feroz aguarda el tiempo.
El ave generosa en el principio
Se entristece : con largo y flébil eco
Gime tal vez, y los indignos lazos
Ansian romper sus débiles esfuerzos.
Pero después, acostumbrado el gallo
Á la nueva mansión y al trato nuevo
Con grave majestad se espacía altivo
Por su prisión, olvida el cautiverio,
Y saluda en cantares belicosos
La luz de Diana y el fulgor de Febo.
De su crestada frente, cual corona
Se alzan las puntas; un color sangriento

(1) Sacerdote mejicano que escribió en latín bellísimas poesías descriptivas. (Calendario de Galván, de 1836.)

Cubre sus barbas; las doradas plumas
Visten espesas el erguido cuello,
Y acrecentada la flexible cola,
En arco airoso tiende su plumero,
Buscando la cabeza con su punta,
Y el espolón robusto descubriendo
Del gallo armado. Mas su alcaide impío
Barbas y cresta le mutila fiero,
Del espolón dejándole tan sólo
Una pequeña parte, donde luego
Breve, cortante espada le asegura,
Y liga el pie con vínculos estrechos.
Así al lucir el azaroso día
Del combate mortal, cada gallero
Suelta en la liza su campeón armado,
Que con minaz, provocador acento
Á sus nobles rivales desafía.
De breve circo en el espacio interno
La arena está con sangre salpicada.
En derredor se elevan los asientos
De la gárrula turba que tan pronto
Con vasto grito aplaude al vencimiento,
Como apuestas ruinosas multiplica,
En ronca voz y discordantes ecos.
Cuando este insano vulgo clamoroso
Llena las tablas, de la arena al medio
Sacan dos soltadores á sus gallos
Armados con mortíferos aceros.
Al punto de las aves belicosas
Enciende, abrasa los valientes pechos
Súbita rabia : sus cabezas arden,
Lanzan sus ojos devorante fuego,

Y al combate se aprestan, erizando
Las ígneas plumas del tendido cuello.
Mas antes se contemplan irritados,
En derredor la vista revolviendo
Examinan el campo de batalla,
Y cauto cada cual, los movimientos
Sigue de su contrario... Ved... ¡Ya lidian!
De interés y ansiedad hondo silencio
Reina do quier. Con repentino salto
En el aire se chocan, pecho á pecho
Fuerte se opone, y mezclan furibundos
Pies robustos á pies, hierros á hierros,
Sin que ninguno su furor deponga
Hasta que al adversario postre yerto
Bajo el rigor de su terrible espada
En el campo letal. Con tardo vuelo
Giran las plumas por el aire vago,
Y las entrañas del rasgado seno
Vierte aquel moribundo, anhela, expira,
Y sucumbe infeliz al hado acerbo.
Triunfa su vencedor : la insana turba
En torno aplaude con clamor inmenso,
Y él agitando las doradas plumas
Que tornasolan su pintado pecho
Celebra la magnífica victoria
Con faz erguida y sonoroso acento.
Mas si cobarde el vencedor se asombra,
Al contemplar el palpitante cuerpo
De su enemigo, y vuelve las espaldas
Huyendo al espectáculo funesto,
Indignado el concurso le proscribe,
Le carga de baldón y vituperio.

Y la palma triunfal con vano aplauso
Obtiene al fin el generoso muerto.

(Méjico, 1836.)

LA VISIÓN

(IMITACIÓN DE LORD BYRON)

Un sueño tuve, fúnebre y extraño.
Extinguirse vi el sol, y las estrellas
En el espacio eterno silenciosas,
Extraviadas y pálidas giraban.
La tierra helada, ennegrecida y ciega
En la pesada atmósfera dormía,
Y las cansadas horas se arrastraban,
Sin que en sus alas lánguidas trajeran
La vuelta de la luz. Los hombres todos
Sus míseras pasiones é intereses
Sepultaron al fin en el abismo
De universal desolación. Vivían
Al esplendor de hogueras, y los tronos,
Los palacios de reyes coronados
Y las chozas humildes consumieron
Por procurarse luz. Grandes ciudades
Así desparecieron, y los hombres
En torno á sus hogares abrasados
Para mirarse por la vez postrera
Se congregaban. Los antiguos bosques
Se incendiaron también : hora tras hora

Consumidos cayendo se apagaban.
De aquella luz al lúgubre reflejo
Los hombres azorados parecían
Espectros yertos, pálidos : algunos
Los ojos encubriéndose lloraban :
Otros, corriendo por doquier, miraban
Con desesperación al yermo cielo,
Que tenebroso y mudo, parecía
El paño funeral del mundo muerto.
Con blasfemias feroces á la tierra
Luego inclinaban los cansados ojos,
Rechinando los dientes, y morían.
Los pájaros silvestres por doquiera
Atónitos vagaban, y la tierra
Con sus alas inútiles batían.
Las bestias más agrestes y feroces,
En trémulas y mansas convertidas,
Mezclábanse á los hombres. Las serpientes
Entre la multitud se deslizaban
Sin ofender con lamentable silbo,
Y aquel hambriento pueblo devorólas.
La guerra, en el principio sosegada,
Rugió más furibunda : las comidas
Compráronse con sangre; cada uno,
Perdido en las tinieblas, engullía
Su mezquina porción. Se disolvieron
Del afecto los lazos, y la tierra
En sólo el pensamiento se abismaba
De inminente, fatal y oscura muerte.
El hambre las entrañas consumía :
Expiraban los hombres, y sus huesos
Quedaban, cual sus carnes, insepultos.

Los flacos á los flacos devoraban,
Los perros á sus amos embestían,
Exceptuando uno solo, que un cadáver
Guardando estaba con doliente ahullido,
Y al fin murió, lamiéndole la mano.
Dos de una gran ciudad sobrevivieron,
Y eran mortales, fieros enemigos.
Junto á un altar del fuego devorado
Vinieron á encontrarse; con sus manos
Descarnadas y yertas revolviendo
Las brasas moribundas y cenizas,
Alzaron débil, momentánea llama,
Y al verse con su luz el uno al otro,
Gritaron de terror, y perecieron.
Quedó el mundo vacío, despojado
De árboles, hierbas, hombres y de vida,
Sin tiempo ni estaciones, mudo caos.
Los ríos, lagos y mares sumergidos
En un silencio fúnebre yacían,
Y en sus profundidades cavernosas
Ningún ser animado se agitaba.
Acabaron las férvidas mareas
Al expirar la luna su señora;
Los vientos en la atmósfera estancados
Se consumieron, y también las nubes,
Y tinieblas informes, silenciosas,
Remplazaron del todo al Universo.

EN UN RETRATO

DEL AUTOR PROSCRIPTO, Á SU MADRE

(IMITACIÓN DE ROUHÉR)

No extrañes de mi frente la tristeza :
Cuando el pincel copiaba mi semblante,
En ti pensaba, y en aquel instante,
Me mandaba sentir naturaleza.

LOS SEPULCROS

(IMITACIÓN DE U. FÓSCOLO)

Á DON MANUEL ROBREDO

De lánguidos cipreses á la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
¿Es más plácido el sueño de la tumba?
Cuando el sol á mis ojos extinguidos
No resplandezca ya, ni á mis oidos
Llegue la dulce voz de la armonía,
Ni el tierno amor mi corazón inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ría,
¿Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos

Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido Manuel : aun la esperanza,
Diosa final, de los sepulcros huye :
El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en la profunda noche;
Y el hombre, los sepulcros y rüinas
De tierra y cielo en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.

Mas ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusión que en los umbrales
De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aun no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos,
Ó de útil gloria noble monumento?
Ésta de afectos comunión divina
Es un celeste don á los humanos :
Por ella con los muertos aun vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde
Y árboles odoríferos, floridos,
Con blanda sombra la cenizas bañan.

Sólo quien al amor negó su pecho,
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno
Ó bien se acoge á las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;

Que sobre las reliquias de los muertos
Jamás brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.

Doquier que sociedad juntó á los hombres,
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos fastos,
Eran aras también, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendían
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebataban
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba :
Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al sol, y el último suspiro
Á la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmuradoras fuentes
Violetas, amarantos producían :
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libación, en la fragancia
Eliseo aroma respirar creían.

Las urnas de los sabios y los fuertes
Patriótico valor, virtud respiran.
De Maratón las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron
Á los héroes de Grecia, y la semilla

En un bosque de laureles germinaron.
Al contemplár de Wáshington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos
De amor de patria y libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

Á NAPOLEÓN (1

(DE DELAVIGNE.)

Conjunto incomprensible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria;
Astro á par ominoso
Á libertad y reyes, elevado
Por una tempestad á tal altura,
Por otra tempestad de ella lanzado.
Que sólo has igualado
Con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
Su alba cumbre los Alpes inclinando,
Un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban

(1) Este poema es traducción libre de la última de las tres « Messeniennes nouvelles », publicada ha pocos meses por Mr. C. Delavigne. Emprendí la versión con el solo objeto de distraer algunos ratos de tedio y tristeza. Me encontré con ella concluída, y la agrego aquí, esperando que la novedad y nobleza de los pensamientos dé á otros el mismo placer que á mí. — (N. del A. - - Edición de Nueva York, 1825).

Los elementos, mientras disipando
Las tempestades de lluviosa noche
Para alumbrar tus fiestas,
El sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
Con un horror profundo;
Y de tu voz fatídica al acento,
De tus ojos bastaba un movimiento
Á conmover el mundo.

Tu soplo animador del caos sacaba
Las olvidadas leyes.
Á los vastos despojos de los reyes
Tu imagen insultaba
Sobre mil y mil bronces, que cautivos
Al orbe tus hazañas referían.
Á tu querer los cultos renacían,
De su fraternidad ya se pasmaban,
Y en altares que juntos humeaban,
Por ti sus oraciones confundían.
« Conserva ¡oh Dios! » decían,
« Al héroe del Tabor : ¡dale victoria! »
« ¡Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre! »
¡Por qué añadir entonces no pudieron
Para colmar tu gloria :
« ¡Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre! »

Si quisieras, reinaras todavía.
Hijo de libertad, la destronaste :
Su exterminio juraste
En tu soberbia impía.
Mas la tumba que se abre

Á la diosa inmortal, tarde ó temprano
Hiela en su sombra fría
El necio orgullo del mayor tirano.

¿En tu ambición furiosa,
Fe, justicia ó derechos respetaste?
En vano ya te fuera
La España generosa
De gloria y de peligros compañera
Esclava la anhelaste;
Mas no quisiste unir otra diadema
Á tu doble corona, y en su trono
Un simulacro tuyo colocaste.

Mas no : sus sacerdotes y guerreros
Á la lid mutuamente se excitaron.
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron.
¡Presagio pavoroso! Las campanas,
Por invisible mano sacudidas,
« ¡Alarma! » resonaban.
Las estatuas antiguas retemblaban,
Y llanto se veía
En sus ojos inmóviles : la sangre
Del Salvador divino de la tierra
En sus yertas imágenes corría.
Por la noche los muertos vagueaban,
Y los fúnebres gritos ¡guerra! ¡guerra!
Doquiera los sepulcros exhalaban.

Una noche... ¡Atended! Era la hora
En que los sueños lúgubres anuncian

Del sepulcro sombroso
La triste voz; en que el segundo Bruto
Vió á su genio enlutado
Alzarse en el horror de las tinieblas;
En que el feroz Ricardo, atormentado
Por sueño sin reposo,
Los manes vió de su familia entera
Maldecirle y gritar: « ¡Aquesta, impío,
» Es tu noche postrera! »

Solo, en silencio, Napoleón velaba:
Le fatiga inclinaba
Su frente poderosa
Sobre la carta inmóvil, que sus ojos
Sólo confusamente
Miraban: tres guerreras, tres hermanas,
Á su vista se ponen de repente.

Pobre y sin atavíos la primera,
Una virgen romana parecía,
Morena al brillo de abrasado cielo.
Su alta frente ceñía
Simple ramo de encina: se apoyaba
En un roto estandarte, y recordaba
Un día sublime de inmortal memoria.
Brillaban tres colores
En sus girones al francés sagrados,
Del humo ennegrecidos, destrozados,
Pero por la victoria.

« Te conocí soldado:
¡Salud! hete ya rey, » ella dijera.

« De Marengo la espléndida jornada
En tus fastos de gloria
Después que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor; la que en Arcola
Protegí tu carrera,
Dictándote la voz airada, fuerte,
Que el valor de los tuyos reanimara,
Cuando tan grande te miró la muerte,
Que en medio á rayos mil te respetara. »

« Trocaste en cetro de hierro
Mi bandera profanada.
¡Tiembla! Tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.
« La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira,
¡Adiós! Tu reinado expira,
Y ya tu gloria pasó. »

Sobre su frente la segunda unía
Á la brillante palma del desierto
Los tesoros que encierra Alejandría.
El fuego con que el sol á Egipto inunda
Sus ojos encendía.
En los hijos de Omar ensangrentada
Ostentaba su mano por trofeo
De Julio César la terrible espada,
Y el ilustre compás de Tolomeo.

« Te conocí de Francia desterrado :
¡Salud! hete ya rey, » ella dijera.
« Del famoso Tabor la gran jornada

En tus fastos de gloria
Después que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor: te debo el nombre
Que al pie de las pirámides obtuve.
¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas
Vi los turbantes de Ismael hollados
Por tus caballos rápidos. Las artes
Á sus hijos preciados
Allí bajo te egida colocaban,
Cuando al polvo de Menfis y de Tebas
Sus misterios augustos preguntaban.
Si te extraviaste entonces
En tu glorioso vuelo,
Fué cual águila noble, que fijando
La vista al sol, y tras la luz volando,
En los desiertos piérdese del cielo. »

« Bajo tu cetro de hierro
La quisiste ver ahogada.
¡Tiembla! tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.
« La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adiós! Tu reinado expira,
Y ya tu gloria pasó. »

La postrera... ¡oh piedad! Sus manos bellas
Cadenas oprimían. Con los ojos
Clavados en la tierra, do sus pasos
Dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas,
Se acercaba temblando,
« ¡Perece y no se rinde! » murmurando.

¡Lejos de ella la pompa y los tesoros
Con que feliz victoria se atavía!
Pero cipreses, bellos cual laureles,
Su noble frente coronaban fieles
Como guirnalda fúnebre y sombría.

« No me conocerás hasta la hora
Que dejes de reinar; ¡escucha y tiembla!
Ninguna otra jornada
Se ha de ver en tus fastos colocada
En pos de mí. Tampoco
Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
Seré á la tierra de valor y pena.
Libertaré á los reyes oprimidos,
Á los pueblos pasando su cadena.
Los siglos dudarán, al ver tu historia,
Si tus soldados fuertes,
De tanta y tanta hazaña escombros vivos,
Compañeros antiguos de tu gloria,
Más grandes parecieron
En un día solo que revés sufrieron,
Ó en veinte años de dicha y de victoria. »

« Yo al fin lanzaré del cielo
Tu estrella triste, eclipsada,
Y quebraré con tu espada
Tu cetro férreo y atroz.
« La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adiós! Tu reinado expira,
Y ya tu gloria pasó. »

Dijo : las tres al cielo
Encaminaban ya su raudo vuelo,
Y aun el guerrero atónito escuchaba
El fatídico acento, que pesaba
Sobre su alma oprimida.
Mas al redoble del tambor guerrero
Se disipó su imagen importuna,
Cual la pálida lumbre de la luna
Del sol ardiente al esplendor primero.

Creyendo haber domado
Los hijos fieros de Pelayo fuerte,
Sube otra vez al carro vagabundo
En que llevar pensaba por el mundo
La esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio,
Sus caballos fogosos, anhelantes,
Que se desfallecían,
Bajo el cielo del sur fiero, abrasado,
Para refrigerarse ya bebían
Del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,
Por lisonjeros viles fascinado,
Y cuando ya caía,
De la tierra el imperio meditaba.
Abrió los ojos al fragor del rayo,
Y ¿dónde se encontró? — Sobre una roca,
Do á todos los monarcas inquietaba
Con su vida importuna.
Mas presente do quier se le miraba,
Grande, cual su desgracia, destronado,

Pero inmutable, alzado
En los escombros ¡ay! de su fortuna.
Quedó Europa vacía,
Y cubierta de luto la victoria.
Así de falta en falta,
De tormenta en tormenta,
Vino á morir sobre el escollo estéril
Do naufragó su gloria.
En torno de su tumba murmurando
El mar su pena ostenta.
Te recibió un peñasco
Sin corona y sin vida,
Cuando antes contenerte no pudiera
Un imperio vastísimo. Á la tumba
Contigo descendieron
Tu imperial porvenir, tu dinastía.
De tarde en ella el pescador reposa
Y sus pesadas redes levantando,
Se aleja lentamente, cavilando
En su trabajo del siguiente día.

CANTO DEL COSACO

(IMITACIÓN DE BERANGER.)

Ven, amigo del libre Cosaco;
No más tiempo tu gloria dilate :
Pronto al robo, arrojado al combate,
Alas presta á la muerte fatal.

Yo en tu espalda sentado, á los pueblos
Mostraré su semblante espantoso :
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

Pobre fuiste, y es pobre tu dueño :
En tu freno y tu rústica silla
Con adornos el oro no brilla,
Mas tesoros sabremos ganar.
Un palacio será mi guarida,
La Academia tu establo espacioso :
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

En oscuros helados desiertos
Otro tiempo tranquilo moraba,
Y en feliz ignorancia pensaba
Que era el mundo á mis campos igual.
Mas la guerra mostróme otros climas,
Donde el sol reina siempre glorioso.
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

Sacerdotes, monarcas y nobles
Por el pueblo amagados temblaban :
« Nuestros amos seréis »; nos gritaban,
» Y ayudadnos el pueblo á domar. »
Yo mi lanza empuñé, y humillaron
La cruz santa y el cetro fastuoso.
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

Y marché, y en el Sena lavaste
Por dos veces tu cuerpo sangriento,
Mas del déspota ruso el acento
Á mis hielos mandóme tornar.
¡Adiós, campos de luz y riqueza!
Suspirar y partir fué forzoso.
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

Á esos climas volver es mi anhelo,
Y gozar de sus frutos opimos :
Si vencer á sus pueblos supimos,
Los haremos al yugo doblar.
Los baluartes de Europa cayeron
Al morir Napoleón generoso.
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

Un fantasma sus ojos ardientes
En mis tiendas anoche fijaba,
Y á occidente con su hacha mostraba,
Exclamando : « Ya torno á reinar! »
Aquel era el espectro de Atila;
Yo obedezco á su acento imperioso :
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas pueblos y reyes á hollar. »

El saber que á la Europa envanece,
Y esas artes de frívolo adorno,
Se hundirán en el polvo que en torno
Van tus rápidos pies á elevar.
¡Usos, leyes y ciencias y cultos

Aniquile tu vuelo impetuoso!...
« Fiel caballo, relincha orgulloso,
» Que vas reyes y pueblos á hollar. »

OINA MORUL

(POEMA DE OSIÁN)

ARGUMENTO

Después de un exordio dirigido á Malvina, refiere Osian su expedición á Fuarfed, isla de Escandinavia, la victoria que allí obtuvo, y su generosidad con el rey vencido.

Como inconstante sol huye ligero
Sobre el collado de Larmón herboso,
Así en la noche por mi mente pasan
Las historias antiguas. Cuando al sueño
Se abandonan los bardos, y las arpas
De Selma en el salón calladas penden,
Viene una voz á Osián, y poderosa
Despierta su alma. De pasados años
Es aquesta la voz : con sus proezas
Ellos se desenvuelven á mis ojos :
Yo tomo las historias á su paso,
Y después en mi canto las refiero.
No es mi canto cual áspero sonido
De turbio arroyo, sino cual preludio
En melodiosa música de Luta.
Luta de muchas cuerdas, tus peñascos

No yacen yertos en silencio triste
Mientras la blanca mano de Malvina
Ligerísima corre por el harpa.
Luz de los pensamientos nebulosos
Que oscurecen tal vez el alma mía,
Hija del gran Toscar, ¿el canto bello
Quieres oír? Los años ya pasados
Van á retroceder, joven de Luta.

En el tiempo del rey (1), cuando adornaba
La rubia juventud mi cabellera,
Miraba yo de Concatlin (2) el brillo
Del tenebroso mar sobre las ondas.
Á la isla de Fuarfed era mi rumbo,
Fuarfed, del mar selvosa moradora.
Enviábame Fingal á dar auxilio
Á Malorchol su rey : en torno suyo
Rebramaba la lid, y á nuestros padres
Fiel hospitalidad ligado había.

En Colcoiled mis velas aferrando,
Envié mi espada á Malorchol. La seña
Conoció de Albión, y su alegría
Visible fué. De su salón soberbio
Bajó á mi encuentro, y me tomó la mano,
Diciendo con dolor: « ¿Por qué ha venido
» El generoso nieto de los héroes
» Á un abatido rey? Tontormod, jefe
» De muchas lanzas, de Sardronlo undosa

(1) Fingal, padre de Osián.
(2) Probablemente era la estrella polar.

» Es potente señor : amó á mi hija
» La bella Oina-Morul, de blanco seno,
» Y me pidió su mano deliciosa;
» Mas fueron nuestros padres enemigos,
» Y yo se la negué. Desesperado
» Vino à Fuarfed, lidiamos, y mi pueblo
» Arrollado cedió. ¿Por qué ha venido
» El generoso nieto de los héroes
» Á un abatido rey? »
— « No vengo », dije,
« Como niño á mirar vuestra contienda.
» El gran Fingal á Malorchol no olvida,
» Ni su salón al extranjero abierto.
» Él á tu isla selvosa en otros días
» De las ondas bajó : tú en su presencia
» No fuiste nube de feroz orgullo,
» Y le honraste con cánticos y fiestas.
» Por eso voy á levantar la espada,
» Y tal vez morirán tus enemigos.
» Aunque tan lejos nuestra tierra yace,
» Nunca ingratos y viles olvidemos
» Á los amigos que el peligro cerca. »

— « Nieto del gran Trenmor, son tus palabras
» Cual la voz de Crutloda, poderosa
» Moradora del cielo, cuando suena
» Entre el rasgar de tempestuosa nube.
» Muchos en mis festines se alegraron
» Mas todos hoy de Malorchol se olvidan.
» Miré á todos los vientos : por ninguno
» Vi blanquear una vela... No lo extraño.
» Hoy en lugar de las alegres conchas

» Resuena en mi salón el bronco acero.
» Ven, nieto generoso de los héroes,
» Ven á mi habitación, que se aproxima
» La noche, y tiende su sombroso manto.
» De la doncella de Fuarfed silvestre
» Ven á escuchar las plácidas canciones. »

Entramos : en el arpa sonorosa
Paseaba Oina-Morul sus albas manos;
Su historia melancólica salía
De entre las cuerdas trémulas. En tanto
Yo estático en silencio la admiraba,
Y ¡cómo en su beldad resplandecía
La hija de muchas islas ¡Ay! Sus ojos
Eran estrellas que lucir se miran
Entre llovizna transparente : al cielo
El navegante mira, las contempla,
Y el deleitoso resplandor bendice.

Junto al arroyo de Tormul sonante
Fuimos á combatir al otro dia.
Embistió furibundo el enemigo
Al resonar su claveteado escudo
El fiero Tontormod : en ambas alas
Inflámase la lid; en su conflicto
Conmigo choca Tontormod, deshecho
Vuela su arnés, y ríndolo, y atado
Lo entrego á Malorchol. Grande alegría
En el banquete de Fuarfed resuena
Por la rota final del enemigo,
Y Tontormod avergonzado, triste,
Su torva faz de Oina-Morul aparta.

« Digno hijo de Fingal », agradecido
Prorrumpió Malorchol, « de mí olvidado
» No partirás. En tu feliz navío
» Luz apacible de beldad esparza
» Oina-Morul, en cuyos tiernos ojos
» La deliciosa languidez respira.
» Ella iluminará con puro gozo
» Tu magnánimo espíriru, y en Selma,
» Donde moran los reyes, olvidada
» No pasará la virgen. »
Por la noche
En el salón me recliné : cerraba
Mis fatigados párpados el sueño,
Cuando música tierna mis oídos
Dulce halagó, como naciente brisa,
Que los ásperos cardos agitando,
Se debilita, y en la hierba muere.
Era la virgen de Fuarfed, que alzaba
E' cántico nocturno : bien sabía
Que mi alma noble, como fuente pura,
Deslizase á la blanda melodía.

« ¿ Quién es el que contempla de su roca
» El nebuloso mar? » ella cantaba.
» ¡ Ay ! su cabello sobre el viento gira,
» Como el ala del cuervo ; majestuoso
» Es de sus pasos el dolor : el llanto
» Nubla sus ojos, y su fuerte pecho
» Sobre doliente corazón palpita.
» Retírate, infeliz : de ti lejana
» Veme vagar en ignorada tierra.
» Aunque raza de reyes me circunda,

» El alma tengo tenebrosa y triste.
» ¡ Oh Tontormod, amor de las doncellas !
» ¿ Por qué se aborrecieron nuestros padres ? »

— « De la isla undosa dulce voz », la dije,
» ¿ Por qué en la noche solitaria lloras ?
» No es de alma negra de Trenmor la estirpe,
» Ni vagarás por ignorados ríos,
» Celeste Oina-Morul, de azules ojos.
» Entre este pecho hay una voz que sólo
» Desciende á mis oídos, y me ordena
» Que dé favor al triste desvalido
» En su hora de penar. Dulce cantora
» De la noche, retírate : en su peña
» No gemirá tu Tontormod amado. »

Por la mañana desaté al caudillo,
Y tomando á la virgen de la mano,
Hablé con Malorchol en sus salones.
« Rey de Fuarfed silvestre, ¿ por qué quieres
» Á Tontormod hacer desventurado ?
» Su familia es heroica, y de ella digno
» Es un rayo en la guerra. Vuestros padres
» Enemigos ya fueron ; mas ahora
» Sus almas anubladas en la muerte
» Se regocijan, y á la misma concha
» En Loda tienden sus aéreas manos.
» Olvidad vuestra cólera, guerreros,
» Pues pasó como nube de otros años. »

Tal era Osián cuando en su tersa frente
La rubia juventud resplandecía.

Empero entonces la beldad amable
Con su radioso manto revestía
Á la hija de las islas deliciosa.
Ya del canto al poder, joven de Luta,
Retroceden los años que pasaron.

EL PINO Y EL GRANADO

(DE AURELIO BERTOLA)

— « Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mia. »
Así altivo decía
Un elevado pino
Á un humilde granado, su vecino.
— « Por más que brame el huracán horrendo,
No tienes que temer; yo te defiendo. » —
« Cierto es, dijo el arbusto; me protejes
Cuando tal vez el huracán se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita. »
Así, tal vez, un protector sublime,
Bajo apariencia de favor oprime.

FRAGMENTOS

(TRADUCIDOS DE OSIÁN)

I

Á LA LUNA

Hija del cielo, eres hermosa, y dulce
De tu faz el silencio. Te levantas
De amable risa y esplendor vestida.
En el oriente siguen las estrellas
Tu azul camino: en tu presencia ¡oh Luna!
Se complacen las nubes animadas,
Y sus pardos contornos iluminan.
¿Quién en el cielo puede compararse
Á ti, luz de la noche silenciosa?
Tristes, avergonzadas las estrellas
Separan ya sus ojos centellantes
De tu disco. Mas ¿dónde te retiras
Cuando la oscuridad de tu semblante
Creciendo va? ¿Salones anchurosos
Tienes tú como Osián, ó te circunda
La sombra del dolor? ¿Del alto cielo
Cayeron tus hermanas? ¿Ya no existen
Las que contigo en la callada noche
De tu gozo gozaban? Sí, cayeron,
Hermosa luz; por eso tantas veces
Te apartas á llorar. Mas ¡ay! tú misma

Una noche caerás. Tu azul camino
Desierto y triste quedará en el cielo,
Y las estrellas, que oscurece ahora
Tu beldad superior, en tu caída
Se regocijarán, la frente alzando.
Mas hoy aun triunfas de fulgor vestida.
Mira desde tus puertas por el cielo.
Rasga ¡oh viento! la nube y que su vista
La hija sublime de la noche tienda.
Resplandezcan heridos por su lumbre
Los montes, y revuelva el Oceano
En argentada luz sus blancas olas.

II

MORAR

Veloz eras, Morar, bien como ciervo
Que en el desierto piérdese; terrible,
Cual ígneo meteoro : atroz tormenta
Era tu saña y en la lid tu espada
Relámpago funesto parecía.
Era tu voz como torrente hinchado
Tras gruesa lluvia : cual profundo trueno,
Que retumba en los montes apartados.
Á muchos derribó tu brazo fuerte;
Los consumió la llama de tu ira.
Mas al volver de la feroz batalla,
¡Cuán apacible y pura vi tu frente!
Era tu faz como del sol el disco
Tras de la lluvia; cual brillante luna

En el silencio de la calma noche;
Tranquila, bella, como el hondo lago,
Cuando se acalla el viento estrepitoso.

Es hoy estrecha tu morada; oscuro
El lugar donde habitas. Con tres pasos
Mido tu sepultura ¡oh tú, que fuiste
Tan grande en otro tiempo! Cuatro piedras,
De pardo musgo en torno coronadas,
Son única memoria de tus hechos.
Un árbol desecado, que ya apenas
Una hoja tiene solitaria y mustia,
Hierba larga, que silba al viento frío,
Al cazador señalan el sepulcro
Del potente Morar. ¡Morar! humilde
Yaces hoy, en verdad... No tienes madre
Que te llore, ni virgen que doliente
Vierta llanto de amor en tu sepulcro.

. . . .

¡Adiós, oh el más valiente de los hombres,
Vencedor en el campo!... Mas el campo
Ya no ve tu valor, ni el bosque umbrío
Brillará de repente iluminado
Por la vívida lumbre de tu acero.
Ninguna prole dejas; pero el canto
Conservará tu nombre, y en sus ecos
Lo escucharán los venidores años,
Y del muerto Morar sabrán la historia.

III

AL SOL

¡Oh tú, que giras por el yermo cielo,
Vasto, redondo, bien como el escudo
De mis padres; oh Sol! ¿de dónde nacen
Tus rayos? ¿Dónde, di, tiene su fuente
Tu inagotable luz? Sales vestido
Con sublime verdad, y las estrellas
En el cielo se esconden, y la luna
Triste, pálida, y yerta, se sumerge
De occidente en el mar. Tú solitario
Al cielo subes. ¿Quién acompañarte
En tu carrera puede? Las encinas
Caen en los montes, y los montes mismos
Con el curso incansable de los años
Se gastan lentamente : el Oceano
Baja, y sube otra vez : hasta la luna
Se pierde á veces en el ancho cielo.
¡Mas tú por siempre eres el mismo, y siempre
En el fulgor de tu inmortal carrera
Te regocijas! Cuando las borrascas
Oscurecen al mundo, y en los montes
Retumba el trueno pavoroso, y vuela
El vívido relámpago, tú miras
Sereno entre las nubes, y te ríes
De la tormenta. Pero en vano miras
Al triste Osián, que tus divinos rayos
No verá más, ya vuelve y resplandezca

En la nube oriental tu cima de oro,
Ya tiembles en las puertas de occidente.
Mas acaso, cual yo, tan sólo existes
Por tiempo fijo, y tus brillantes días
Llegarán á su fin. Entre las nubes,
Desoyendo la voz de la mañana,
Te adormirás
¡Oh Sol! gózate ahora
En el fulgor sublime y en la fuerza
De tu edad juvenil. Ingrata, oscura
Es la vejez, como la luz incierta
Que da la luna entre rasgada nube,
Mientras la niebla envuelva los collados.

Á LA NOCHE

(IMITACIÓN DE PINDEMONTE (1)

Reina la noche : con silencio grave
Giran los sueños en el aire vano :
Cándida, pura, el silencioso llano
Viste la luna de su luz süave.
¡Hora de paz!... Aquí do á nadie miro
En esta cumbre alzado,
Heme señor del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta
De la natura á la sensible alma

(1) Debo esta canción al dulcísimo Pindemonte. (N. del A. — Edición de Nueva York, 1825).

Que oye su voz, y en deleitosa calma
De esta mansión y su silencio gusta!
Grato silencio, que interrumpe el río
Distante murmurando
Ó en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
Gira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo de cielo umbroso,
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso
En llano y montes yace
El bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que admiro atento
Es á par melancólico y sublime!
¡Ah! su paz de la música prefiero
Al eco poderoso,
Con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salón soberbio, por doquiera
Terso cristal duplica los semblantes :
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura gentil danza ligera,
Y con sus gracias y afectado hechizo,
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.

¡Admirable es aquesto! Yo algún día
De la simple niñez salido apenas,

En los bailes magníficos y cenas
De mi amor al objeto perseguia
Y atesoré con mágica ventura
De la joven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido
Y á languidez y enfermedad ligado
Muy más me place que salón dorado
Este llano en la noche oscurecido,
Á la brillante danza prefiriendo
El meditar tranquilo
Bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
En un cielo tan puro como ahora,
Y á la alta mano de mi ser autora,
Puédame yo elevar, mirando á ellas.
Á ti, Dios de los cielos, en la noche
Alzo en humilde canto
La dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna :
Siempre tierno te amé, reina del cielo :
Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
En la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuantas veces anhelando
Gozar tu compañía,
Maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez á las orillas
Del mar, cuyo cristal te retrataba,

En cavilar dulcísimo pasaba
Las leves horas en que leda brillas;
Y recordando mi nublada gloria
Miré tu faz serena,
Y en tierno llanto desahogué mi pena.

Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita,
Herido ya de consunción tirana,
Y cual tú al esplendor de la mañana
Palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos
Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura.

Mas, ¿qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, ruiseñor, que de ternura
En dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé porque debiste al cielo
Genio triste y sombrío,
Tierno y agreste, como el genio mío.

Perezca el que á tu nido te arrebata,
Y porque gimas gusta de oprimirte :
¿Por qué no viene, como yo, á seguirte
Del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo,
En torno de tu nido,
Que á nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo
Produjo antes al sol, y al sol postrero

Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo
Óyeme : tú serás mientras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
Del caos en el vórtice yacías :
Inspirada tal vez, ya preveías
Á tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo
Tu frente rebozabas,
Y en el futuro imperio meditabas.

Á la voz del Creador del oceano
Reina saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime Diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En ti miro al Creador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira, y me levanto al cielo.

¡Salve, gran Diosa! en tu apacible seno
Déjame consolar y recrearme :

Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
¡Noche, de los poetas y almas tiernas
Dulce piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga!

LA DESESPERACIÓN

(IMITACIÓN DE LAMARTINE)

Cuando el Creador, en hora infausta
Con soplo enérgico, fecundo,
Sacó del caos este mundo,
Disgustado su obra miró.
Á los abismos del espacio
Lanzóla con pie desdeñoso,
Y apartando el rostro glorioso,
Á su augusta calma tornó.

« Ve », dijo : « á tu propia miseria,
Mientras durares, te consigno,
De mi amor ó cólera indigno,
Eres cual nada para mí.
« ¡Que destino ciego te guíe
Por los yermos del éter vano!
Para que tengas soberano
Al infortunio te cedí. »

Cual se arroja sobre su presa
El gavilán enfurecido,

Lanza el monstruo largo gemido
De fiero júbilo en señal;
  Y cayendo sobre este globo,
Con garra feroz le asegura,
Y desde aquel instante dura
Su imperio bárbaro y fatal.

  Sobre el mar hombres, y navíos,
El volcán sus lavas enciende,
Ó la tierra mísera hiende
Terremoto devorador.
  Lívida peste ó hambre dura
Tiende sus brazos descarnados,
Y deja reinos asolados
Con aliento devastador.

  Del hombre los largos afanes
Burla tal vez pérfido cielo,
Y con ardor, granizo y hielo,
Destruye la pompa estival.
  Bajo las flores halagüeñas
Se abriga sierpe venenosa,
Y entre verdura deliciosa
Nos acecha fiebre mortal.

  Libertad, verdad y justicia
Por doquier oprimidas lloran,
Y al orbe mismo devoran
Despotismo y superstición.
  Á vil error sacrificado
Bebe Sócrates un veneno :

Mas allá, rasgando su seno,
La esclavitud huye Catón.

El dolor y el crimen altivo
Por do quier sus dardos asestan,
Y con soplo de muerte infestan
Los mundos físico y moral.
Regulador de aqueste caos,
Poder oculto y misterioso,
Si eres bueno cual poderoso,
¿Por qué lanzaste al mundo el mal?

¿Por qué crimen, cielo tirano,
Del dolor me abriste la puerta?
¿Te pidió el ser la nada yerta
Ó de tus manos le aceptó?
¿Nuestro llanto mísero bebes,
Ó el clamor del hombre que gime
Suena cual música sublime
Al que tierra y cielo crió?

Para evitar males tan duros
Sólo un camino queda abierto:
El sepulcro será mi puerto
De tal borrasca en el furor.
¡Muerte, recíbanme tus brazos!...
¡Fútil esperanza la mía!
¿En tus abismos, tumba fría,
No hay también eterno dolor?

DIOS AL HOMBRE

(IMITACIÓN DE LAMARTINE)

¡El hijo imbécil de la nada
Osa maldecir su existencia,
Y acusando mi providencia
Blasfema del bien y del mal!
Para penetrar mis arcanos
En afán estéril se agita,
Y rebelde, ciego, me cita
Á su insolente tribunal.

Á mil beneficios ingrato
Mis obras tu labio maldice,
Y porque bruto no te hice,
Te quejas de no ser un Dios.
¿Te consulté cuando mi acento
Pobló de luz el éter vano;
Cuando en su abismo el Oceano
Lanzóse rugiendo á mi voz?

¡Revelé mi ser á tus ojos
Cuanto permitió su flaqueza!
Viste en el cielo mi grandeza,
Viste en la tierra mi bondad.
El orden constante del mundo
Te descubre mi inteligencia,
La natura mi providencia,
Y el espacio mi inmensidad.

Ese Sol, que ofusca tus ojos,
Sombra de mi fuego divino,
¿Tal vez me propuso el camino
Que en el éter le señalé?
¿Por ventura diré á la tierra
Que ley sus entrañas fecunda?
¿Cuando el mar sus playas inunda,
Ó las huye, y sabe por qué?

En los desiertos del vacío
Sembré cual polvo las estrellas;
De mi poder mira las huellas
En la tierra, el cielo y el mar.
Por tus sentidos imperfectos
Envuelto en tiniebla sombría,
Del Universo la armonía
Puedes apenas vislumbrar.

¡Mira doquier! Naturaleza
Sigue su curso majestuosa
Y jamás indaga curiosa
Los designios de su Señor.
¡Tú, mortal, adórale! Aguarda
La lección final de la muerte,
Y abandona humilde tu suerte
Á tu benéfico Hacedor.

Libre tu alma del barro impuro,
Caerá de tus ojos el velo:
Desde las alturas del cielo
Más horizonte abarcarás.

Fuente serán de altas virtudes
Los males que tanto deploras,
Y verás lucir triunfadoras
Mi justicia y tu libertad.

El infortunio pasajero
Es crisol del alma escogida,
Y convierte la frágil vida
En gloriosa inmortalidad.
¡Hijo del polvo! te concedo
Para ser justo, sólo un día :
Mi suprema sabiduría
Tiene ante sí la eternidad.

HOMERO Y HESIODO

(IMITACIÓN DE MILLEVOYE.)

En la opulenta Cálcide, Ganíctor
De Anfidamas la tumba levantaba,
Y con solemnes juegos
La sombra paternal apaciguaba.
Ya por tres veces sucedido había
Al estruendoso día
La sacra noche, y tras de su reposo
Abren de nuevo el circo polvoroso.
Ármase el luchador de cesto grave,
Y el óleo baña sus robustos miembros :
Por caballos bizarros,

Como el viento impelidos,
En giro circular vuelan los carros.

Mas el tercero día por la tarde
Lucha más bella y apacible mira.
Los hijos de la lira,
Hesiodo joven y el anciano Homero
La palma se disputan
Del canto armonïoso.
Hesiodo empieza, y en su mano pura
Agita un ramo de laurel gozoso.

HESIODO.

Del Parnaso feliz en las alturas,
Joven yo, mi ganado apacentaba.
Las Musas, que me vieron y me amaron,
Con el sagrado nombre de Poeta
Al pastor inocente saludaron.

HOMERO.

Soñé una vez que el águila sublime
Á la margen del Meles me arrancaba,
Y de la tierra y cielo á los confines
Llevándome en su vuelo,
Con fulminante voz así me hablaba :
« ¡Tuya es la tierra ya, tuyo es el cielo! »

HESIODO.

¡Oh dulces Musas, hijas de Memoria!
Vuestro celeste amor mi pecho anima.

Oliva y palmas crecen en el clima
Que protegéis, y danle paz y gloria.

HOMERO.

¡Á Júpiter honor! Cuanto supera
El Gárgaro sublime á los escollos
Que oculta entre su seno el mar profundo,
Cuanto el Olimpo al Tártaro domina,
Así á los Dioses todos
En gloria vence y majestad divina
El rey del cielo y del inmenso mundo.

HESIODO.

Las Musas en su danza vespertina
Con bello grupo el Helicón coronan;
Ó al Olimpo elevándose ligeras,
En la copa de Júpiter supremo
Liban el néctar, y su elogio entonan.

HOMERO.

Jove reina inmortal. El hecatombe
No regará con esparcida sangre
El mármol de su triste monumento;
Y los caballos rápidos cual viento,
Desbocados feroces,
Jamás harán volcar sobre su tumba
Á los carros veloces.

Hesiodo.

Y nosotros mortales, destinados
Al reino de las sombras, bajaremos
Á su oscura mansión, y allí veremos
Al barquero infernal, y al triste río,
Cuya corriente cenagosa y ciega
Sola á los mares el tributo niega.

Homero.

Con paso gigantesco me aproximo
Al término forzoso :
Tu plectro armonïoso
Las « Obras y los Días » ha cantado.
Anciano débil, yerto y amagado
Por las Parcas impías,
Acabo ya mis obras y mis días.

Hesiodo.

¡Hijo de Meles! Tu divino acento
Es el de cisne anciano y moribundo.
En el Olimpo habitas, y los Dioses
Á su consejo con placer te admiten,
É instruyen por tu voz al bajo mundo :
Mendigo empero, triste y desolado,
De palacio en palacio rechazado,
Beberás del dolor la copa impía,
Maldiciendo aquel día
En que con dulces lazos

De placer suspiró tu madre bella
Del amoroso Meles en los brazos.

HOMERO.

¡Heliconio Pontífice! Tus versos
Dulces son, como el néctar y ambrosía
Que Hebe derrama en el festín del cielo.
En la margen del Olmio Poesía
Un panal de su miel puso en tu labio,
Para pagar tu generoso anhelo.
Mas huye de Ariadna los festines :
¡Teme al Amor! Cerca del mar Eubeo
Tu fin verás por Diana requerido,
Á la Parca fatal te ha prometido
El inflexible Júpiter Nemeo.

Callaban ya los vates : mas el pueblo
Que inmóvil atendía,
Forzólos á seguir con sus aplausos
Aquel bello certamen de armonía.

Homero entonces con sublime tono
Cantó los tristes pueblos inmolados
Á los caprichos bárbaros del trono;
Á la Discordia, sanguinaria, unciendo
Los caballos al carro de Belona;
Á la Injuria feroz y despiadada,
Que con su planta férrea tala el mundo
Y á la Grecia gimiendo prosternada
Á las plantas de Aquiles furibundo.

Hesiodo, con acento más suave,
Cantó la Primavera deliciosa
Enjugando el llorar de las Hïadas;
Á las trémulas Pléyades alzadas
Sobre la frente del celeste Toro;
Al noble Sol desde su carro de oro
En incansable vuelo
Animando la tierra, el mar, el cielo :
Y con giro veloz las Estaciones
Volando en pos del año,
Y en él vertiendo sus alegres dones;
De la virtud los cándidos placeres,
Y el útil culto de la sabia Ceres.

Gánictor débil y en la paz criado,
Los himnos de la paz premió gustoso.
Una oveja y dos trípodes pagaron
Á Hesiodo lisonjero.
Del venerable Homero
Un estéril laurel ciñó las canas...

El vencedor ante la turba inmensa
La oveja negra á Juno sacrifica,
Y á las Musas los trípodes ofrece.
Fútil murmullo de alabanzas vanas
Sigue al cantor de Troya, que se aleja
Por un niño indigente conducido,
Y en suelo más lejano
El pan de la piedad implora en vano.

EL MÉRITO DE LAS MUJERES

(IMITACIÓN DE LEGOUVÉ.) (1)

POEMA

Canto las dulces gracias y virtudes
Que ornan á la mujer. Emilia bella,
Honor y gloria de tu sexo hermoso,
Admite con agrado el homenaje
De mi fina amistad, y sé mi Musa.
Yo lograré feliz la única gloria,
El solo premio á que en mi canto aspiro,
Si tierna me consagras un suspiro
Y un lugar de cariño en tu memoria.
Era la nada, y el informe caos
En silenciosa oscuridad giraba.
Mas Dios habló, y al eco poderoso
De la creadora voz, vierais del caos
Nuestro globo salir. Vierais al punto
Cómo el Creador las aguas de la tierra

(1) Este poema, imitado del francés de Legouvé, se imprimió en la Habana en 1821 y se reimprimió en Méjico. Después he visto una traducción fiel de Legouvé, en versos de ocho sílabas, que, á la verdad, no es digna del elegante autor de « La Opinión ». Me animo á incluír este ensayo en mi colección, esperando que las correcciones que lleva, lo hagan menos indigno de la benignidad del público. En su primera edición lo dediqué á mi dulce amigo D. Blas Osés, en prenda del afecto tierno que nos profesamos, y que está ya á prueba de la ausencia, del tiempo y del infortunio. — (N. del A. — Edición de Nueva York, 1825.)

Con un soplo apartó, y alzó los montes,
Tendió los valles y con larga mano
Cubrió los bosques de verdor sombroso,
Y al hombre crió, del orbe soberano.
En la dulce Beldad, su obra postrera,
Se detuvo el Creador: ¡noble destino,
Que abrió á su gloria la feliz carrera!
¿La mano del Señor al orbe diera
Más adorable objeto, más divino?
Aquella frente celestial y pura,
En que el pudor y dignidad respiran;
La boca llena de sin par dulzura,
Que turba los humanos corazones
Con sonrisa de amor; aquellos ojos,
Donde refleja el sol etérea llama,
Y en delicioso ardor el pecho inflama;
Aquel cabello, que en dorados rizos,
Orna su faz; el delicado talle,
De gentileza lleno y gallardía;
El seno voluptuoso, en que su nido
Asentaron triscando los amores;
El tejido que forma sangre pura
Bajo alabastro cándido, á los hombres
Bastan á seducir: mas la hermosura,
Para doblar su imperio,
Une también á las divinas gracias
El hechizo feliz de los talentos.
¿Los pintaré? Del clave á los acentos
Cloris une su voz fácil y dulce,
Y yo la escucho estático y pasmado.
Su canto hermoso me penetra el alma,
Me enajena feliz, y arrebatado

En sublime placer, tiemblo y la adoro.
Sigue el baile al concierto. Allí Lucinda,
Laura y Melisa, como rosas bellas,
Al compás de la música girando
Con planta ligerísima, semejan
Á lirios por el céfiro mecidos;
Y confiesan los jóvenes que Momo
Para agradar, á Cipris necesita.
Y ¿qué fueran sin ella del teatro
Las funciones espléndidas? Sin duda
El rival de Racine, tierno y sublime
Supo expresar de Zaira los dolores :
Mas de Gaussín (1) el órgano divino
Hizo correr más lágrimas que el genio
De su inmortal autor.
¡Oh bellas artes!
Vuestra magia sublima la hermosura.
Admirad á Genlis : leed á Malvina (2)
Clara, Matilde, Amelia : de Corina (3)
Amor pintó los elocuentes cuadros.
Si la mujer con varonil delirio
No supo henchir la trompa de Tirteo,
Bajo sus dedos plácida suspira
La flauta pastoril.
Graves censores
De la mujer, negad sus beneficios.
Ella carga en el seno doloroso

(1) Célebre actriz francesa.

(2) Novelas de madama Cottín, que sólo al autor de « Julia », cede la palma en el arte de pintar la más tierna de las pasiones

(3) Obra de la ilustre madama Staël.

El tierno fruto de la unión que acaso
Labró su desventura. Largo tiempo
Sobre lecho cruel desfallecida
Gime doliente : moribunda al cabo
Le pone en los umbrales de la vida;
Y al nuevo débil ser ya consagrada,
Mil cuidados amantes le prodiga.
¡Oh maternal amor! Si el niño duerme,
Con vigilante oído
De las tinieblas al silencio atiende.
Ó si Morfeo la adormece un punto
Al más leve rumor abre de nuevo
Los agravados párpados, y pronta
Á la cuna del hijo ansiosa vuela;
Por largo rato le contempla inmóvil,
La paz disfruta de su blando sueño,
Y á su lecho se vuelve aun no tranquila.
Mas si despierta el niño,
Le brinda grata en el ebúrneo seno
Vida, fuerza y salud en leche pura.
¿Qué importa la fatiga á su ternura?
En su hijo existe, y al esposo amante
Se muestra muy más bella
Con él al seno suspendido.
El niño
Adelanta en el curso de la vida.
La madre va con él : su tierna mano
Sirve á su planta trémula de guía,
Y al desatar su lengua, madre mía
Es la primer palabra que le enseña.
Á duros preceptores entregado
Presto gime infeliz. ¿Cuál es el seno

Donde su corazón despedazado
Corre á buscar alivio á sus tormentos?
El de su madre; dulce y halagüeña
Sus lágrimas enjuga, y afanosa
Vuelve la paz á su agitado pecho,
Tomando su defensa.
Edad hermosa,
Huyes ¡ay! cual relámpago, y el hombre
Deja la infancia, y el amor despierta.
En su frente serena está pintado
El tímido rubor : lánguida llama
Brilla en sus ojos vivos : inflamado
Su tierno corazón se eleva y gime,
Y el insufrible peso que le oprime
No puede sacudir : anhela ardiente
Una felicidad desconocida,
Y le perturba luego de repente
Misterioso terror : su alma encendida
No puede hallar descanso...
De este modo
Sufrí también; pero te vi, adorada,
Y pensé ver á un dios. Estremecido,
Con débil planta, respirando apenas
Y en confusión dulcísima perdido
Me sentí á tu mirar... ¡Horas felices!
¡Oh languidez sublime y deliciosa!
¡Oh cuánto fuí feliz! ¡Cuánto, mi hermosa,
Mi sangre ardió, cuando á tus labios puros
El beso arrebaté!... Cual desgraciado
En tinieblas nacido, á quien el arte
Hiciera ver la luz, arrebatado
Á otro universo entonces me creyera :

Hablar contigo, verte y adorarte
Mi ocupación y mi delicia fuera.
Tú encantaste mis horas: la carrera
De mi vida feliz ornaste en flores:
Por ti la paz, la risa y los amores
En torno de mi frente revolaban,
Y gratos alejaban
Los cuidados, angustias y dolores.
¡Oh! ¡cuánto padecí cuando arrancado
Me vi á tu dulce amor y á tu presencia!
Dilo tú ¡oh noche! que testigo fuiste
De mi acerbo penar, de mis furores.
Cuenta cómo mi llanto recibías,
Compasiva mis quejas escuchabas,
Y en tu grato silencio mitigabas
El tormentoso horror de aquellos días
  Levantábase el sol, y al universo
La claridad tornaba y alegría,
Mas no á mi corazón; sobre alta roca
Del mar bañada con furiosa espuma,
Salvaba mi agitada fantasía
El insondable espacio que tendido
Me apartaba de ti: mi pecho ardía,
Y en alas del amor arrebatado
Llegaba, y palpitaba, y te veía.
Canté los males de la ausencia fiera
Al eco incierto, al áspero silbido
Del viento bramador; mas aun entonces
Con placer melancólico, inefable,
Tu beldad recordaba,
Y mis ardientes lágrimas amaba.
  Á Delio ved con su Melisa unido:

Vedle : ya es padre. ¡Amante afortunado!
Sientes que otro *tú mismo* te acaricia.
¡Con qué pura delicia
Estrechas una prenda tan preciosa
Al seno paternal, y tus facciones
Atento buscas en su faz graciosa!
Con la dichosa madre le comparas,
Y duplica tu amor su fiel retrato,
Si sale de tus brazos, conmovido
Sus acciones contemplas, y mirando
Correr, jugar, crecer tu imagen viva,
Por sus inclinaciones ya le juzgas
Gloria y honor de tu vejez dichosa.
¿Felicidad tan alta disfrutaras
Viviendo sin amor y sin esposa?

De una esposa el afecto, la dulzura,
Doquier del hombre templan la fatiga
Del grave arado con la reja dura
Despedazando el rústico la tierra,
Sobre los surcos el sudor prodiga.
Á la tarde retírase agobiado :
Gime, va á sucumbir á tanto peso;
Mas ve á su esposa, y siéntese aliviado.
El ministro imperioso
Que á reinos manda con altiva frente,
De su consorte al seno delicioso
Huye de su poder, y al fin olvida
Los cuidados, el tedio, que atormentan
Del cortesano mísero la vida.
Por amor del orgullo distraído,
Respira á par de su sencilla esposa
Del peso y esplendor de sus honores.

Si yerto, solitario y sin amores
Le hubiera hecho vivir la suerte avara,
¿Dónde su corazón descanso hallara?

Dejemos al amor; sin él no existe
La feliz amistad, que une las almas.
Pero es en la mujer mucho más dulce;
Es del amor la deliciosa hermana:
Entonces obtenemos el cariño
Que el hombre con el hombre nunca supo
Sino á medias tener, y poseemos
Menos que amante, pero más que amigo.
¿Tenéis algún proyecto? Os es muy grato
Confiarlo á una mujer. ¿La suerte impía
Os condena al dolor? Bálsamo dulce
Á vuestra alma será que á vuestras penas
Responda una mujer: tierna, sensible,
Mas bien que el hombre duro
Toma el tono simpático, apacible,
Que serena las ansias y dolores,
Y une mejor sus lágrimas al llanto
Del que sufre del hado los rigores.

Mas si el placer nos brinda y los amores,
Al templo de la Gloria nos sublima.
Ved aquel joven, cuyo genio anima
El ansia de agradar: sus bellos versos
Declama sabio actor, y del teatro
El soberbio artesón estremecido
Retumba con su nombre y los aplausos;
Y gozando su triunfo, conmovido,
« ¡Oh mujeres! » prorrumpe, « sí; á vosotras
» Debo aqueste placer, aquesta gloria. »

¿Por qué ese joven, antes ignorado,
Corre á buscar al campo la victoria?
Porque á los ojos bellos que idolatra,
Ojos que muchos idolatran fieles,
Parecerá más bello y más amable
Si le adornan de Marte los laureles.
¿Quién más valor que la beldad inspira?
¿Á una heroica mujer no vió Palmira
De Roma contrastar á los furores?
Otra, junto al Eufrates sometido,
Como conquistador lidió valiente,
Y cual rey gobernó. Mil y mil otras
Revestidas de acero, á lid de muerte
Los miembros expusieron
Que á lid más dulce destinó la suerte.
Díganlo tus hazañas generosas,
Telésila sublime (1):
Dígalo tu valor, que á los franceses
Defendió, Juana d'Arc. De tu cabaña
Á la lid arrojándote animosa
Cuando el inglés á Orleáns amenazaba,
Apareciste, y asombrado el campo
Creyó mirar un ángel del Eterno,
Que del empíreo vengador bajaba.
Fiera combates, y el inglés vencido
Huye atónito al mar: á Orleáns libertas;
Á Francia salvas de extranjero yugo;
Y al pueblo de Reims, aun admirado
De tu alta inspiración y tu osadía
Tornas el rey, que mudo y aterrado

(1) Célebre poetisa y guerrera de Argos.

El yermo trono al vencedor cedía.
¡Oh destino feliz del sexo amable!
Triunfa doquier, pero su ruego y llanto
Más dulces armas son, más poderosas.
¡Cedan el hierro y fuego á las hermosas!
Asuero atroz, el déspota persiano,
Fiero proscribe á la nación hebrea:
Vuela por Israel pálido espanto,
Y el afilado alfanje centellea.
Pero Ester, de sus lágrimas ornada,
Perdón demanda y el perdón obtiene:
Y de Judá las vírgenes gozosas
Su numen tutelar tiernas la llaman,
Y con sonora voz cantando claman:
«¡Cedan el hierro y fuego á las hermosas!»
Coriolano tremendo
Fulmina destrucción á Roma ingrata,
Que con destierro vil pagó su gloria.
Viejos, tribunos, cónsules, vestales
Y pontífices sacros, vanamente
Se postran á sus pies: los dioses mismos
Bajan la faz ante su altiva frente...
Y todo en vano: el héroe sólo escucha
De venganza la voz, vibra la espada,
Y Roma vaciló... Su noble madre,
Veturia, por la patria idolatrada
Implora al vencedor, que gime, cede,
Y la salud de Roma
Al sacro llanto maternal concede.
En vano Eduardo al bárbaro verdugo
Quiere entregar con vengativa mano
Los seis guerreros de Calés rendida,

Y ensangrentar insano su victoria.
Margarita, su esposa, enternecida
Por ellos ruega, los defiende, y salva
Á ellos la vida, al vencedor la gloria.
Abre tus puertas, infeliz albergue,
Do el enfermo indigente y afligido
Lucha con el dolor : allí mujeres (1)
De hermanas con el santo y dulce nombre
Su caridad y afanes le prodigan.
Al cielo invocan, y á la tierra sirven;
Desde el altar sagrado,
Vuelan á socorrer al triste hermano,
Y son del Dios de amor dignas esposas
Para celeste alivio del humano.
¡Mujeres adorables! Valerosas
Fuisteis de amor al imperioso acento.
¿Por qué verdugos bárbaros en Tebas
Con muerte atroz á Antígone inmolando
Viva la entierran en caverna oscura?
Porque dando á su hermano sepultura
Honró el triste cadáver que á los buitres
El rencor inclemente destinaba.
La ley atroz Antígone sabía;
Mas ve á su Polinice idolatrado,
Que de la tumba y de su honor privado
El favor postrimero la pedía,
Y le sepulta, y muere... Y Eponina
¿Qué crimen cometió? ¿Por qué al cadalso
La miro conducir? En la caverna

(1) Hermanas de la Caridad, destinadas en Francia al servicio de los hospitales.

Do huyó Sabino al vencedor contrario,
Sufrió con él sus males y peligros
Un lustro y otro más... ¡Heroico ejemplo
De virtud conyugal! Tan triste asilo
Fué por ella de Amor felice templo.
Ella para Sabino embellecía
Aquel antro funesto y pavoroso,
Trocando en lecho de himeneo dichoso
La peña que sus miembros recibía.
En nuestro tiempo, cuando á Francia triste
Abrumaban con cetro ensangrentado
Decenviros atroces, ¿no han probado
Con mil rasgos sublimes
Su magnanimidad? El mudo espanto
Sobre la Francia mísera volaba:
El francés del francés no fiel hermano
Sino enemigo fiero se mostraba.
Ellas, empero, firmes arrostraron
De los tiranos el furor: aquella
Desde el alba robándose el reposo,
Con invicta paciencia
Sentada en el umbral de sus palacios,
Aguardaba constante su presencia.
Aquella con el oro desarmando
De un alcaide insensible los furores,
En calabozo lúgubre, sombrío,
Consolaba el afán del triste padre,
Ó al objeto infeliz de sus amores;
Y si éstos caminaban á la muerte,
Insultando á los bárbaros verdugos,
Alcanzaba feliz la misma suerte.
Todas, apoyo del francés cuitado,

Por él tiernas, ardientes suplícaban,
Ó con él se inmolaban.
Cuando fatal persecución en Cuba
Turbó la dulce paz con sus furores,
¿Olvidarte podré, celeste Emilia,
Que habitabas el techo hospitalario
Donde á la proscripción enfurecida
Oculté, á mi pesar, mi amarga vida?
¡Oh! ¡cómo la piedad, hija del cielo,
En tu divina frente disipaba
De tu amigo proscripto los dolores!
¡Ángel de dulce paz y de consuelo!
Tu plácida memoria, que embellece
De mi destierro las cansadas horas,
Hasta el sepulcro bajará conmigo,
Y en su hielo no más podrá entibiarse
La gratitud ardiente de tu amigo.
Tal brilla la mujer en sus virtudes.
En su piedad el infeliz reposa,
Y aun el feliz la debe
El colmo de su suerte venturosa.
Ella su abril entre placer corona.
Cuando el tiempo veloz ruga su frente,
Cuando le oprime la vejez amarga,
Alivia la mujer su triste carga.
En las yertas orillas del sepulcro
Puede coger temblando algunas flores,
Y al cerrar ya sus ojos á la vida,
Miran á la que endulza sus dolores.
De la mujer insanos enemigos,
¿Podréis negarlo? Pero ya os contempla
Que á la avara pintáis, á la soberbia,

Á la vil caprichosa, la inconstante,
Á la infausta celosa,
Azote del esposo, del amante.
¿Somos nosotros ángeles acaso?
Pero nada escucháis, y más severos
Me presentáis á Erífile, á Medea
Con su furor á Colcos aterrando;
Á Mesalina y Médicis... ¿Mas ellas
Abominable harán el sexo entero?
En la callada noche centelleando
Mil estrellas y mil pueblan el cielo;
Algunas hay seguidas en su curso
De peste y huracanes cuyo aspecto
Nos anuncia desdichas y dolores.
Y ¿por eso tal vez la vista mía
Negaré á las demás, que me consuelan
Del vasto luto de la noche umbría?
Adórnanse los campos de mil flores:
Y porque algunas pérfidas ofrecen
Ponzoña vil á la feroz venganza,
¿Menos bellas las otras aparecen?
¿Nos hace respirar menos placeres
Su balsámico aliento? Las mujeres,
Á despecho del odio y sus furores,
Son las estrellas y apacibles flores
Que adornan el desierto de la vida.
Tú que las menosprecias, ¿olvidaste
Que tienes una madre? Sal ¡oh ciego!
Sal de tu error, y al bello sexo adora,
Mientras mi boca, de su amor movida,
Sus loores canta, y su favor implora.

POESÍAS

FILOSÓFICAS Y MORALES

EL FILÓSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura
Un filósofo echado de su asilo,
De ciudad en ciudad andaba errante
Detestado de todos y proscripto.
Un día que sus desgracias lamentaba
Un buho vió pasar, que perseguido
Iba de muchas aves que gritaban :
« Ése es un gran malvado, es un impío,
Su maldad es preciso castigarla,
Quitémosle las plumas así vivo. »
Esto decían, y todos le picaban.
En vano el pobre pájaro afligido
Con muy buenas razones procuraba
De su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
Del infelice buho compadecido,
Á la tropa enemiga puso en fuga
Y al pájaro nocturno dijo : — « Amigo,

¿Por qué motivo destrozarte quiere
Esa bárbara tropa de enemigos? »
— « Nada les hice, el ave le responde;
El ver claro de noche es mi delito. »

(1813.)

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del Sol en occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
Á torrentes vertió su luz dorada,

Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde : su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detras de Iztaccihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué : la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y más oscuro
Se fué tornando : la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando

Años y siglos como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron : de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruïna
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...
Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos

Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
                    Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo :
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.
                    Muda y desierta

Ahora te ves, Pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

(Diciembre de 1820.)

PLACERES DE LA MELANCOLÍA (1)

Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor.

QUINTANA.

I

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores

(1) Publico estos fragmentos, porque el poema ya no ha de acabarse. Otros cuidados que deben ocuparme exclusivamente, no me dejan el ocio de espíritu que exigen las Musas. Por eso imprimo mis versos tales como están. Salgan, pues, y tengan su día de vida, ya que no deben esperar de mí ni revisión ni aumento.

Dirigir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
La enajena también, y breves horas
En ilusiones férvidas perdido
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
Lució á mis ojos, y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,
En todos sus placeres y deseos
Al extremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto
Siguió á los goces y delirio mío
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de otoño al sol brillante
El del invierno pálido y sombrío.
Tal es la suerte del mortal cuitado
Agitarse y sufrir, después que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su excesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.
¿Qué hará el triste? Las flores de la vida
Al soplo abrasador de las pasiones

Sólo deseo que este cuaderno excite emulación saludable en nuestra juventud. ¿Por qué no tiene Cuba grandes poetas cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imaginación viva, cubiertos por el cielo más puro y cercados de la naturaleza más bella?

. . . .

(Nota del Autor. — Edición de Nueva York, 1825.)

Marchitas sentirá. Do quier que mire
Será el mundo á sus ojos un desierto,
Y el misterioso abismo de la tumba
Será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestosa noche
Sólo distingue entre su denso velo
El mar furioso y el turbado cielo.
Entonces tú, gentil Melancolía,
Serás bálsamo dulce que suavize
Su árido corazón y le consuele
Más que el plácido llanto de la noche
Á la agostada flor. Yo tus placeres
Voy á cantar, y tu favor imploro,
Ven : tonos blandos á mi voz inspira;
Enciéndala tu aliento, y de mi lira
Templa con languidez las cuerdas de oro.
¿ Quién en adversa ó próspera fortuna
No se abandona al vago pensamiento
Cuando suspira de la tierra el viento
Y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
Su corazón y con placer llevarse
Á mil cavilaciones deliciosas
De ventura y amor? ¡Con qué deleite
En los campos bañados por la luna
Siguen nuestras miradas pensativas
La sombra de las nubes fugitivas
En océano de luz puro y sereno!
¿Qué encanto hay en la calma de la noche
Del hondo mar en la distante furia,
Que halaga al corazón? Melancolía,
Tú respiras allí : tu faz amable,

Velada entre vapores transparentes
Sonríe con ternura al que en tu seno
Busca la paz, y al que de penas lleno
Se acoge á ti, con mano compasiva
Del rostro enjugas el sudor y llanto;
Mas la disipación furiosa en tanto
En sus bailes y juegos y festines
Hace beber de tedio triste copa,
Á los que por su halago seducidos
Buscan entre sus pérfidas caricias
Gozo y felicidad. Mustios, rendidos
Maldecirán al sol, y á sueño ansioso
La frente atormentada reclinando
La suerte trocarán del bello día.
Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía
Me desecaste el corazón! ¡Oh tiempo
De ceguedad y de furor!... Insano
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbación... Empero
Á mis ojos el sol brilla más puro
Desde que ya, más cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusión perdí el encanto
Pero hallé de la paz el bien seguro.

II

Dulce es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz Melancolía.
Desde la infancia venturosa mía

Era mi amor. Aislado, pensativo
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera
Mil pensamientos vagos, tumultuosos
Me agitaban también; pero tenía
Deleite inexplicable, indefinido
Aquella confusión. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en occidente reflejaba
La noble imagen en columna de oro
Yo en éxtasis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los pedantes
Azotes de la infancia, que querían
Subyugar mi razón á sus delirios,
Fieros amenazándome decian:
« Este niño holgazán y vagabundo
Siempre necio ha de ser ». Y yo temblaba
Mas no los maldecía
Sino de ellos huía
Y en mi apacible soledad lloraba.

III

¡Oh! ¡si Dios de mis males apiadado
Las alas de un espiritu me diera!
¡Cuál por los campos del espacio huyera
De este mundo tan bello y desdichado!
¡Oh! si en él á lo menos me ofreciera

Una mujer sensible, que pudiera
Fijar mi corazón con sentimientos
Menos vivos tal vez, menos violentos
Que los que enciende Amor, pero más dulces
Y duraderos. En su ingenua frente
El candor y la paz me sonreían :
De este exceso de vida que me agobia
Me aliviara su amor. Su voz piadosa
De aqueste pecho en la profunda herida
Bálsamo de consuelo derramara,
Y su trémulo acento disipara,
Las tinieblas de mi alma entristecida.
¡Encarnación de mi ideal esposa,
Cómo te adoraré!... No por más tiempo
Me hagas ansiarte y suspirar en vano :
Mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay! ven, y escucha mi rogar piadosa...

IV

¿Quién placer melancólico no goza
Al ver al tiempo con alada planta
Los días, los años y los siglos graves
Precipitar en el abismo obscuro
De lo que fué? Las épocas brillantes
Recorro de la historia... ¡Qué furores!
¡Cuadro fatal de crímenes y errores!
Do quier en sangre tíñense las manos :
Los hombres fascinados y furiosos
Ya son juguetes viles de facciosos,
Ya siervos miserables de tiranos.

Pueblos á pueblos el dominio ceden;
Y del orbe sangriento, desolado,
Desaparecen, como en mar airado
Las olas á las olas se suceden.
De Babilonia, Menfis y Palmira
Entre los mudos restos, el viajero
Se horroriza de ver su estrago fiero,
Y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
Vuestro nombre y desdicha? Circundado
Por tenebrosa nube un hemisferio,
Ocultábase al otro : mas osado
Forzó Colón el borrascoso imperio
Del Océano feroz. La frágil nave
Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba : la vil chusma
Pálida, yerta, con terror profundo,
Á la patria querida
Tornaba ya la resonante prora,
Cuando á sus ojos refulgente aurora
Las playas reveló del Nuevo Mundo.
¡Hombres feroces! la severa historia
En páginas sangrientas eterniza
De sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
Cayó el templo del sol, y el trono altivo
De Acamapich... Las infelices sombras
De los reyes aztecas olvidados
Á evocar me atreví sobre sus tumbas,
Y del polvo á mi voz se levantaron,
Y su inmenso dolor me revelaron.

¿Dó fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó? — La hiere
Del vencedor el hierro furibundo:
Tiembla, gime, perece,
Y como niebla al sol desaparece.
Sediento de saber infatigable (1),
Del Tiber, del Jordán y del Eurotas
Las aguas beberé, y en sus orillas
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones,
Me daré á meditar: altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolación: ¡cuánto es sublime
La voz de los sepulcros y las ruinas!
Allí tu inspiración pura y solemne,
¡Oh Musa del saber! mi voz anime.
Y tú también, genial Melancolía,
Me seguirás do quiera suspirando,
Ó en mi lecho tu frente reclinando,
Harás á mi descanso compañía.

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria
De los que amamos, cuando ya la muerte
Á nuestro amor los arrancó! La tumba
Encierra las inmóviles cenizas;
Los ligeros espíritus pasean

(1) Esto se escribía en principios de 1825, hallándose el autor próximo á emprender un viaje largo por algunos países de Europa y Asia.

En el aire sereno de la noche
En torno de los que aman, y responden
Á sus dulces recuerdos y suspiros
En misteriosa comunión. Creedme;
No lo dudéis: por esto son tan dulces
Las solitarias lágrimas vertidas
En la tumba del padre, del esposo
Ó del amante, y el herido pecho
Ama su llanto y su dolor piadoso.
¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
De Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas
Desde el momento que cerró tu vida
Por mí pasaron, llenas de amargura
Y de intenso dolor! Sombra querida
De el mejor de los padres, en el cielo
Recibe de mi pecho lastimado
La eterna gratitud. Mi dócil mente
Con atención profunda recogía
De tu boca elocuente en las palabras
El saber, la verdad: aun de tu frente
En la serena majestad leía
Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
De mi pecho impaciente reprimías
El ardimiento, la fiereza!... El cielo
Contra el ciego furor de los malvados
Sirviéndote de asilo, me dejara
Entre borrascas mil... ¡Ay! á lo menos
Iré á morir en tu sepulcro, y junto
Á tu polvo sagrado
Reclinaré mi polvo atormentado,

Que al eco de tres sílabas funestas
Aun allí temblará. Mas tu memoria
Será, mientras respire, mi consuelo,
Y grato y dulce el solitario llanto
Que la consagre, más que gozo alguno
Del miserable suelo,
¡No me abandones, Padre, desde el cielo!

VI

¡Patria!... ¡Nombre cuál triste delicioso
Al peregrino mísero, que vaga
Lejos del suelo que nacer le viera!
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes
Vendrá feliz á regalar mi oído?
¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen
Hasta perderse! No; nunca los campos
De Cuba parecieron á mis ojos
De más beldad y gentileza ornados,
Que hoy á mi congojada fantasía.
¡Recuerdo triste de maldad y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mía,
Redobló la Fortuna sus rigores,
Y de persecución y de furores
Pasó tronando el borrascoso día.
Desde entonces mis ojos anhelantes
Miran á Cuba, y á su nombre sólo

De lágrimas se arrasan. Por la noche
Entre el bronco rugir del viento airado
Suena el himno infeliz del desterrado.
Ó si el Océano inmóvil se adormece
De junio y julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.
¡Oh! no me condenéis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas abrasada
Se marchita entre vidrios encerrada
La planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
En mis manos ¡oh lira! te rompiste.
¿Cuándo sopla del norte el viento triste,
Puede algún corazón no estar helado?
¿Dó están las brisas de la fresca noche,
De la mágica luna inspiradora
El tibio resplandor, y del naranjo
Y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas, que flotando
En el azul sereno de la esfera,
Islas de paz y gloria semejaban?
Tiene la noche aquí su obscuro velo:
El mundo se adormece inmóvil, mudo,
Y el aire punza, y bajo el filo agudo
Del hielo afinador centella el cielo.
Brillante está á los ojos, pero frío,
Frío como la muerte. Yo lo admiro,
Mas no lo puedo amar, porque me mata,
Y por el sol del trópico suspiro.
Vuela, viento del norte, y á los campos
De mi patria querida

Lleva mi llanto, y á mi madre tierna,
Murmura mi dolor...

VII

Á ti, me acojo, fiel Melancolía.
Alivia mi penar; á ti consagro
El resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable;
Ya nos renueves los pasados días,
En la pálida frente de una hermosa,
Ya tristemente plácida sonrías
Cuando la enfermedad feroz anuble
Su edad primaveral. Benigna diosa,
Tu bálsamo de paz y de consuelo
Vierte á mi alma abatida,
Hasta que vaya á descansar al cielo
De este delirio que se llama vida.

POESÍA (1)

¡Alma del Universo, Poësía!
Tu aliento vivifica, y semejante
Al soplo abrasador de los desiertos,
En su curso veloz todo lo inflama.

(1) ¿Se tendrá por extravagancia esta tentativa para expresar el espíritu poético? — (Nota del autor, Edic. 1825).

¡Feliz aquel que la celeste llama
Siente en su corazón! Ella le eleva
Al bien, á la virtud : ella á su vista
Hace que rían las confusas formas
Del gozo por venir : contra el torrente
Del infortunio bárbaro le escuda,
Haciéndole habitar entre los seres
De su creación : con alas encendidas
Osada le arma, y vuela
Al invisible mundo,
Y los misterios de su horror profundo
Á los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡Oh! ¡Cuántas horas
De inefable deleite
Concediste benigna al pecho mío!
En las brillantes noches del estío
Grato es romper con la sonante prora,
Largo rastro de luz tras sí dejando,
Del mar las ondas férvidas y oscuras :
Grato es trepar los montes elevados,
Ó á caballo volar por las llanuras.
Pero á mi alma fogosa es muy más grato
Dejarme arrebatar por tu torrente,
Y ornada en rayos la soberbia frente,
Escuchar tus oráculos divinos,
Y repetirlos; como en otro tiempo
De Apolo á la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
Y ella de sacro horror se estremecía,
Y el fatídico acento repetía
Del Dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida
Que llena el universo; él es quien vierte
En las bellas escenas de natura
Su gloria y majestad : él quien envuelve
Con su radioso manto á la hermosura,
Y da á sus ojos elocuente idioma,
Y música á su voz : é quien la presta
El hechizo funesto, irresistible,
Que embriaga y enloquece á los mortales
En su sonrisa y su mirar : él sopla
Del mármol yerto las dormidas formas,
Y las anima, si el cincel las hiere.
En el «Fedra», en «Tancredo» y en «Zoraida»
Nos despedaza el corazón : ó blando
Con Anacreón y Tibulo y Meléndez
Del deleite amoroso nos inspira
La languidez dulcísima : ó tronando
Nos arrebata en Píndaro y Herrera
Y el ilustre Quintana, á las alturas
De la virtud sublime y de la gloria.
Por él Homero al furibundo Aquiles
Hace admirar, Torcuato á su Clorinda,
Y Milton, más que todos elevado,
Á su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside,
Mas invisible. Del etéreo cielo
Baja, y se manifiesta á los mortales
En la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo : tal vez sereno
Vaga en la luz del sol, cuando éste inunda
Al cielo, tierra y mar en olas de oro;

De la música tiembla en el acento :
Ama la soledad : escucha atento
De las aguas con furia despeñadas
El tremendo fragor. Por el desierto
Los vagabundos árabes conduce,
Soplando entre sus pechos agitados
Un sentimiento grande, indefinido,
De agreste libertad. En las montañas
Se sienta con placer, ó de su cumbre
Baja, y se mira del Océano inmóvil
En el hondo cristal, ó con sus gritos
Anima las borrascas. Si la noche
Tiende su puro y centellante velo,
En la alta popa reclinado inspira
Al que estático mira
Abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella :
Yo de su lauro en el amor palpito,
Y quisiera en el mundo que hoy habito
De mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
Vive eterno, y da vida; los mortales
Á quienes genio dispensó el destino
Ansiosos corren á la sacra fuente
Que tu fogosa inspiración recibe.
El mundo á sus afanes apercibe
Indigno galardón. Cuando los cubre
Vestidura mortal, vagan oscuros
Entre indigencia y menosprecio : acaso
De sacrílega mofa son objeto :

Al cabo mueren y sus almas tornan
Á la fuente de luz de que salieron,
Y entonces á despecho de la envidia,
Un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brota, crece, y ampara las cenizas
Con su sombra inmortal : pero no enseña
Á los hombres justicia, y cada siglo
Ve repetir el drama lamentable,
Sin piedad ni rubor. ¡ Divino Homero,
Milton sublime, Taso desdichado,
Vosotros lo diréis !
Empero el genio
Al infortunio arrostra : sus oídos
Halagan los aplausos que su canto
Recibirá feliz en las regiones
Del porvenir. Su gloria, su desgracia
Excitarán la dulce simpatía
En la posteridad de los crueles
Que á miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará : las bellas
Con respeto y ternura suspirando,
Pronunciarán su nombre : ya centella
Á sus ojos la lágrima preciosa
Que arrancarán sus páginas ardientes
Á la sensible hermosa.
La ve, palpita, se enternece, y fuerte
De la cruel injusticia se consuela,
Y esperando su triunfo de la muerte,
Al seno del Criador gozoso vuela.

¡ Dulcísima ilusión ! ¿ Quién ha podido
Defenderse de ti, si no ha nacido

Yerto como los mármoles y bronces?
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero!...
Algunas efusiones de mi Musa
Me sobrevivirán, y mi sepulcro
No ha de guardarme entero.
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribe,
Resonará de Cuba por los campos
De la fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
El Correggio exclamaba :
¡Yo también soy pintor! — ¡Yo soy poeta!

Á LA RELIGIÓN

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que Amor inspira.
Hoy, santa Religión, quiero cantarte
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiración solías
Animar el acento de Isaías,
Ó del profeta rey el noble trono,
Oye mi voz humilde que te implora ;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestuoso,
Y circundan su trono misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta Religión! de luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime,
Mostrando el cielo en ademán sublime,
Y con la santa cruz su diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redención futura.
Viene al mundo Jesús, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede:
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina.
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y expira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesús, y con glorioso vuelo
Sube después al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
¡Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecución fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fe divina.
Triunfas ¡oh religión! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que á la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza.
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazón llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
De hierro asolador el brazo armado
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo
Con sonrisa ominosa,
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud gobierna
La tierra alguna vez el crimen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero;
La justicia de Dios vigila eterna;
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo:
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresión sangrienta,
Eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas ¡oh Religión! De tu victoria
Irritados los genios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del Orco agitado
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,
Descubre al universo tus arcanos,
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban á Dios del fanatismo!

¡Divina Religión! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre á la tierra devorando
En el seno de Dios tierna gemías.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como después del huracán violento
En el atormentado firmamento
Con más cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazón á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

CONTRA LOS IMPÍOS

Si Dios no existe, ó si de mí se olvida,
Y tan sólo al alzar debo la vida

Para pasar el mundo,
Cual nube tempestuosa el Oceano
Á merced de los vientos,
Bien podéis disolveros, elementos,
Que en mi formasteis con acuerdo vano
Turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores,
Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
Vuestras lámparas bellas
En el cielo apagad, puras estrellas,
Si habéis de iluminar mi eterna muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
Y del hombre de bien sublime amiga,
Eres vana ilusión, y yo te abjuro,
Si el alma que tú elevas,
Y al bien y gloria llevas,
Se hunde y perece en el sepulcro oscuro.
¡Doctrina pavorosa!
¿Para lograr tan triste resultado
Analizó la ciencia laboriosa
La tierra y mar, y audaz se ha levantado
Hasta el etéreo cielo,
Que ha recorrido con triunfante vuelo,
Para traernos en horrible fallo
La desesperación? — ¡Sofistas duros,
Jamás amasteis...! Vuestra sien corone
Con seca rama el árbol de la muerte.
El sanguinoso lauro que insolente
La torpe adulación ciñe al tirano,
No es tan injusto y vil como el que insano
Del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso,
Que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fe sobre tu abismo pavoroso
Divina luz despide;
Y en sus alas ardientes conducida
El alma del cristiano,
Al salir de la tierra lagrimosa,
Al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,
Del empíreo gigante,
Precipita tu carro de diamante
De planeta en planeta,
Y atrevido se lanza
Donde ni el pensamiento ya le alcanza
Mas en algún lugar su curso expira;
Y con mayor violencia
Al sol de que partió volviendo gira.

ATENAS Y PALMIRA

Al contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas, que otro tiempo
Oyeron de Platón la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente.
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles

En diluvio de luz el sol inunda.
Entre tantas bellezas, majestuosa
Con marmóreo esplendor domina Atenas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer más puro y más sublime
El solitario y pensador viajero
Que á la luz del crepúsculo sombrío,
Entre un oceano de caliente arena
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolación inmensa! El obelisco,
Cual roble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas de marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados
Crecen los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la hierba silenciosa.
Do quier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso

En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de la ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

CONTEMPLACIÓN

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,
Firmamento sin límites! Do quiera
En el puro horizonte iluminado
Por la argentada lumbre de la luna,
Te asientas en el mar. Las mansas olas
Del viento de la tierra al blando soplo
Levemente agitadas, en mil formas
Vuelven la luz serena que despide
La bóveda esplendente, y el silencio
Y la quietud que reina en el profundo,
Llevan el alma á meditar.

¡Oh cielo!
¡Fuente de luz, eternidad y gloria!
¡Cuántas altas verdades he aprendido
Al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes días
Mi padre venerable me contaba
Que Dios, presente por do quier, miraba
Del hombre las acciones, y en la noche
El cielo de los trópicos brillante
Contemplando con éxtasis, creía

Que tantas y tan fúlgidas estrellas
Eran los ojos vivos, inmortales
De la Divinidad.
Cuando la vista
Á la región etérea levantamos,
Atónitos en ella contemplamos
Del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
Se abre un abismo indefinible: el pecho
Con suspirar involuntario invoca
Una felicidad desconocida,
Un objeto lejano y misterioso,
Que del mundo visible en los confines
No sabe designar. La fantasía
Al recorrer la multitud brillante
De soles y sistemas enclavados
En su gloriosa eternidad, se humilla
Ante el Creador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
Esta celeste fábrica, y los astros
En elíptico giro precipitan,
No desdeñan del hombre la miseria,
Y con profundo universal acento
Le dictan su deber. En todo clima,
Del polo al ecuador, su voz augusta
Beneficencia y paz impone al hombre,
Que de pasiones fieras agitado
Turba con su furor el triste globo,
Y á error, venganza y ambición erige
Sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal, del mundo,
Que en los humanos pechos colocaste
La semilla del bien, la mente mía
De la santa virtud por el sendero
Dígnate dirigir : abre mi oído
Al grito del dolor; haz que mi seno
De la tierna piedad guarde la fuente,
Y á la opresión, al crimen insolente,
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

PROGRESO DE LAS CIENCIAS

FRAGMENTO

La Física incansable, indagadora,
Analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático á despecho
Consagrados errores disipando,
Su libertad revindicó á la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
La noble frente á Júpiter sublime
Coronó de satélites, y á Febo
Sentó en inmóvil refulgente trono.

El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando

Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro humilde
Obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden
Á la impalpable atmósfera : encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda,
Hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fulgente corona, y concentrado
Se arma feroz de innumerables puntas,
Y á los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace girar en su órbita la tierra,
Y de ella en pos á la inconstante luna.
Á la vista Saturno aproximado
Revuelve sus anillos misteriosos,
Que oculta ó muestra : Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio
Busca del Norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,

Fija su rumbo al navegante incierto.
El agua del calor atormentada,
Ó al choque de la eléctrica centella
En diferentes gases convertida,
Á la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito á los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atracción del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
Del Galvanismo al poderoso impulso
Tiembla y se agita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsión, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio mágico en el seno,
Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
Á la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos
La Química sorprende á los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La acción devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandece
Entre la arena vil pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo
Hinche ligero gas : en él suspenso

Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Muy más allá de su región oscura
Bebe del sol purísimo la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

MEDITACIÓN MATUTINA

Pasé la noche tranquila
En el sueño sepultado,
Y por la luz despertado,
Saludo al sereno albor.
Como si naciese ahora
Siento y gozo la existencia :
Mi alma cobra su potencia,
Y á ti se eleva, ¡Señor!

Tu mano sabia me guíe
Por el arduo laberinto
En cuyo triste recinto
Vagará mi incierto pie.
Y protéjame tu escudo
Del crimen y sus furores,
De los peligros y errores
Que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos
Otro sueño más profundo;

Noche más larga, del mundo
El cuadro me velará.
Pero siempre mi flaqueza
Sostendrá tu mano fuerte,
Y aun más allá de la muerte
Piadosa me salvará.

Ese sueño misterioso
Debe terminar un día,
Y esa tiniebla sombría
Disipará tu esplendor.
Me inundará luz eterna,
Rasgado el fúnebre velo,
Y las delicias del cielo
Me dará tu inmenso amor.

LA INMORTALIDAD

POEMA

Non omnis moriar.

HORATIO.

¡Oh Dios, cuya inefable providencia
Abarca la creación y la dirige,
Y cuyo ardiente espíritu la inflama,
Y extiende aún más allá su noble imperio;

Tú, de la eternidad señor augusto,
Oye mi humilde voz! Llene mi canto
La celestial inspiración, y pueda
Con enérgico tono irresistible
Revelar á los hombres el tesoro
De la inmortalidad. Glorioso tema,
De infinita importancia, y muy más grato
Al que te ama mejor y más te adora.

Naturaleza, tu hija misteriosa,
De ti, INMUTABLE, mutación eterna
Recibiera por don, y al hombre instruye
Con oráculo mudo y elocuente.
Ella en revolución perpetua gira :
Todo cambia sin fin; nada perece.
Sigue la noche al refulgente día,
Y á noche oscura nuevo sol : los astros
Salen, se ponen, y á mostrarse vuelven,
Y la tierra también, á ejemplo suyo,
Aspecto muda y formas. El verano,
De verdura brillante revestido
Y coronado con risueñas flores,
Cede al otoño pálido. El invierno
Sigue después, de hielos erizado,
Al dulce otoño, y sus áureos frutos
Hace desparecer, y reina impío,
Hasta que la florida primavera,
Con aliento genial y delicioso,
Templa sus iras y restaura al mundo.
Cuanto vegeta y vive se marchita
Para reflorecer; y cual en rueda
Que gira con violencia, todo baja

Para subir. ¡Emblema fiel del hombre,
Que se altera, se oculta, y no perece!

Naturaleza en círculo constante
Por siempre gira; mas el hombre vuela
En línea inmensurable. Su alma sube
Trémula, ardiente, cual etérea llama:
La humilde fe y el celo fervoroso
Sus alas son para subir al cielo.
El mundo material en varias formas
Muere y revive, y en perenne giro
Lo tienen y tendrán la vida y muerte;
Pues ni siquiera un átomo invisible,
Que una vez existió, vuelve á la nada,
Imprevisión mostrando en el Eterno.

Si la materia es inmortal, ¿acaso
La esencia inmaterial, el alma pura,
El pensamiento, la razón, podrían
En el inerte polvo aniquilarse?
¿Pudiera la sustancia más impura
A la más noble preferir? ¿Y el hombre
Para quien todo muere y resucita,
Será el único ser que para siempre
Se abisma en el sepulcro tenebroso?
¡Será el solo sembrado en suelo estéril,
Menos feliz que el grano y la semilla
Por Dios á su alimento destinados?
El solo y noble ser á quien el cielo
Atribuyó la facultad sublime
De amar la vida y de temer la muerte,

¿Á irrevocable fin fué destinado
Por severo capricho de la suerte?

Si de natura el orden perdurable
Favorece mi tema, en voz más alta
Su gradación universal depone.
Mirad los grados de su inmensa escala
En que un sèr intermedio siempre liga
Al superior y al inferior. Inerte
La materia tal vez, dormida aguarda
Celeste aliento que la inspire vida.
El vegetal combina misterioso
La muerte y la existencia : luego un bruto
Existe y siente, y otro más felice
Un leve rayo á la razón usurpa,
Que con pleno fulgor brilla en el hombre.
Pero ¿cómo se alarga la cadena
Hasta los reinos de incorpórea vida,
Que excluyen el dominio de la muerte?
Su postrero eslabón es el humano,
Que une al visible el invisible mundo.
Medio mortal, medio inmortal, etéreo
Por la razón, terrestre en los sentidos,
Las bestias á los ángeles enlaza.

Así natura por do quier publica
De la inmortalidad el dogma santo.
¿Y el incrédulo, sordo á sus clamores,
Aun osa desmentir su testimonio,
Por no violar su alianza con la muerte;
Y á la razón frenético renuncia,
Por no apartarse de su polvo amado,

Y no exponerse á conquistar el cielo?
¡ Misera ceguedad ! ¡ Atroz insulto
Á la sublime dignidad del hombre!

Pero el sabio feliz, iluminado
Por la luz de la fe, con noble tono,
Ajeno de temor, dice á la muerte :
« Cúmplase en mí la voluntad divina :
Disuélvase la tierra, y desquiciados
De sus lejanas órbitas desciendan
Los astros graves, y la tornen polvo.
En su inmortalidad mi alma segura
Saldrá gloriosa del futuro caos.
Sobre la inmensa universal rüina
Se asentará como en soberbio trono,
Predominando, cual etérea llama,
La pira funeral del universo. »

Recorramos la tierra, y con asombro
Hallaremos espléndidos prodigios,
Que casi eclipsan la beldad del cielo.
Campos inmensos, que doquiera cubren
Opimos frutos, deliciosas flores;
Mares hendidos por soberbias naos,
Do el hombre truena, ó generoso vierte
Goces, riqueza, en apartados climas.
El fuego, el mar, los vientos y planetas,
Cual instrumentos dóciles le sirven,
Por su profundo genio sojuzgados.
Aun las eternas inflexibles rocas
Ceden á su poder : allana montes,
Los precipicios colma, y por do quiera

Mil ciudades magníficas erige,
Aun en medio del mar, que en vasto espejo
Su noble pompa y esplendor retrata.
Soberbios templos álzanse á las nubes
Con misteriosa majestad : los ríos
Corren suspensos por el aire vano,
En mares se convierten las llanuras,
Ó canales profundos atraviesan
De mar á mar, y las remotas aguas
Se confunden atónitas. El hombre
Desentraña la tierra tenebrosa
Ó mide audaz el ámbito del cielo,
Y nuevos elementos, nuevos astros
Feliz descubre; la creación ensancha,
Y cede á su poder naturaleza.

¡Espléndido, glorioso monumento
Del humano saber! ¡Cuadro sublime,
En que inmortalidad sentó su sello!
¿Pudiera el barro impuro, deleznable
Elevarse á tan altas concepciones,
Ó desplegar tan generoso vuelo?

Mas si los argumentos de natura
Aparecieran frívolos y vanos,
Aun se hallarán más fuertes en el hombre.
¡Ay! si éste duerme y cierra los oídos
Á la enérgica voz del universo,
¿Puede cerrarlos al interno grito
De su agitado corazón? El necio
Que la inmortalidad combate insano,
Su sentencia fatal lleva consigo,

Como nuevo infeliz Belerofonte.
Quien examine cauto el propio seno,
En él encontrará pruebas sensibles
De vida eterna; ó la falaz natura
Despiadada burlándose del hombre,
Con la misma verdad quiso engañarle.

Descontento, inquietud, vago deseo,
Turban por siempre el corazón humano,
Y de él destierran el sereno gozo.
El rey bajo los áureos artesones,
Y el humilde pastor en su cabaña
Distintos en la suerte, en pena iguales,
Ansian, anhelan, y á la par suspiran.

¿Será tal vez porque el visible mundo
Satisfacer no puede con sus dones?
Mirad esos rebaños inocentes
Pastar la hierba, que mojó la lluvia,
Con un placer purísimo, perfecto,
Y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo
Se niega á su señor igual contento?
Porque el centro glorioso de las almas
No está en la tierra: y el sediento humano
Por frívolos objetos seducido,
Cuanto disfruta más, más apatece.

¿Menos benigna al hombre que á los brutos
Fué natura tal vez? No: de las almas
El alimento más precioso y puro,
En el empireo, su celeste patria,

El Creador Soberano les reserva.
Por él suspiran con feliz instinto :
Bajo el dolor se oculta su grandeza,
Y el perdurable afán que los agita
Es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;
Mas el instinto nace con el bruto
En plena perfección, y aunque viviera
Un siglo y otro siglo, no saldría
Del círculo seguro que lo estrecha.
Mas si el hombre del sol contemporáneo
Hubiera sido, su ánimo insaciable
Aun que aprender y meditar tuviera.
¿Por qué, naturaleza, con el hombre
Tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta
Salió la mejor obra de tus manos,
Cuando las otras, menos importantes,
Con asombrosa perfección puliste?
Ó si al hombre imperfecto destinabas
Á prematuro fin, sin permitirle
Que fijase la esfera de su genio,
¿Por qué dar á su pecho acongojado
El terror ponzoñoso de la muerte?
¿Por qué le diste previsión infausta
Del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste
Víctima de su ciencia lastimosa,
Y más que en rango, superior en penas?
¡Ah! la inmortalidad tan sólo puede
Revelar el enigma inexplicable,
Y compensar sus males y dolores.

Sí : la inmortalidad tan sólo puede
Resolver el enigma tenebroso
De la esperanza humana; el más oscuro,
Si al expirar morimos para siempre.
La esperanza frenética y ansiosa,
De nuestro gozo rápido asesina,
Todo presente bien huella y devora.
¿Por qué la posesión, ya conseguida,
Es siempre menos pura y deliciosa
Que la pintaba en sueños el deseo,
Y á férvido anhelar el tedio sigue?
Porque á distancia inmensa de nosotros
Oculta la región de lo futuro
El único, inmortal, sublime objeto
Digno del hombre, y su Hacedor augusto
Allá dirige nuestro ardiente anhelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces
La huella fiero el insolente crimen;
Y si todo se acaba en el sepulcro,
Si no hay reparación en otra vida,
¡Cuán necios son sus mártires! En vano
La formidable voz de la conciencia
Manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
Inculcar la virtud á sus criaturas,
Si es decepción? ¿Ó la justicia eterna
Quiso burlarse del humano triste,
Haciéndole adorar vano fantasma?
No : la conciencia y la razón nos mienten,
Ó el alma es inmortal y en otro mundo
Glorioso galardón, terrible pena
Á la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida
Yace la tierra, y sólo me acompañan
En ardiente vigilia centellando
Las estrellas sin fin que en torno adornan
De media noche el silencioso trono,
Yo en soledad augusta me consagro
Á conversar con los ilustres muertos.
¡Cuántos modelos de virtud sublime
Y de patrio valor! ¡De cuántos genios
En las gloriosas páginas alienta
Espíritu inmortal! Y ¿tales almas,
De la divinidad emanaciones,
Dejaron de existir? ¿Tan sólo fueron
Como fugaz fulgente meteoro,
Que arde, luce un momento, y se disipa
En el nocturno espacio tenebroso?

Cuando seguimos al sepulcro triste
Los restos de mortales afamados
Por su ciencia ó virtud, por cuanto estima
Y alaba el hombre, ¿imaginar podemos
Que no existen sus almas generosas,
Ó que en inmunda corrupción terminen?
La ciencia, la virtud, son nombres sacros,
Que respeta, y aplaude, y diviniza
Universal instinto generoso.
Mas ¡ay! si los espíritus perecen,
Sólo son dignos de piedad. El sabio
Sólo aviva sus ojos penetrantes
Para ver más miserias y delitos;
Y la noble virtud, timbre glorioso
Que une la tierra con el cielo puro,

Es dañosa ilusión, delirio vano...
¿Engañará la voz del universo?

Mientras más penetramos en el hombre,
Se ve más clara la impresión profunda
De un sello universal, augusto, eterno.
En el fondo del alma, firme base
De todo lo demás, siempre notamos
De saber y de amar instinto puro,
Afectos esenciales al humano,
Como luz y calor al sol divino.
¿Y de qué sirven, si las almas mueren?
Con mil y mil afanes alcanzamos
Imperfecto saber, y las más veces
Responde á nuestro amor desdén helado
Ó pérfida traición. ¿Por qué natura
Tan angélicos puros apetitos
Satisfacer nos veda plenamente,
Y á los brutos benigna satisface?
¿Es el hombre mejor más infelice?

No : de saber y amar en el humano
La ilimitada facultad y anhelo,
Nos demuestran objetos infinitos.
Del Creador la inefable providencia,
Por ley universal de la natura,
Proporciona el objeto al petito
Y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
Será triste excepción de ley tan sabia?
Si no le aguarda eternidad futura,
Si aqueste asilo burla su esperanza,
El hombre es monstruo, del Creador afrenta

Ominoso lunar, fúnebre nube
De la Natura en el brillante aspecto.
Quien la inmortalidad niega del alma,
Al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones, que al humano débil
Con su furor funesto descarrían
De la santa virtud, y en su tumulto
Á la razón y á la verdad acallan,
De su inmortalidad son testimonio.

Recorrámoslas, pues, y comencemos
Por la ambición, á la que siempre agita
Fogoso anhelo de brillante fama.
¡Pero con cuánto afán lo disimula!
Si mira sus designios revelados,
Aunque al más noble objeto se dirijan,
Repentino rubor cubre su frente,
Porque su dueño es inmortal. La sangre
Subiendo así con misterioso instinto
Reprende al hombre que insensato busca
Fugaz reputación, fútil elogio
En este vano y transitorio mundo,
Y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso
No es menos elocuente. Si de fama
La inextinguible sed su alma devora,
La admiración de un siglo menosprecia,
Y ansia que los aplausos de su gloria,
Por mil generaciones repetidos,
Al porvenir lejano se difundan.

Eternizar ansiamos nuestro nombre :
Vano delirio, que jamás turbara
Del hombre el corazón, si el alma suya
También no fuese indestructible, ¡eterna!
Así el instinto previsor anuncia
Un futuro interés; mas el humano
Embrutecido su clamor desoye,
Ó vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,
Y sombra es en sí misma. Preguntadlo
Al ambicioso, y os dirá que siempre
Á su estéril afán huye impalpable.
« ¿Es todo, aquesto? » preguntaba César,
Del poder en la cumbre fastidiado,
Viendo á sus pies el universo y Roma.
Así con vano ardor el ambicioso,
La tierra inunda en lágrimas y sangre,
Y le avergüenza al fin su misma gloria;
Porque gloria más alta y perdurable,
Ser el objeto espléndido sublime
De su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
Pérfida la ambición prodigue al hombre,
Nadie del corazón puede arrancarla
Do firme la plantó Naturaleza.
Absurdo fuera el célebre consejo
Que á Pirro dió el filósofo, pues antes
Domar pudiera su valor el mundo,
Oue la grave razón su alma fogosa.
Una constante actividad interna,

Un elástico impulso al hombre agita
Por distinción, en tronos y cabañas;
Porque el señor y el siervo son iguales
En inmortalidad, y el alma eterna
Siempre ambiciona el oropel ó el oro,
La estimación mortal ó la del cielo.

El insaciable afán del triste avaro
Ofrece igual irresistible prueba,
Cuando con privaciones prolongadas
Sin escuchar de la razón el eco,
Aun en el borde mismo del sepulcro
Guarda tesoro con errado instinto,
Buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida
Aunque se burla de futuros goces,
Y audaz prometa al hombre fascinado
Convertir en Edén aqueste mundo,
Prueba no menos mi glorioso tema.
¿Por qué nuestro deleite más preciado,
El goce del amor que tan fogoso
Turba, embelesa, exalta los sentidos,
Siempre va del rubor acompañado,
Busca la grata sombra del misterio
Y con el manto del pudor se cubre?
Este rubor, inspiración del cielo,
Nos anuncia que el hombre se degrada
Aun en el colmo de terrestre dicha;
Y aunque dormida la razón callase,
Aqueste solo instinto generoso
Nuestra inmortalidad revelaría.

Sí : la inmortalidad explica sola
Del hombre los misterios, y sin ella
Son sus instintos pavoroso enigma,
Y sus virtudes miserable sueño.
Aun sus propios errores y delitos
Prueban su dignidad. Su sed eterna
De oro, deleites y brillante fama,
Dice que para objetos infinitos
Fué destinado. Sus pasiones fieras,
Para las cuales el visible mundo
Es estrecho teatro, le presagian
Existencia mejor, vuelo más noble,
Y acreditan sus títulos al cielo.

¡ Detén aquí tu canto laborioso
Musa de la verdad! La antorcha pura
De la razón, que tus humildes pasos
Ha dirigido, penetrar no puede
El velo de tiniebla misterioso
Que el invisible mundo nos oculta,
Ni enseñarte sus goces y dolores.
No al celestial espíritu debiste
Inspiración profética. La muerte,
De todo impulso libertando el alma,
Muy más allá del sol y las estrellas
La hará subir sobre las ígneas alas
De su inmortalidad, y el grande arcano
Revelará de su futura suerte.

MISANTROPÍA

Yo vi del polvo levantarse audaces
Á dominar y perecer, tiranos :
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.

MORATÍN.

Entre deseos férvidos y penas
Y tedio y duda fúnebre vagamos :
« Tan sólo sé que todo lo ignoramos »,
Dijo el mayor filósofo de Atenas.
Y dijo bien : el hombre miserable
Nace para sufrir, y desmentida
Queda la vana charla de los sabios
Por el grito doliente que sus labios
Lanzan en los umbrales de la vida.
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto
Por siempre lucha con dolor y crimen,
Y está por mil deseos abrasado,
Ó bien suspira, por el tedio helado.
Ni el sangriento laurel de la victoria,
Ni el engañoso brillo de la gloria
Endulzan ¡ay! su lamentable suerte.
¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado
La triste decepción de los placeres,
Y en la razón estéril apoyado
Con vanas discusiones

Establecer intenta sus deberes,
Halla sólo do quier contradicciones,
Y decidir no puede con certeza
Do acaba la virtud y el vicio empieza.
La misma inspiración modificada
Es crimen ó virtud, noble ó perversa.
Así la llama del valor divina
Que un semidiós eleva en Decio fuerte,
Respira sangre, asolación y muerte
En el abominable Catilina.

Yo vi al pueblo furioso
De pérfido tirano
Frenético besar la cruenta mano,
Y bendecir su yugo pavoroso.
¡Ay! de sus defensores al suplicio
Vile aplaudir con vértigo funesto,
Apellidar flaqueza la templanza,
Y sublime virtud y santo celo
Por el honor del cielo
El odio vil y bárbara venganza.

Por estúpidos brazos manejadas
Vi ¡oh baldón! á las armas vencedoras,
De independencia ya conquistadoras,
En discordia civil ensangrentadas.
Justicia, humanidad, atropelladas
Vi de la patria en el sagrado nombre:
Como tigres ó furias irritadas,
Do quier vi al hombre perseguir al hombre.
Do quier la demagogia sanguinosa,
Cual hidra ponzoñosa,

La multitud escuálida subleva,
Á desgarrar el seno de la patria
Con furibunda ceguedad la lleva;
Y maldiciendo el yugo de los reyes,
Cubre de fango, lágrimas y sangre
La libertad y las holladas leyes.
De Californias al opuesto polo
Pululan ¡ay! los crímenes insanos :
¡ Veo cien mil demagogos, mil tiranos,
Y ni un patriota solo!...

¡Oh Civilización! ven asentada
En el carro del tiempo silencioso,
Y reanime tu soplo delicioso
Del mundo yerto la beldad ajada.
De opresores plebeyos y reales
Caiga la destructora tiranía,
Y al trono fiero y libertad impía
No cerquen bayonetas y puñales.
Cuarenta siglos de furor y males
Instruyan ¡ay! al hombre.
La santa religión su voz anime,
Y fulminando el iracundo Marte,
Despliegue triunfadora el estandarte
De tolerancia y de moral sublime;
Y en sus ejes eternos afirmado
Con reposo profundo,
Goce justicia y paz el justo mundo.

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡ Ay! ¡ así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...
Entre el orgullo y la flaqueza mía
Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿ qué digo? — Irrevocable suerte
También los astros á morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y á la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruina,
Á la futura eternidad ligada.

ÚLTIMOS VERSOS

¡ Oh Dios infinito! ¡ oh verbo increado
Por quien se crearon la tierra y el cielo
Y que hoy entre sombras de místico velo
Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro : en vano quieren sublevarse
Mi razón rebelde y cuatro sentidos,
De Dios el acento suena en mis oídos
Y Dios á los hombres no puede engañar.
Mi fe te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin;
Ó en aquel momento que arrancó á la tumba
Al huérfano joven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte
Y gimió de gozo la viuda en Naím.
¡Redentor divino! Mi alma te confiesa
En el sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas oculto, velado,
Víctima perenne de inefable amor.
Cual si te mirase sangriento, desnudo,
Herido, pendiente de clavos atroces
Morir entre angustias é insultos feroces
Entre convulsiones de horrendo dolor.
¡Señor de los cielos! ¡cómo te ofreciste
Á tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,
Que aun hoy te blasfeman ¡oh dulce Jesús!
Yo si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
Y humilde gimiendo mi parte reclamo
De la pura sangre que mana tu cruz.
¡Extiende benigno tu misericordia,
(La misma Dios bueno que usaste conmigo)
Á tanto infelice que es hoy tu enemigo
Y alumbra sus almas triunfante la fe!

Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas fiel desagraviarte...
¿Mas cómo lograrlo, ¡misero! podré?
Permite á lo menos que mi labio impuro
Una su voz débil á los sacros cantos
Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.
Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesús mio, la fe, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza,
Te adore sin velo, y goce de ti.

(1839.)

POESÍAS VARIAS

Á MI PADRE, EN SUS DÍAS

Cuando feliz tu familia
Se dispone, caro Padre,
Á solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo, el primero de tus hijos,
También primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso repito
Que tú de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educación el peso
Á cargo tuyo tomaste,
Y nunca á manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.
Amor á todos los hombres,
Temor á Dios me inspiraste,
Odio á la atroz tiranía
Y á las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos

Que por ti Fileno hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de los hijos amantes.
Puedas ver á tus biznietos
Poco á poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto
Inciertos y vacilantes,
Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Da á la virtud más realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos!... Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
Á mis ojos te engrandecen

Esos honrosos pesares,
Y si fueras más dichoso,
Me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
Oye al pueblo cual te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa :
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
Salud, bálsamo süave,
Y amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

(Noviembre de 1819.)

Á MI PADRE ENCANECIDO

EN LA FUERZA DE SU EDAD

Es el sepulcro puerta de otro mundo :
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos á su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh Padre! Bastaría
Tu dolor elocuente

Á demostrarla, y á fijar mi mente
En los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare,
Porque has obedecido
El acento del Dios que ha prometido
« Piedad y amor á quien piedad usare ».

Los pueblos te bendicen : ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan á sus torpes enemigos
La justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo;
Sí noble desventura...
— ¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura
No prueba, di, su inmediación al cielo...?

(1820.)

Á MI CABALLO

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado, arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.
Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.

Corrióse el velo : desengaño impío
El fin señala del delirio mío.
¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué la resta? — Tedio y amargura.
¡Este viento del sur...! ¡ay! me devora.
¡Si pudiera dormir...! En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.
¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil: y quizá benigno
Sobre la árida frente de tu dueño.
Sus desmayadas alas tienda el sueño.
Débate yo tan dulce refrigerio...
Mas otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad, y mi delirio
Al contemplar mis pies ensangrentados,
Y tus hijares ¡ay! despedazados.
Perdona mi furor : el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No guardes, no, la devorante espuela,
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

(1821.)

Á LOS GRIEGOS EN 1821

Jamás puede un tirano
La cadena cargar al pueblo fuerte
Que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
Ó sufre noble muerte.
¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
Vosotros lo decís! En el orgullo
De su inmenso poder jura Darío
Á torpe servidumbre someterlos,
Ó á la desolación : estremecida
Yace la tierra, y en silencio yerto
Aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,
É impávida resiste
Al furibundo asolador torrente,
Que en su valor el ímpetu quebranta.
¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste
De Milciades magnánimo la gloria;
Y luego en Salamina y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausanias,
Triunfan, y en Grecia truena
De libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
Cargarte el musulmán la vil cadena,
Que cuatro siglos mísera sufriste?
Raza degenerada,

¿No el nombre de Leónidas oíste?
¿Ó el despotismo audaz ha devorado
Las páginas de luz en que la historia
Consagra los recuerdos
De tu antigua virtud y de tu gloria?

Mirad como se acerca enfurecido
El segundo Mahomet, y precedido
Marcha de sangre y devorante fuego:
En vez de apercibirse á los combates,
¡Ved cuán pálido tiembla el débil griego!
¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto
Por Grecia desolada
Tiende la esclavitud, y el templo santo
Profana el musulmán con sus furores.
Europa consternada se estremece
Cuando la media luna destructora
Á Bizancio domina, y vencedora
Cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fué? ¿Dónde se ocultan
De la brillante Atenas
Y de la fiera Esparta y de Corinto
El pasado esplendor? Miseria, sangre,
Y muda esclavitud presenta sólo
Por cuatro siglos la moderna Grecia.
Sus vírgenes adornan el serrallo
De vil bajá: la hierba solitaria
Crece en el Partenón abandonado.
El viajero, en escombros reclinado,
En vano busca suspirando ahora
La patria de las ciencias y las artes,

De Roma y de la tierra la instructora.
¡Ay! todo pereció : su triste anhelo
Halla tan sólo de la Grecia antigua
El aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día,
Y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos
Que ha poco la olvidaban,
Ó en languidez imbécil suspiraban
Por el socorro infiel del extranjero.
Su genio majestoso,
El de Aristogiton y Harmodio fiero,
Deja la tumba, su radiosa frente
En el cabo de Ténaro levanta
Exclama *¡Libertad!* ardiendo en ira,
Esperanza y ardor al griego inspira,
Y al feroz musulmán hiela y espanta.
Los númenes antiguos
Se agitan bajo el mármol mutilado,
Que murmura confuso *¡Guerra! ¡Guerra!*
Cual se oye por los senos de la tierra
Vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida
De ¡Libertad! y ¡Gloria! y de ¡Venganza
Furibundos clamores :
Levántanse oprimidos y opresores,
Y ruge la matanza.
¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos
Hereden libertad! Con fuerte mano
La barbarie frenad de ese vil pueblo,
Crudo enemigo del linaje humano.

No invoquéis á los príncipes de Europa :
De su ambición en el furor celoso
Los esfuerzos de un pueblo generoso
Con ceño miran y rencor insano.
En un déspota ó rey ven un hermano,
Y es déspota el Sultán... Pero vosotros
Armados de valor y alta constancia
Sin ellos triunfaréis. Cuando los padres,
Al morir en el campo de batalla,
Á sus hijos encargan
Sangrienta herencia de venganza y gloria,
Aunque la lucha prolongarse puede,
Segura es la victoria.

Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído,
Cual sordo trueno en nube tempestuosa
Por los valles dilata su bramido?
¡Ved las sombras augustas de los héroes
Abandonar las tumbas do gemían
Su abandono fatal! Arma sus frentes
Profunda indignación : brillan sus ojos,
Bien como rayo entre tormenta umbría,
Y en sus diestras armadas
Resplandecen vibrando las espadas.

« ¡Imitadnos, » prorrumpen, ó « atrevidos
» Nuestra gloria eclipsad! La liza abierta,
» Os llama á combatir. La tiranía
» Por vuestros campos con aliento impuro
» De fuego y sangre verterá un torrente;
» Mas no olvidéis que secará la fuente
» Á un diluvio de lágrimas futuro.

» ¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria
» Y libertad os guarda la victoria;
» Y la derrota, esclavitud ó muerte.
» En vuestros jefes nuestro aliento fuerte
» Invisibles pondremos,
» Y á sus pasos do quier presidiremos. »

Y os inspiran, caudillos vengadores,
Que al griego conducís á los combates
De ardor sublime y esperanza lleno.
¡Magnánimo Ipsilanti!
¡Noble Cantacuzeno!
Haced la independencia de la Grecia,
Y haced su libertad. La Grecia libre
Supo arrostrar de Jerjes y Darío
El inmenso poder: la Grecia esclava
Al musulmán cedió... ¡Lección terrible,
Que aprovechar debéis! Europa entera
Y de la noble América los hijos
Guirnaldas tejen de laurel y rosas
Que os adornen las frentes generosas.
Vuestro puro patriótico ardimiento
Á nuestros nietos contará la historia,
Y en el augusto templo de la Gloria
De Wáshington á par tendréis asiento.

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
Fuego desolador va recorriendo,
Y el Eurotas sonante y el Pamiso
Escuchan retumbar en sus orillas
De áspera lid el tormentoso estruendo.
El grito *¡Libertad!* los aires llena,

Y el Bósforo agitado
Hasta Bizancio *¡Libertad!* resuena.

Del Sultán al mortífero decreto
Se lanzan los genízaros... Miradlos
Del griego vengador bajo la espada
Desparecer, como al furor del fuego
La hierba de los campos desecada.
Salamina repítese y Platea.
Mas ¿qué valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota
El torrente de bárbaros...? ¡Oh! vedlo
Cual se renueva sin cesar, y corre
Como el flujo feroz del Océano.
Violento, asolador, irresistible...
¡Oh ceguedad funesta, incomprensible,
De matar y morir por un tirano!

¿Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa
¿Cómo en vuestros oídos
No suenan los tremendos alaridos
Con que asordado el Bósforo retumba?
¡Oh! ¿Ser podéis fríamente espectadores
De la lucha de Grecia y sus horrores?
¿Esperáis de ese pueblo generoso
El exterminio...? Refrenad la furia
Del musulmán fanático, y lanzadlo,
A los desiertos de Asia, donde viva
Sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
Útil, noble, sagrada,
Aceptarán con gozo las naciones;
Del mundo excitaréis las bendiciones,
Y el culto de la Grecia libertada.

¡Ay! mis ojos ¡oh Grecia vengadora!
Tu gloria no verán. La muerte fiera
De mi edad en la dulce primavera,
Cual flor por el arado atropellada,
Va á despeñarme en la región sombría
Del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía!
Éstos serán los últimos acentos
Que haga salir de ti mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
Y en sus alas fogosas conducido
Vivo en el porvenir. Como un espectro
Del sepulcro en el borde suspendido,
Dirijo al cielo mi postrero voto
Porque triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro
Lanzar á los tiranos indignada,
Y á la alma Libertad servir de templo
Y al mundo escucho que feliz aplaude
Victoria tal y tan glorioso ejemplo.

(1821.)

CARÁCTER DE MI PADRE

Integer vitæ scelerisque purus.

HORAT.

Candorosa virtud meció su cuna,
Fióle Clío su pincel sagrado;
Su espada Temis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fué libre. De su frente pura
El ceño augusto fatigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido :
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
Él adoraba en vuestro altar augusto :
El polvo respetad de un hombre justo
Y una lágrima dad á su memoria.

(1822.)

EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.

¿Al toro no miráis? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos :
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día...
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestoso...
¡Gigante de los aires te saludo...!
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de su parda vestidura...
¡Ved...! ¡en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal...! ¡Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado...!
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas

Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda al cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada
Cae á torrentes, oscurece al mundo,
Y todo es confusión, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estáis...? Os busco en vano:
Desparecisteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir...? Yo en ti me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz; siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

(Setiembre de 1822.)

NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz...! Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador : disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte : siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé : vi al Oceano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas,
Vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo : mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados :
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua : vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro

Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano,
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín : á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad el lamentable abismo

Á los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad...! ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi faz, marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla mis amantes brazos....
Delirios de virtud... ¡Ay! ¡Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

(Junio de 1824.)

LORD BYRON

Con dulce llanto bañarán gimiendo
El yerto corazón de Chiide-Hárold
Las vírgenes de Grecia. Su cadáver
Descansará en su patria, circundado
Por los huesos de sabios y de fuertes.
Del tiempo al curso volorá ligado
Su canto vencedor, mientras la fama
Contará su ardimiento generoso
En socorrer el suelo más hermoso
Que alumbra el sol; y la piedad augusta
Cubrirá lo demás con velo eterno.

Á WÁSHINGTON

Escrita en Monte Vernón

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu patria
Y en la veneración del universo.
Viva imagen de Dios sobre la tierra,
Libertador, legislador y justo,
Wáshington inmortal, oye benigno
El débil canto, de tu gloria indigno,
Con que voy á ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
Á la voz de la patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria,
Y como Jove en el Olimpo armado
Á la suerte mandar y á la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Boston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para extirpar el nombre americano.
Tú, sin baldón, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
Á tu gloria la patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Aníbal contemplaron
Con inmutable frente.
Y la invasión rugiente
Á la púnica playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hielo
Ofreció á tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada
Es por último en York, y su caudillo
Rinde á tus pies la poderosa espada.
El universo atónito saluda
Á la triunfante América, y te adora,
Mientras que la metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldón devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,

El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.

Alzado á la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Regir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la Fama en el templo,
Y á la virtud, con inmortal ejemplo,
La fe del universo conservaste.

Cuando en noble retiro,
De oro y de crimen y ambición ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto y entre libres libre.
¡Oh Pótomac! del orgulloso Tibre
No envidies, no, la delincuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada
Vuelve la patria del peligro al día,
Y en unánime voto al héroe fía
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven á ornar su venerable frente...
Más ¡ay! despareció, volando al cielo,

Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en Occidente.

¡Oh Wáshington! Protegen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tu respirabas.
Paz y santa virtud al pecho inspira.

En la tumba modesta,
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol, ni centella el oro,
Ni entallado laurel, ni palmas veo.
¿Para qué, si es un mundo
Á tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
Por tu genio creador lo miro alzado
Hasta la cumbre de moral grandeza.
Potente y con virtud; libre y tranquilo;
Esclavo de las leyes;
Del universo asilo;
Asombro de naciones y de reyes.

(1824.)

AL COMETA DE 1825

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
Á que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
Ó una funesta rebelión te lanza
Á ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas
Y tan cerca del sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
Á su vasta atracción ceder te ordene
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.

Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo al contemplarte ledo,
Elévome al Creador; mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan sólo ahora
En mi alma dejas impresión profunda.
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes días,
Á mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo (1).

El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del destino se abra
Una sangrienta página de ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruidos,
Llevarán el terror á otro sistema...

(1) Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

Tente, Musa, respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, Cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

HIMNO AL SOL

ESCRITO EN EL OCÉANO

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Ven: al bronco rugir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el oriente,
Y la sombra se acoge á occidente
Y á las nubes lejanas del sur:
Y del este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedla ya!... Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre : tu fuego
Poderoso renueva este mundo :
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.
Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos.
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras : tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son á tu noble poder.
Aun el mar te obedece : sus campos
Abandona huracán inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas,
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.
Tuyas son las cavernas profundas,

De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.
Cuando el éter dominas. y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno desciendes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al autor de tu vida y la mía,
Al Señor de los cielos y el mar.
Alma eterna, do quiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

Á su inmensa grandeza me humillo:
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.
¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error,

(1825.)

EN LA REPRESENTACIÓN DE « OSCAR »

De un amor delincuente devorado
El infeliz Oscar se agita y gime.
¡Ay! sus combates y dolor sublime
¿Quién podrá contemplar con pecho helado?
Vedle temblar y reprimirse al lado
De Malvina, y volar á los desiertos
Á ocultar su vergüenza y sus furores.
Le es insufrible de Morven la estancia,
Do ve á Malvina y dobla su tormento :
« ¿Á qué apurar con importuno acento
Su ya débil y lánguida constancia? »
¡Oh! dejadle morir : ¡la tumba sola
Puede apagar la inextinguible hoguera
De tan funesto amor!... Ya no resiste,
Y enfurecido y ciego
Su espantosa pasión revela el triste.

Y Dermidio, su amigo... ¡su asesino!
Lleva á sus labios áridos la copa
De pérfido placer; mas al instante
Se la arrebata... Su alma delirante
Por el mortal veneno
De amor celoso gime contrastada :
Provoca, lidia, y la fatal espada
Del amigo infeliz clava en el seno.

Víctima infausta del feroz delirio
Vagar le miro luego
Por la fúnebre selva. Todo calla :
Le cercan los sepulcros silenciosos :
« ¡ Salvadme ! » grita, « y oponed piadosos
Entre el crimen y Oscar una muralla... »
¡ Vano anhelar !... Las manos homicidas
Tiene empapadas del amigo en sangre,
Y le sigue do quier su sombra yerta :
Para colmo de horror cobra el sentido ;
Ve su crimen atroz, y confundido
Se hunde en la tumba que le aguarda abierta.

¡ Oscar ! ¡ Mísero Oscar ! ¡ Ah ! yo no ignoro
Lo que es una pasión desesperada,
Y en torno miro de la frente amada
Los tristes rayos del poder y el oro.
¡ Oh ! ¡ cuánto es duro en la abrasada frente
Fingir serenidad, ahogar el llanto,
Y en lucha eterna y en dolor eterno
Agitarse y gemir !... ¡ Ay ! fatigada
Advierto mi razón, y bien conozco
Que turbándose va. — Mísero Taso,
¡ Seré tal vez tu igual en desventura,
Pero en gloria jamás !... ¡ Ay ! mi locura
Me arrastra... ¿ Dó fué Oscar ?...

Garay, mi amigo,
Sublime actor, Melpómene severa
Te presta su puñal : con mano fiera
Víbralo tú, y en poderoso encanto
Al pueblo estremecido que te admira

Con tu talento irresistible inspira
Terror profundo, compasión y llanto.

(1826.)

Á LA SEÑORA MARÍA PAUTRET

Hija de la beldad, ninfa divina,
¿Cuál es el alma helada
Que al girar de tu planta delicada
No se embriaga en placer? La orquesta suena,
Y al compás de sus ecos presurosos,
De florida beldad y gracias llena
Te lanzas tú veloz... ¡Oh! ¿quién podría
Tu elegancia, viveza inimitable
Y tu hechizo pintar? La lira mía
No expresa el vivo ardor que mi alma siente;
La arrojo despechado...
El pecho que palpita contrastado
Es en su agitación más elocuente.
¡Ninfa del Betis claro! Si en los días
De la Grecia feliz brillado hubieras
Más espléndido triunfo consiguieras.
El pueblo enajenado,
Al verte de ese cuerpo regalado
En el baile ostentar las formas bellas,
Que llaman ¡ay! los besos y caricias,
La Musa de la danza te juzgara,
Y su incienso quemara

En tus altares de oro. Sus delicias
Fueras y su deidad.

Cuando serena,
Vuelas girando, como el aura leve,
¡Cuál me arrebatas!... Trémulo, suspenso,
Me embriaga la sonrisa
De tu rosada boca,
Que al dulce beso del amor provoca;
Y estático, embebido,
Cuando tiendes los brazos delicados,
Mostrando los tesoros de tu seno,
Mis infortunios, mi penar, olvido,
Y en el soberbio techo estremecido
De aplauso universal retumba el trueno.

Óyelo, goza, y en tu gloria pura
El galardón de tu talento hermoso,
Grata recibe. Méjico te aclama
Hermana de Tersícore sublime,
Y su delicia y su deidad te llama.
De la danza fugaz reina y señora,
El himno escucha que mi voz te canta:
Vuela, Ninfa gentil, vuela y encanta
Al pueblo que te aplaude y que te adora.

(1826.)

NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera :
Salvóla Bonaparte : lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló á su voz Europa consternada :
Reyes la dispensó con faz severa;
En Moscow, en Madrid su águila fiera
En Roma y Viena y en Berlín vió alzada.

¿Cómo cayó?... Vencido, abandonado,
En un peñasco silencioso expira
Dando ejemplo á los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su genio admira :
¡No hay opresión por fuerte irresistible!

Á DON DIEGO MARÍA GARAY

EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO

Cónsul, libertador, padre de Roma,
¿Por qué nubla el dolor tu adusta frente,

Y, en vano reprimido, llanto ardiente
Á tus cargados párpados asoma?

Lanza discordia su funesta poma,
Y ansian tus hijos con furor demente
Que Tarquino feroz rija insolente
Al pueblo rey, que á los tiranos doma.

Dictas fallo de muerte : el pueblo gime
Entre piedad y horror... Con faz umbría
El alma cubres de tormento llena...

— Tal respiraba en ti, Garay sublime,
Bruto, y fiero, terrible, parecia
El Dios que airado en el Olimpo truena,

ROMA

Envuelta en sangre y pavoroso estrago
Combate Roma con feroz anhelo :
Llena el mundo su nombre, sube al cielo.
Y las naciones tiemblan á su amago.

Su águila fiera por el aire vago
Hiende las nubes con ardiente vuelo,
Y apenas mira en el distante suelo
Las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable,
Y Sila vengador y César fuerte
Huellan del orbe á la infeliz señora.

Y otros... ¡Oh Roma grande y miserable
Que ansiando lauros y poder de muerte,
No supo ser de sí reguladora!

CATÓN

De Roma esclava defensor augusto,
De Utica en la ribera miserable
Opónese Catón inexorable
Á César vencedor y Jove injusto.

Ajeno de furor, libre de susto,
Contempla su destino inevitable:
De la tierra el señor bríndale afable
Su favor y amistad; mas él, adusto,

« Desprecio », clama, « tu piedad. Mi vida
» Al hado vil justificar pudiera
» Que tu ambición y crímenes corona ».

Dice, rasga su pecho: por la herida
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver á César abandona.

SÓCRATES

¡No, jueces, condenéis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante!...
¡Cielo!... el vil Melito ya triunfante
La venganza logró por que suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,
Él se demuda, y con igual semblante
Apurando el veneno devorante,
En brazos de Platón el sabio expira.

Presto remordimientos dolorosos
Atenas siente, y su crueldad gimiendo
Maldice, y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos
Á la virtud sagrada, persiguiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

En los climas brillantes do natura
Más pródiga derrama sus tesoros,
Habitaban los indios ignorados;
Y eternamente en derredor ceñido
Por Océano profundo,
Ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado
Lo buscaba Colón. Embebecido,
Meditaba en su gloria venidera,
Mientras del este rápido impelida,
De destinos preñada,
Iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros
Va creciendo el pavor. Un mar furioso.
Navegado jamás, de mil terrores
Llena su atormentada fantasía.
Uno, el más atrevido,
Les habla así con tono dolorido :

« ¡Compañeros de afán! Cuarenta veces
Hizo girar el sol, sin que veamos
Las costas de la tierra codiciada
Que nos anuncia el infeliz piloto,
Á quien ciegos creímos,
Cuando anhelantes por el mar partimos.

» En vez de las riquezas y la gloria
Con que nos halagó su falsa lengua,
Vemos muerte do quier. ¡Míseros! nunca
Gozaréis las caricias filïales,
Ni en languidez dichosa
El dulce beso de la casta esposa.

» Do quiera vuelvo en derredor los ojos,
El horizonte vago recorriendo,
Encuentra sólo mi turbada vista...

De tempestades hórridas cargado
Un cielo triste y denso,
Y en este oscuro mar sepulcro inmenso.

» Nunca, nunca la altura en que vagamos
Miró ningún mortal. Ved cuál se turba
Ya trémulo el imán, y vacilando
Á tanta inmensidad, nos abandona
Bajo este ardiente cielo
Á errar sin esperanza ni consuelo.

» Y al cabo á perecer. Hambre rabiosa,
Sobre nosotros lanzaráse presto
Á finar en tormentos nuestra vida,
Si antes no hallamos muerte menos dura
En escollos clavados,
Ó del fuego celeste fulminados.

» Y ¿os obstináis en ceguedad funesta,
Sordos ¡ay! á la voz del desengaño?
¡Vil seductor! ¿Á su codicia insana
Nos hemos de inmolar? Alzad, amigos,
Y la muerte evitemos,
Y á la patria dulcísima tornemos. »

Dice, le aplauden, y sonando el eco
Revuelve por el aire y Océano
El extraño clamor, mientra en la popa,
El cobarde murmurio despreciando
De la chusma impaciente,
Alza Colón imperturbable frente.

CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.
En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede agitar.

Ninguna brisa
Lleva las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.
En el oriente
Débil meteoro
Brilla y disípase
Leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna
Y en torno la ciñe
Corona de luz.
El brillo sereno
Argenta las nubes,
Quitando á la noche
Su pardo capuz.

Y las estrellas,
Cual puntos de oro,
En todo el cielo
Vense brillar.
Como un reflejo
Terso, bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.

La calma profunda
De aire, mar y cielo,
Al ánimo inspira
Dulce meditar.
Angustias y afanes
De la triste vida,
Mi llagado pecho
Quiere descansar.

Astros eternos,
Lámparas dignas,
Que ornáis el templo
Del Hacedor;
Sedme la imagen
De su grandeza,
Que lleve al ánima
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara,
Á seguir tu derrota disponte,
Que en el puro lejano horizonte
Se levanta la brisa del sur:
Y la zona que oscura lo ciñe,

Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende
Muy más bello parece el azul.

(1830.)

AL SOL

Yo te amo, Sol : tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del oriente asomas,
Siempre te saludé. Cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata,
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo;
Y me abandono á mil cavilaciones
De inefable dulzura
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio
Sólo de vicios y maldad ansioso,
Rara vez alza á ti su faz ingrata.
Tras el festin nocturno crapuloso
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende,
Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
Á admirar y gozar, yo lo desprecio;

Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.

¡Oh! ¡cuánto en el Anáhuac
Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
Mirábase encorvado
Hacia la tumba oscura.
En el invierno rígido, inclemente,
Me viste, al contemplar tu tibio rayo,
Triste acordarme del fulgor de mayo,
Y alzar á ti la moribunda frente.
« ¡Dadme », clamaba, « dadme un sol de fuego,
» Y bajo el agua, sombras y verdura,
« Y me veréis feliz...! Tú, Sol, tú solo
Mi vida conservaste : mis dolores
Cual humo al aquilón desparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.

¡Mi patria...! ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba
Á quién debe su gloria,
Á quién su eterna virginal belleza?
Sólo á tu amor. Del capricornio al cáncer
En giro eterno recorriendo el centro,
Jamás de ella te apartas, y á tus ojos
De cocoteros cúbrese y de palmas,
Y naranjos preciosos, cuya pompa
Nunca destroza el inclemente hielo.
Tus rayos en sus vegas
Desenvuelven los lirios y las rosas,
Maduran la más dulce de las plantas,
Y del café las sales deliciosas.

Cuando en tu ardor vivífico la viertes
Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas á veces también por nuestras cumbres
Truena la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruge el rayo impaciente,
Estalla, luce, hiere y un diluvio
De viento, agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el caos
Amenaza tornar... Mas no, que lanzas
¡Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
La confusión de nubes y á la tierra
Llega á dar esperanza. Ella con ansia
Le recibe, sonríe, y rebramando
Huye ante ti la tempestad. Más puro
Centella tu ancho disco en occidente.
Respira el mundo paz : bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la creación! Cuando el Eterno
Del primitivo caos
Con imperiosa voz sacó la tierra,
¿Qué fué sin tu presencia? Yermo triste
Do inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad... Empero
La voz omnipotente

Dijo : *¡Enciéndase el Sol!* y te encendiste,
Y brotaste la luz, que en raudo vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,
Se animó la creación estremecida!
La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores
Á una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su germen inmortal desenvolvieron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
Te obedecen también : raudos giraban
Sin órbita ni centro
Del éter en las vastas soledades.
El Creador soberano sugetólos
Á tu poder, y les pusiste rienda,
Á tu fuerte atracción los enlazaste,
Y en derredor de ti los obligaste
Á que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres sólo
Criatura como yo, y estrella débil,
(Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes), en presencia
De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
Omniscio, omnipotente, dirigiendo

Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazón del universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
Ya con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira;
Gloria del universo,
Del empíreo señor, padre del día,
¡Sol! oye : si mi mente
Alta revelación no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
Á ti, rey de los astros, adorara.

Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar; así en el Cuzco
Los Incas y su pueblo te acataban.
¡Los Incas! ¿Quién, al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar...? Sencillo y puro,
De sus criaturas en la más sublime
Adorando al autor del universo
Aquel pueblo de hermanos,
Alzaba á ti sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
Á tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente
Como pálida mies gemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza ó favor á ti se alzaban :

Tú los desatendías,
Y tu carrera eterna proseguías,
Y sangrientos y yertos expiraban.

(1830.)

AL ARCO IRIS

Arco sublime de triunfo,
Que adornas el vasto cielo,
Cuando su confuso velo
Recoge la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mía
La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
De mi ninez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame á contemplar;
Y estación te imaginaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos
Explicar tu forma bella,
Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?

En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en ti.

Cuando á natura la ciencia
Quita el misterioso encanto,
¡Cuánto disminuye, cuánto
El brillo de su beldad!
¡Cuál ceden á yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
¡Cuán plácidas ilusiones
Miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo Omnipotente
Nos revela, arco divino,
Tu origen y tu destino
Con su palabra inmortal.
Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano padre del mundo
Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre á su hijo alzaba
Á ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso
Y aroma puro la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
Sereno brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás :
Que Dios, fiel á su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que á la tierra dió paz.

De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la mágica voz.
Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

Á LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

¡Escollo vencedor del tiempo cano,
Isla en el mar oscuro del olvido,
Misterio entre misterios distinguido,
De un inmenso arenal gran meridiano!

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y ponderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolación trono estupendo!

¡En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fué con la futura:
La voz de lo pasado en ti murmura,
De una tierra ya muda, escombro vano!

¡Qué triunfos! ¡qué desastres! ¡qué mudanzas,
Has presenciado! ¡cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre!...
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado:
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el abismo mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia.
Tal vez su polvo, que arrebata el viento,
Empaña el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, á un punto reducida
Do te acercas al cielo — ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,
Y su esperanza en polvo convertida?...

Cuando tu incierto origen indagamos,
Escribe en ti, cual en funérea losa,
El irónico tiempo— « Obra gloriosa
De monarca potente — que ignoramos. »

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Al brillar la razón á su alma pura,
Miró los males del doliente suelo :
Gimió ; y los ojos revolviendo al cielo,
Voló buscando perenal ventura.

Á SILA

Triunfante Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas giró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fué tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipión : su pueblo ingrato
Demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro
El senado magnífico de reyes
Que al orbe sometido impuso leyes,
Prostituyó el poder, vendióse al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,
Capaz de esclavitud, no de obediencia,

Enmudeció temblando en tu presencia
Á fuerza de furor y proscripciones.

No fuiste vil por opresor : en vano
Quisieras libertad : sólo veías
Crimen y esclavos. — En tan negros días
Yo hubiera sido como tú tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
Más que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz á Roma oprime,
La liberta tu esfuerzo generoso :
Tú no faltaste á tu valor glorioso,
Faltó tu siglo á tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira.
Y á los ojos del mundo que te admira
Aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre á los romanos
Saludable lección. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombre
Á facciosos, cobardes y tiranos.

MUERTE DEL TORO

FRAGMENTO DESCRIPTIVO

Al clavar de los dardos inflamados
Y agitación frenética del toro,
La multitud atónita se embebe,
Como en el circo la romana plebe
Atenta reprobaba ó aplaudía
El gesto, el ademán y la mirada
Con que sobre la arena ensangrentada
El moribundo gladiador caía.

Suana el clarín, y del sangriento drama
Se abre el acto final, cuando á la arena
Desciende el matador, y al fiero bruto
Osado llama, y su furor provoca.
Él, arrojando espuma por la boca,
Con la vista devórale, y el suelo
Hiere con duro pie; su ardiente cola
Azota los hijares y bramando
Se precipita... El matador sereno
Ágil se esquiva, y el agudo estoque
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro, y su bramido expresa
Dolor, profunda rabia y agonía.
En vana lucha con la muerte impía,
Quiere vengarse aún; pero la fuerza

Con la caliente sangre, que derrama
En gruesos borbotones, le abandona,
Y entre el dolor frenético y la ira,
Vacila, cae, y rebramando expira.

Sin honor el cadáver arrastrado
En bárbaro triunfo : yertos, flojos,
Vagan los fuertes pies, turbios los ojos
En que ha un momento centellar se vía
Tal ardimiento, fuerza y energía,
Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello, que tal vez bajo el arado
Era de alguna rústica familia
Útil sostenedor. — En tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña.
¡Espectáculo atroz, mengua de España!

AL RETRATO DE MI MADRE

Es ella, sí : la venerada frente
Que adoró mi niñez, de nuevo miro
Con profunda emoción, aunque las huellas
Del tiempo y del dolor tiene grabadas.
He aquí los ojos que mi débil cuna
Estáticos velaban, y los labios
Que con tierno cariño tantas veces
En mi pálida frente deponían
El santo beso maternal... Imagen

De la madre mejor y más amada,
Ven á mis labios, á mi ardiente seno,
Y recibe las lágrimas que brotan
Mis ojos mustios; llanto de ternura
Y acaso de fatal remordimiento.
Sí, madre idolatrada : tus amores,
Tu anhelo por mi bien infatigable,
Y tus lecciones de virtud sencilla
Desatendí frenético... ¿ Qué pago
Recibiste de mí? Dolor y luto.
Precipité mis pasos imprudentes
Tras el glorioso, espléndido fantasma
De inaccesible libertad. La ira
De celoso poder me hizo blanco,
Y fulminó tremenda. ¡ Cuántas noches
Cuando los ojos de llorar cansados
Cerrabas, te mostró la fantasía
Mi sangriento patíbulo! Mi fuga,
Y una separación tal vez eterna,
Calmaron tu terror, no tus pesares.
¡ Qué lágrimas ansiosas, de amargura.
Te habrá tu primogénito costado;
Prófugo, errante en extranjeros climas,
Donde sentaron su fatal imperio
Feroces odios, ambición tirana,
Y fratricida, bárbara discordia!

Y yo, madre, también tu triste ausencia
Lamento inconsolable. Los prestigios
De mísero poder ó fútil gloria
No me embriagaron, ni del pecho ansioso
Borrar pudieron tu sagrada imagen.
De Temis en el templo venerando,

En la silla curul á que fortuna
Elevóme después; en el peligro
Y excitación de bélico tumulto;
Entre los brazos de adorada esposa
Ó las tiernas caricias de mis hijos,
Recordé tus amores, y brotaba
De mis ardientes labios el suspiro.
Tres años ha que por la vez primera
Desde el trono español se pronunciaron
Los dulces ecos de la paz y olvido.
¡Oh! cómo palpité... La fantasia
En mágica ilusión mostróme abiertos
Los campos deliciosos de mi Cuba,
Y entre sus cocoteros y sus palmas,
Al margen de los plácidos arroyos,
Con mi familia cara y mis amigos
Me hizo vagar. Al agitado pecho
Pensé estrechar á las hermanas mías,
Á mi madre inundar en llanto dulce
De inefable ternura, y en su seno
Deponer á mis hijos... ¡Mas sañudo
Arbitrario poder frustró mis votos :
Que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
De viles siervos abatida sierva,
No es dado el hacer bien ni al mismo trono
Cuyo querer eluden los caprichos
De sátrapa insolente!... Se arrastraron
Dos lustros y dos años dolorosos
De expatriación, de lágrimas y luto,
Y en los hispanos pechos implacable
Arde vivo el rencor...
Mas, á despecho

Del odio suspicaz y la venganza,
Yo, madre, te veré. Cuando benigna
Primavera genial restaure al mundo,
Las turbulentas olas del océano
Hendiremos los dos y venturosos
Del Hudson en las fértiles orillas
Te abrazaré. Tu imagen venerada
Será entretanto mi mayor consuelo.
Mostrándola á mis hijos cada día,
Enseñaréles con afán piadoso
Á que te amen, respeten y bendigan,
Y oren por ti sus inocentes labios.
Ella en este desierto de la vida
Será para mis ojos vacilantes
Astro sublime de virtud. Al verla,
Tus augustos consejos recordando,
Fiel les seré, y á Dios enardecido
Elevaré mis inocentes votos
Porque á tus brazos me conduzca. Sea
Báculo á tu vejez tu primer hijo,
Y en asilo rural, feliz, oscuro,
Te haga olvidar las anteriores penas
Con amantes cuidados y caricias.
Aquesto y nada más demando al cielo.

(Enero 1836.)

AL OCÉANO

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!

¡Otra vez en el mar!... Dulce á mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! felice torno á saludarte
Tras once años de mortal ausencia.

¡Salve otra vez! Á tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
Á las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

Me oyes, ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate : la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y cual flecha del arco despedida,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma
Ante el fiero aquilón que la arrebata
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento :
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Y a cual mágica luz brillar la siento :
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno :
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes.
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes, —
Ya sordas á tu voz la brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.

¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo,
Los ricos dones desplegó que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera? — Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que en nubes condensados,
Y, por el viento alígero llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte, ó Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen;
Cuando en tu vasto y refúlgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
Á cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino

Desde la edad primera :
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste á mi culto noble objeto.
Hoy á tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en dichoso olvido
Me deja respirar. — Dulce á mi oído,
Es tu solemne música, Oceano.

1836.

POESÍAS PATRIÓTICAS

ESPAÑA LIBRE(1)

ODA

¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!
QUINTANA.

Á DON EMILIO RODRÍGUEZ.

Querido amigo: la bella oda de usted á la « Libertad española » me animó á componer ésta, en que me he permitido algunas imitaciones de la suya. Recíbala usted como una prueba de la amistad que le profesa Heredia y de su exaltado amor á la libertad. *¡Podamos un dia ofrecer á la patria servicios reales en lugar de empalagosos y estériles himnos!*

J. M. HEREDIA.

¿Y en vano fuera la constancia heroica
Con que el pueblo español rompió valiente
El yugo atroz del pérfido tirano

(1) Esta poesía se publicó en el *Indicador Constitucional*, diario de la Habana de 16 de agosto de 1820, con este mote: *Malo periculosam libertatem quam quictum servitium.*

Que dominara la francesa gente?
Inútil fué; que su nefanda mano
Extendiendo do quier el despotismo
Cargóla odioso yugo,
Más horrendo y pesado que aquel mismo
Que tantos sacrificios la costaron.
¿Por qué de Iberia el galo fué lanzado?
¿Á dó está, pues, el fruto
De tanta ibera sangre derramada,
De tan hondo dolor, de tanto luto?
Tras la lucha gloriosa y dilatada
Que al francés humilló y admiró al mundo,
Tan sólo esclavitud, sólo cadena,
Desaliento no más, miseria fiera,
Terror, espanto, inconsolable pena,
Por su inmenso dominio Iberia viera.

¡Ignominia fatal! ya conmovido
Arde mi corazón en viva saña.
¿Quién el bárbaro fué, mísera España,
Que á extremo tan fatal te ha reducido?
¿Fué de la Libia despiadada fiera
La que así destrozó tu seno hermoso,
La que ajó tu beldad de esa manera?
No, que tus hijos fueron
Los que anhelando por mandarte esclava
La cadena execranda te pusieron,
El yugo ignominioso te cargaron.
Ellos, ellos sacrílegos osaron
La faz velar al cándido monarca,
Y persuadirle impíos
Á desechar el libro sacrosanto

De la alma libertad, y á sumergirte
En cruda esclavitud, en hondo llanto.

¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡oh patria mía!
¿Eres la misma acaso que algún día
Tu nombre excelso en alas de tu gloria
De polo á polo resonar hiciste?
¿La que tras sí arrastrara la victoria?
¿La que á tus leyes fuertes sometiste
Al árabe feroz, al italiano,
De Lusitania á los valientes hijos,
Al bátavo, al francés, al otomano,
De la Europa terror, al orbe asombro?
¿La que juzgando del orbe conocido
Estrecho campo á tan excelsa gloria,
Lanzaste audaz al piélago profundo
Á tus hijos heroicos y con ellos
Buscaste á tus victorias nuevo mundo?
¿Eres la misma? ¡Oh Dios! ¿pues cómo ahora
Sufres callada la fatal cadena
Que aja tu gloria, que tu honor desdora?
¿Pues cómo sufres que tus nobles hijos
Que de un divino fuego arrebatados
Romper quisieron tu ominoso yugo
Se miren al suplicio condenados?

Sombras de Lacy y de Porlier augustas,
Yo os saludo humildoso. Héroes sublimes,
Víctimas generosas
De la patria en las aras inmoladas,
Negra y eterna mancha á nuestro siglo
Vuestra muerte imprimió. Yo os vi indignado

Al cadalso subir que entonces diera
Á España oprobio y á vosotros gloria.
¡Cuánta es digna de envidia vuestra suerte!
El morir por la patria es bella muerte,
Muerte que eterna hará vuestra memoria.
Vertiendo aún llanto le afligida Iberia
Por sus hijos que nobles sucumbieron
Del galo atroz á la fatal cuchilla
Por libertarla de un tirano odioso,
Os tuve que llorar. Ambos quisisteis
Heroicos libertarla
De un yugo más atroz, más ominoso.
¡Oh! si el cielo me diera
Trocar por vuestra muerte mi existencia
Al seno de la tumba descendiera
Lleno de honor : entonces
Mi inútil vida por vosotros dando,
Á la adorada patria serviría
Conforme á mi anhelar y mi deseo.
¿Qué puedo yo servirla, débil joven?
Contrario el alto cielo al ansia mía
Las fuerzas me negó. Nunca mi brazo
Su gloria sostendrá, nunca mi mente
Podrá con el consejo dirigirla,
Cual vosotros lo hicierais noblemente.

¿Y eterna habrá de ser la vil cadena?
¿Y ya por siempre gemirá la patria
De angustia y llanto y de terrores llena?
No, que el grande Quiroga valeroso
De entre la humillación la frente alzando,
Dijera : — « Nunca sea

» Que eternamente sollozar se vea
» La madre pátria con vileza tanta :
» Cobre su libertad por mano mia
» Ó muera yo en sus aras inmolado. »
Dijo, y lanzando firme y denodado
El grito que á los déspotas espanta,
Clamara *¡ Libertad !* Nombre divino
Siempre seguido de ventura y gloria,
Vencedor de la suerte y del destino,
Seguro precursor de la victoria.
Loor eterno á los héroes generosos,
Que las frentes al cielo
Con gloria inmensa y con placer alzaron,
Y despreciando nobles
Del despotismo atroz la negra saña,
El grito heroico con valor lanzaron,
El grito heroico : *¡ Libertad á España !*

¡ Libertad ! ¡ libertad ! Eco grandioso,
¿ Conque torno á escucharte ? ¿ Conque en vano
Ahogarte quiso el fanatismo odioso,
Quiso callarte el despotismo insano ?
¡ Libertad ! ¡ Libertad ! himnos sonoros
Á los héroes que firmes nos la dieron :
Himnos, cantos sin fin : su noble frente
Ciña lauro inmortal de excelsa gloria,
Y á par de tan inmenso beneficio
Viva eterna en los siglos su memoria.

Al sagrado clamor el león de España,
El letargo dejando en que yacia
Sañudo se alza á vindicar su afrenta.

Al contemplar su vengadora saña
Se estremeció la infanda tiranía;
Á la voz de Quiroga y de sus fuertes
Se agitan orgullosos los iberos,
Y claman *¡Libertad!* Aquesos gritos
Que la soberbia gálica humillaron,
Llenarán de terror á los perversos
Que á la infelice patria encadenaron.
Nada, nada temáis, guerreros libres:
Huirán cobardes al aspecto vuestro,
Que nunca fué valiente el vil esclavo.
¿Cuándo fué dado á la raposa infame
Del león grandioso sostener la vista?
Corred, héroes, volad: á vuestro impulso
Los tiranos perezcan... Mas ¿qué miro?
¿Qué iris de paz hermosa
Torna en un punto á la agitada Iberia
El contento y la calma! Él es; el mismo (1)
Que á la patria librara con su esfuerzo
De verse sometida al galo horrible,
El que hora la arranca
Á otro yugo cruel, más insufrible.
Él es quien ha rasgado
Con mano heroica la execrable venda
Que los ojos cubría
Al monarca inocente, que asombrado,
De su anterior conducta arrepentido,
Exclama *¡Libertad!* entusiasmado.
Le bendicen, Fernando repitiendo,
Y con cien bocas la volante fama

(1) El Excmo. señor don Francisco Ballesteros.

La inmensa trompa con furor hinchando
¡Libertad! ¡libertad! girando clama.

Y aquesta aclamación noble y sagrada
Derramando do quier contento y vida,
De la fama en las alas conducida
Suena en Asia y América preciada,
Y do quier que se adora el nombre ibero :
La Habana fué quien la aclamó primero.
¡Gloria eterna á mi patria! ¡Honor al suelo
Que me viera nacer! Honor á Ponce,
Á Miralla, Valdés, Madrid y Tanco,
Que sus glorias alzando al alto cielo
De O-Dail, Quiroga y de Giral y Riego
Las ínclitas hazañas celebraron,
Y arrebatados de divino fuego
Con entusiasmo *¡Libertad!* clamaron.
¿Dónde el terror está? ¿Dó la cadena?
¿Dó los tiranos?... Vedlos asombrados,
Sumidos en despecho y cruda pena
Su castigo temblar. ¡Oh! sosegaos;
La libertad pretende
Haceros conocer en este día
Que si sabe vencer, perdonar sabe :
Confúndaos solamente á la vergüenza
Si en almas viles la vergüenza cabe.
Sí, que cobró su libertad Iberia
Sin llanto ni desgracias. Salve, ¡oh pueblo!
Digno mil veces de gozarte libre.
Tu magnanimidad admire el Orbe;
Y nuestra libertad y nuestra gloria,
No con sangre ni llanto lastimero,

Con letras de oro pintará la historia.
Sombras de Lacy y de Porlier augustas,
Alzad de gloria y de placer cubiertas,
Dejad el fondo de las tumbas yertas;
Libre la patria está... Vedlos alzarse
Y el perdón demandar de sus verdugos.
« Tendedles, dicen, amigable mano,
» Y reconozcan la distancia inmensa
» Que hay entre el hombre libre y el tirano. »
Sí, engañados hermanos; ved la patria
Que os llama así, llegad, es madre tierna,
Y así perdona los errores vuestros :
Llegad, que sólo anhela
Unirnos estrechados á su seno,
Para vosotros de clemencia heroica,
Para nosotros de ternura lleno.
En ademán afable y majestuoso
Os ofrece los brazos desarmados,
Porque sobre nosotros ya hermanados
Tienda la libertad su cetro hermoso.

Gloria, *Fernando*, á vos, que generoso
Los consejos infames desechasteis,
Y el libro santo con placer jurasteis
Do nuestra dicha y libertad se encierra.
Gloria, gloria á vosotros,
Honor eterno de la hispana tierra,
Cuya cadena odiosa
Vuestro valor rompiera.
¡ Gloria eterna á vosotros! ¿Quién me diera
Del cantor de Guzmán y de Padilla, (1)

(1) Quintana.

El acento inmortal? ¡Oh! cómo entonces
Resonando en el cielo la voz mía,
Los altos hechos, las hazañas vuestras
De un polo al otro polo extendería.
¡Gloria á O-Dail, á Giral, al fuerte Riego
Y á Quiroga inmortal! ¡Héroe grandioso,
Honor eterno á ti! Gozoso escucha
Por toda Iberia bendecir tu nombre :
Gózate en su placer ¡oh! qué ventura
Poder decir con generoso orgullo :
« Si libre es ya la patria,
» Si la patria es feliz, á mí lo debe. »
Mira á la historia con su recta mano
Mostrar el cuadro de los grandes hombres,
Y al mismo tiempo señalar gozosa
El nombre de Quiroga entre sus nombres.
Á vosotros honor, hijos de Marte,
Que vindicasteis nobles el decoro
De la infelice patria encadenada,
Y en cuyos brazos fuertes apoyada
Alzó la libertad su trono de oro.

¡Momento celestial! Ya al sol radiante
Puedo alzar sin rubor la noble frente.
¡Cuál se agita mi pecho en este instante!
Ya libre soy, ya libre soy, y vuelvo,
Y una vez y otra, y mil *soy libre* clamo
Sin cansarme jamás, y mientras tanto
Corre por mis mejillas encendidas
De ternura y de gozo dulce llanto;
Y un placer... un placer... No, no es posible
El explicarlo... no, básteme sólo

Gozar callando ¡oh Dios! ¡Eterna sea
Tanta felicidad... Nobles guerreros,
No permitáis jamás que esta ventura
Á vosotros debida
Perdamos otra vez... Antes la muerte,
Antes la expatriación, que la cruel suerte
De que á nosotros tornen de amargura,
De esclavitud y horror las negras horas.
Vigilantes vivid, y al solo amago
De cadena fatal, de tiranía,
Moved sañudos los invictos brazos :
Alzad, y con estrago
Corra la sangre del mortal infame
Que osó mostrarnos vergonzosos lazos.
Y con ella regado
Afirme sus raíces
De la alma libertad el árbol bello :
Y al ver vuestro valor, vuestra energía
Desesperada al tenebroso averno,
Rugiendo torne la discordia impía.

¡Oh ventura! ¡oh placer! *España libre*
Suena do quier contento derramendo
¡*Viva la libertad*! claman do quiera,
¡ *Viva con ella el immortal Fernando!*
Se oye el grito feliz de *España libre*
Del Océano en los yermos azulados,
Antes tan solamente consagrados
A ruido fiero ó á silencio mudo
España libre con clamor divino
Del Africano al simple Filipino
Se escucha resonar. *España libre*

Del aire vago los espacios llena,
Y del ártico polo al otro polo,
Y en cuanto alumbra el rutilante Apolo
España libre con placer resuena.

EL DOS DE MAYO

INTRODUCCIÓN

¿No escucháis, ciudadanos, por do quiera
Cual resuenan los cánticos sagrados,
De las campanas el plañir doliente,
Y del cañón el hórrido tronido!
Todo recuerda el expirar glorioso
De Velarde y Daoiz, y otros mil héroes
De la patria en las aras inmolados.
Que alzó el tirano la feroz cuchilla,
Gritando fiero : *¡esclavitud ó muerte!*
Y alzado con valor el noble Ibero,
¡Antes que esclavitud muerte suframos!
Clamara sin temor, y del tirano
Hundió en el polvo la soberbia fiera.
Imitad, españoles, tal ejemplo;
Por siempre libertad : jamás al yugo
Doblar sumisos el alzado cuello,
Si osa insultar un bárbaro tirano
Á nuestra libertad en negro día,
Clamad *Daoiz* y *Velarde*, y sus hazañas
Puedan serviros de dichosa guía,

Y en derredor retumbe el eco fuerte :
¡Á España gloria, á los tiranos muerte!

CANCIÓN FÚNEBRE

Manes sacros, alzad de las tumbas,
Y atended á mi fúnebre canto,
Atendedle, y al férvido llanto
En que el rostro me siento inundar.
Y con faz menos triste y severa
Recibid mi cantar doloroso.
Recibid el ardor generoso
En que el pecho me siento inflamar.

¡Cuán soberbio el adusto tirano
La cadena execranda os mostrara!
¡Cuán terrible la espada brillara
Y el puñal del audaz opresor!
Y ¡cuán nobles alzarais la frente!
¡Cuán medroso temblara el tirano!
¡Cuál heridos por pérfida mano
Expirarais con gloria y honor!

¡Cuál corrió vuestra sangre vertida!
¡Cuál Iberia se alzara furiosa,
Y á la muerte, á la liza gloriosa
Á sus hijos hiciera correr!
Libertad vuelve el eco en Pirene,
Libertad el Océano retumba,
Y se sume en la cóncava tumba
La falanje opresora cruel.

Y el tirano bramando se parte,
Y ya libre la Iberia se mira,
Y aura grata entre gloria respira,
Cuanda torna á cadena fatal.
Mas Quiroga se alzara valiente,
Y á la par el impávido Riego,
Que inflamado en patriótico fuego
Restauró la feliz libertad.

Y Velarde y Daoiz en el cielo
Al mirarlos se gozan dichosos,
Y con ojos de gloria radiosos
Nos inflaman en cívico ardor.
Ved cual baten las manos sangrientas,
Ved cual muestran las palmas de gloria,
Y celebran la hermosa victoria
Que el patriota feliz consiguió.

Ved que os muestran con mano serena
De la gloria el espléndido templo :
Imitad generosos su ejemplo,
Imitad su firmeza y valor.
Libertad, noble amor á la patria,
Odio eterno á la audaz tiranía,
Os inspire por siempre este día
Que á la Iberia cubriera de honor.

(1821.)

ODA

Á LOS HABITANTES DE ANÁHUAC

¿Y siempre los destinos de la tierra
Dictará el Dios del mal? ¿Y los humanos
Siempre serán juguetes de facciosos,
Ó siervos miserables de tiranos?
¡Oh Méjico infeliz! ¡patria gloriosa
Del grande Guatemuz! ¿Dó se ocultaron
Tu gloria y tu poder? ¿Por qué abatida
La cara majestosa
Gimes entre dolor y entre cadenas?
¿Cuál fué la causa de tan graves penas?
¿Quién ajó así tu majestad grandiosa?
¿Quién rasgó la diadema que en tu frente
Puso la libertad...? « Joven, detente,
» No hieras más mi oído lastimado
» De libertad con el hermoso acento.
» Finó del Anahuac desventurado
» La esperanza feliz, la dicha y gloria.
» Envuelta un día en plácido contento,
» Me juzgaba feliz, y mi delicia
» Era de libertad el dulce nombre.
» ¡Recuerdos de dolor! yo vi á mis hijos
» Alanzarse á mi voz á las batallas,
» Y acometer las haces españolas,
» Y lidiar y vencer... ¡Oh! ¡cuán ufana
» Entonces respiré! Mas ¿qué valieran

» Tanto y tanto afanar, y tanta sangre
» Que mis campos regó? Cuando gloriosa
» Me gozaba en el triunfo conseguido
» Contra el bravo español, un fementido,
» Un cobarde traidor, con negras tramas
» Me hundió otra vez entre el oprobio y llanto
» Cercóse en torno de terror y espanto,
» Y en su espada apoyándose insolente
» Llamóse mi señor... Alza la frente,
» Magnánimo Ahuitzol; mira tu cetro
» En qué manos está : mira al que un día
» En su torpe ambición para oprimirme
» Hizo causa común con los iguales
» De Alvarado y Cortés. Ve cual humea
» De Mechoacán en los funestos campos
» La sangre de mis hijos generosos
» Que á torrentes vertió... ¿Cómo le sufren
» De Acamapich y Guatemuz los nietos?
» ¡Ay! ¡estéril clamor! ¡el cruel tirano
» Canta insolente su fatal victoria,
» Y un pueblo vil le aplaude fascinado!
» Finó del Anahuac desventurado
» La esperanza feliz, la dicha y gloria. »

No en torpe desaliento así desmayes,
Reina del Anahuac : alza la frente,
Y á tus hijos invoca. ¡Oh! ¡quién me diera
Del vengador Tirteo
La abrasadora voz! ¡Oh! ¡si pudiera
Encender en los pechos mejicanos
Aquesta hoguera que mi pecho abrasa
De amor de libertad! ¡Alzad del polvo,

Hijos de Acamapich! ved al tirano
Ante quien viles os postráis; ¿en vano
Sufrido habréis doce años de combates,
De sangre y de furor y de miserias?
¿Y esclavitud, y abatimiento infame
De tanta sangre y penas y fatigas
Será vil galardón? ¿Por qué lidiasteis?
¿Por mudar de señor? ¡Ay! vanamente
De la patria en las aras se inmolaron
Mil víctimas y mil... Hidalgo, Allende,
Morelos valeroso, el sacrificio
Que de la vida hicisteis á la patria
Infructífero fué; sí, vanamente
Al morir con infamia en un cadalso
Pensabais que la patria en algún día
Fuera libre, feliz, y vanamente
Vuestra sangre preciosa regó el árbol
De la alma libertad, para que un día
Cubriese el Anahuac su augusta sombra.
¡Campeones infelices! ¡ay! el fruto
De vuestro acerbo afán y amarga muerte,
Hoy lo coge un traidor, no vuestra patria.
Iturbide lo coge: el que imprudente
De la opresión llevando el estandarte
Con rabia os persiguió. Vedle cuál tiende
De las tinieblas el odioso manto
En derredor del usurpado solio.
Y cual llama en su auxilio á la ignorancia
Y á la fatal superstición. Miradle
Cual sepulta en horrendos calabozos
Á cuantos osan alentar serenos
Patriotismo y virtud. Sabio Fogoaga,

Tagle, Lombard, ó Castro ¡oh mis amigos!
Vosotros lo decid... Ved en el cuadro
Del universo al Anahuac cubierto
De nieblas densas y de sombra oscura,
Y cual cometa pálido en su seno
Brilla el Usurpador... ¡Oh mejicanos!
¿Cómo sufrís tan oprobioso yugo?
¡Qué! ¿no respira un Bruto entre vosotros?
¿Puñales no tenéis? ¿Ó acaso aliento
Á vuestros brazos falta? Mejicanos:
Jurad en los altares de la patria
Ser libres ó morir: las fuertes manos
Contra el tirano vil la espada empuñen,
Y él tiemble á su brillar, y palidezca
Al mirar vuestra faz aterradora:
Á la patria mirad que encadenada
Los brazos tiende y vuestra ayuda implora.
Caiga el tirano, y húndase en el polvo
De que por mal del Anahuac saliera,
Y perezca hasta el nombre detestable
De monarca y señor, y guerra fiera
Jurad por siempre á la opresión tirana:
Reine sólo en vosotros soberana
La ley igual que juzga y que protege.
Así del universo que os contempla,
Y un grande ejemplo aguarda de vosotros,
Seréis la admiración, y por do quiera
El nombre mejicano que hasta ahora
De oprobioso baldón cubierto fuera,
Pronunciarán con labio respetuoso
Los pueblos todos que la tierra habitan;
Y ejemplar tan espléndido y glorioso

Seguirán encendidos á porfía,
Rompiendo todos la cadena impía
Que les cargara el despotismo odioso.

¡ Sagrada libertad! ¡ Cómo en su seno
Sentirá el Anahuac tus beneficios,
Y altares te alzará de gozo lleno!
Sí : la peste voraz, la hambre rabiosa
Que en sus llanuras pálidas vaguea,
La sucia desnudez que triste afea
Á sus míseros pueblos, fácilmente
De leyes sabias al dichoso influjo
Desaparecerán ; su faz hermosa
Mostrará por do quiera la abundancia,
Eterna compañera
De paz y libertad, y la ignorancia,
La ignorancia fatal, causa primera
De los males del hombre, enfurecida
Se lanzará á los antros del Averno,
Apenas luzca con hermoso brillo
La luz de la razón. Al pueblo abiertas
Serán las fuentes del saber : no en vano
Los surcos regará que abrió su mano
Con el sudor de su angustiada frente
El rústico infeliz, para que ostente
El poderoso su funesto orgullo,
Y vano lujo y pompa desplegando
El rebaño servil del rey aumente.
No, que el fruto anhelado de su campo
Dividirá con su feliz familia
El indio laborioso, sin que impío
Se lo arrebate el exactor malvado

Para que muestre de esplendor cercado
Un inútil señor su poderío,
Mientras de hijuelos pálidos la turba
Se apila en torno del desnudo padre,
Y el hambre enfurecido los devora.
De libertad bajo el feliz reinado
En paz respirará : libre y contento
De su afán esperando el fruto ansiado,
Con faz serena y venturoso acento
El suelo con la reja desgarrando,
Junto á sus bueyes marchará cantando.

Tales los frutos son ¡ oh mejicanos!
Que ledos cogeréis si generosos
Las frentes levantáis, y valerosos
El imperio destruís de los tiranos.
De Moctezuma y Ahuitzol el grande,
Y Guatemuz magnánimo las sombras
Se lanzan de sus tumbas polvorosas,
Y revolando en torno del tirano
Le amenazan furiosas,
Y de terror le llenan : caiga, caiga
Ese trono fatal que con su peso
Va á abrumar á Anahuac y á destruiros.
Á la alma libertad álcense altares,
Y la opulencia y paz serán sus frutos,
Y rendirán á Méjico tributos
Del Norte y Sur los apartados mares.

(1822.)

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES

Témplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador : del yerto polo
Del setentrión los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla oscura,
Y á Cuba libran de la fiebre impura.
Ruge profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas :
Sus alas baña céfiro en frescura,
Y vaporoso transparente velo
Envuelve al sol y rutilante cielo.
¡Salud, felices días! Á la muerte
La ara sangrienta derribáis que mayo
Entre flores alzó : la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.
Ambas veían con adusta frente
De las templadas zonas á los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado :
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y á la huesa fatal los despeñaban
Mas su imperio finó : del norte el viento
Purificando el aire emponzoñado,
Tiende sus alas húmedas y frías,
Por nuestros campos resonando vuela,
Y del rigor de agosto los consuela.
Hoy en los climas de la triste Europa
Del aquilón el soplo enfurecido
Su vida y su verdor quita á los campos,

Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansión encierra.
  Todo es muerte y dolor : en Cuba empero
Todo es vida y placer : Febo sonríe
Más templado entre nubes transparentes,
Da nuevo lustre al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.
  ¡Patria dichosa! ¡tú, favorecida
Con el mirar más grato y la sonrisa
De la divinidad! No de tus campos
Me arrebate otra vez el hado fiero.
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.
  ¡Oh! ¡con cuánto placer, amada mía,
Sobre el modesto techo que nos cubre
Caer oímos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Oceáno los bramidos!
  Llena mi copa con dorado vino,
Que los cuidados y el dolor ahuyenta :
Él, adorada, á mi sedienta boca
Muy más grato será de ti probado,
Y á tus labios dulcísimos tocado.
  Junto á ti reclinado en muelle asiento,
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,
De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

(Octubre de 1822.)

LA ESTRELLA DE CUBA

¡Libertad! ya jamás sobre Cuba
Lucirán tus fulgores divinos.
Ni aun siquiera nos queda ¡mezquinos!
De la empresa sublime el honor.
¡Oh piedad insensata y funesta!
¡Ay de aquel que es humano y conspira!
Largo fruto de sangre y de ira
Cogerá de su mísero error.

Al sonar nuestra voz elocuente
Todo el pueblo en furor se abrasaba,
Y la estrella de Cuba se alzaba
Más ardiente y serena que el sol.
De traidores y viles tiranos
Respetamos clementes la vida,
Cuando un poco de sangre vertida
Libertad nos brindaba y honor

Hoy el pueblo de vértigo herido
Nos entrega al tirano insolente
Y cobarde y estólidamente
No ha querido la espada sacar.
¡Todo yace disuelto, perdido!...
Pues de Cuba y de mí desespero,
Contra el hado terrible, severo,
Noble tumba mi asilo será.

Nos combate feroz tiranía
Con aleve traición conjurada,
Y la estrella de Cuba eclipsada
Para un siglo de horror queda ya.
Que si un pueblo su dura cadena
No se atreve á romper con sus manos,
Bien le es fácil mudar de tiranos,
Pero nunca ser libre podrá.

Los cobardes ocultan su frente,
La vil plebe al tirano se inclina,
Y el soberbio amenaza, fulmina,
Y se goza en victoria fatal.
¡Libertad! Á tus hijos tu aliento
En injusta prisión más inspira;
Colgaré de sus rejas mi lira,
Y la gloria templarla sabrá.

Si el cadalso me aguarda, en su altura
Mostrará mi sangrienta cabeza
Monumento de hispana fiereza,
Al secarse á los rayos del sol.
El suplicio al patriota no infama;
Y desde él mi postrero gemido
Lanzará del tirano al oído
Fiero voto de eterno rencor.

(Octubre de 1823.)

PROYECTO

De un mundo débil, corrompido y vano
Menosprecié la calma fastidiosa,
Y amé desde mi infancia tormentosa
Las mujeres, la guerra, el Oceano.

¡El Oceano!... ¿Quién que haya sentido
Su pulso fuertemente conmovido
Al danzar en las olas agitadas,
Olvidarlo podrá? Si el despotismo
Al orbe abruma con su férreo cetro,
Será mi asilo el mar. Sobre su abismo
De noble orgullo y de venganza lleno,
Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario más al Oceano,
Un peregrino más á su hondo seno.

Y ¿por qué no? Cuando la esclava tierra
Marchita y devorada
Por el aliento impuro de la guerra,
Doblando al yugo la cerviz domada
Niegue al valor asilo,
Yo en los campos del piélago profundo
Haré la guerra al despotismo fiero.
Libre y altivo en el sumiso mundo.
De la opresión sangrienta y coronada
Ni temo al odio, ni al favor impetro.

Mi rojo pabellón será mi cetro
Y mi dominio mi cubierta armada.

Cuando los aristócratas odiosos,
Vampiros de mi patria despiadados,
Quieran templar sus nervios relajados
Por goces crapulosos,
En el aire genial del Oceano,
Sobre ellos tenderé mi airada mano,
Como águila feroz sobre la presa.
Sufrirán servidumbre sin combate,
Y opulento rescate
Partirán mis valientes compañeros.

Bajo del yugo bárbaro que imponen
Á la igualdad invocarán : vestidos
Con el tosco buriel de marineros,
Me servirán cobardes y abatidos.
Pondré á mis plantas su soberbia fiera,
Temblarán mis enojos,
Y ni á fijar se atreverán los ojos
Sobre mi frente pálida y severa.

(1824)

Á DON JOSÉ TOMÁS BOVES (1)

Hipócrita, perjuro, despiadado,
Sin ninguna virtud que amar le hiciera,

(1) No se diga que turbo sus cenizas. Los héroes y los monstruos pertenecen á la historia para ejemplo y horror del género humano. — (Nota de Heredia. Edición de Nueva York de 1825.)

Bañóse en sangre y con delicia viera
La muerte y el terror siempre á su lado.

Á Venezuela mísera ensañado
En un yermo de horror tornado hubiera,
Si de Urica en los campos no cayera
De vengadora lanza traspasado.

Ríe en su tumba humanidad gozosa
Y en su velo la frente arrebozando,
« ¡Horror! exclama, al pronunciar su nombre.
» Horror, ¡oh monstruo! á tu memoria odiosa,
» Que al vencedor la gloria coronando,
» Jamás al tigre premia sino al hombre. »

Á EMILIA

Desde el suelo fatal de mi destierro
Tu triste amigo, Emilia deliciosa,
Te dirige su voz; su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobadora,
Que satisfizo su ambición. Ahora
Sólo gemir podrá la triste ausencia
De todo lo que amó, y enfurecido
Tronar contra los viles y tiranos
Que ajan de nuestra patria desolada

El seno virginal. Su torvo ceño
Mostróme el despotismo vengativo,
Y en torno de mi frente acumulada
Rugió la tempestad. Bajo tu techo
La venganza burlé de los tiranos.
Entonces tu amistad celeste, pura,
Mitigaba el horror á los insomnios
De tu amigo proscripto y sus dolores.
Me era dulce admirar tus formas bellas
Y atender á tu acento regalado,
Cual lo es al miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.
Horas indefinibles, inmortales,
De angustia tuya y de peligro mío,
¡Cómo volaron! — Extranjera nave
Arrebatóme por el mar sañudo,
Cuyas oscuras, turbulentas olas
Me apartan ya de playas españolas.

Heme libre por fin : heme distante
De tiranos y siervos. Mas, Emilia,
¡Qué mudanza cruel! Enfurecido
Brama el viento invernal : sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El yelo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el oscuro mar. Desnudos gimen
Por do quiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación, y el mundo yerto

Sufre de invierno cruel la tiranía.
¿Y es ésta la mansión que trocar debo
Por los campos de luz, el cielo puro,
La verdura inmortal y eternas flores
Y las brisas balsámicas del clima
En que el primero sol brilló á mis ojos
Entre dulzura y paz?... — Estremecido
Me detengo, y agólpanse á mis ojos
Lágrimas de furor... ¿Qué importa? Emilia,
Mi cuerpo sufre, pero mi alma fiera
Con noble orgullo y menosprecio aplaude
Su libertad. Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en occidente;
Ni á la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del medio día,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,
Ó del eco apacible y cariñoso
De mi madre, mi hermana y mis amigas,
Tan sólo escucho de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos : pero al menos
No lo fatiga del tirano infame
El clamor insolente, ni el gemido
Del esclavo infeliz, ni del azote
El crujir execrable que emponzoñan
La atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
Idolátrada patria! tu hermosura
Goce el mortal en cuyas torpes venas
Gire con lentitud la yerta sangre,

Sin alterarse al grito lastimoso
De la opresión. En medio de tus campos
De luz vestidos y genial belleza,
Sentí mi pecho férvido agitado
Por el dolor, como el Oceano brama
Cuando le azota el norte. Por las noches,
Cuando la luz de la callada luna
Y del limón el delicioso aroma,
Llevado en alas de la tibia brisa
Á voluptuosa calma convidaban,
Mil pensamientos de furor y saña
Entre mi pecho hirviendo, me nublaban
El congojado espíritu y el sueño
En mi abrasada frente no tendía
Sus alas vaporosas. De mi patria
Bajo el hermoso y desnublado cielo
No pude resolverme á ser esclavo
Ni consentir que todo en la natura
Fuese noble y feliz, menos el hombre.
Miraba ansioso al cielo y á los campos
Que en derredor callados se tendían,
Y en mi lánguida frente se veían
La palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razón, su amor primero
Fué la sublime dignidad del hombre,
Y al murmurar de patria el dulce nombre,
Me llenaba de horror el extranjero.
¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan sólo produjese
Hierro y soldados! La codicia ibera
No tentáramos, ¡no! Patria adorada,

De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, á la virtud funesta.
¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
No se inflama en los pechos de tus hijos
Generoso valor contra los viles
Que te oprimen audaces y devoran?

¡Emilia! ¡dulce Emilia! la esperanza
De inocencia, de paz y de ventura
Acabó para mi. ¿Qué gozo resta
Al que desde la nave fugitiva
En el triste horizonte de la tarde
Hundirse vió los montes de su patria
Por la postrera vez? Á la mañana
Alzóse el sol, y me mostró desiertos
El firmamento y mar... ¡Oh! ¡cuán odiosa
Me pareció la mísera existencia!
Bramaba en torno la tormenta fiera
Y yo sentado en la agitada popa
Del náufrago bajel, triste y sombrío,
Los torvos ojos en el mar fijando,
Meditaba de Cuba en el destino
Y en sus tiranos viles, y gemía,
Y de rubor y cólera temblaba,
Mientras el viento en derredor rugía,
Y mis sueltos cabellos agitaba.

¡Ah! también otros mártires... ¡Emilia!
Do quier me sigue en ademán severo
Del noble Hernández la querida imagen.
¡Eterna paz á tu injuriada sombra,
Mi amigo malogrado! Largo tiempo

El gran flujo y reflujo de los años
Por Cuba pasará sin que produzca
Otra alma cual la tuya, noble y fiera.
¡Víctima de cobardes y tiranos,
Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
Su largo sueño sacudiendo, llega
Á despertar á libertad y gloria,
Honrará, como debe, tu memoria.

¡Presto será que refulgente aurora
De libertad sobre su puro cielo
Mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,
De hierro fiero y de venganza armado,
Á verte volverá, y en voz sublime
Entonará de triunfo el himno bello.
Mas si en las lides enemiga fuerza
Me postra ensangrentado, por lo menos
No obtendrá mi cadáver tierra extraña,
Y regado en mi fèretro glorioso
Por el llanto de vírgenes y fuertes
Me adormiré. La universal ternura
Excitaré dichoso, y enlazada
Mi lira de dolores con mi espada,
Coronarán mi noble sepultura.

(1824.)

EN LA MUERTE DE RIEGO

Los monarcas altivos de Europa
Ven alzarse los pueblos iberos,

Y sobre ellos resuelve severos
De su fuerza el torrente soltar.
¡Libertad! es terrible tu acero;
Mas ¿dó el brazo estará que lo vibre?
¿Por ventura quien nunca fué libre
Puede rayos al trono lanzar?

Con jactancia los hijos de Iberia
¡Libertad ó la muerte! gritaban;
¡Libertad ó la muerte! sonaban
Ebro y Betis, Pirene y el mar.
¡Ignominia, baldón á sus nombres!
Al bramar de la lid se escondieron,
Y la palma del triunfo cedieron,
Sin osarla al francés disputar.

¡Ignominia perenne á tu nombre,
Degradada y estúpida España!
Del tirano á la bárbara saña
Abandonas tu bravo adalid.
¡Pereció por romper tus cadenas!
Libertad su apotéosis reclama:
Á los ojos del mundo te infama,
Cuanto le honra, su noble morir.

El gran RIEGO al cadalso camina
Entre el gozo y clamor insensato
De ese pueblo frenético, ingrato,
Que cuando era feliz le adoró.
Le prodigan indignos ultrajes
Al morir entre duros tormentos,

¡Y al sol arden sus miembros sangrientos,
Que ni tumba el tirano le dió!...

No será para el mundo perdido
Tan odioso, tan bárbaro ejemplo :
Aun habrá quien venere cual templo
De su injusto suplicio el lugar.
Y se indigne sobre él; que la tierra
De un patriota con sangre bañada
Es tan digna de honor, tan sagrada,
Como aquella en que posa un altar.

Ya los reyes te befan, España,
De tu infamia profunda riendo,
Y en tinieblas y sangre gimiendo,
Hoy la sierva de Europa te ves.
¡Santo Oficio, renace!... Inhumanos,
Restituídos al crimen os vemos;
Cantad himnos al cielo, blasfemos,
Porque os lanza en la tierra otra vez.

Restaurad vuestros ritos impíos,
Restaurad el horrible tormento,
Y en la hoguera y el potro sangriento
Sonreiréis al humano dolor.
¡Peores sois que demonios comunes!
Aun al vulgo feroz del infierno,
Mansión triste de crimen eterno,
Inspiráis menosprecio y horror.

No perpetuo será tan vil triunfo :
Vuestro gozo templad, opresores,

Por que al fin armará vengadores
Vuestra rabia insensata y feroz.
Justo el cielo modera sus iras,
Y la copa del crimen se llena;
¡La venganza distante ya truena,
La justicia se apresta de Dios!

EN EL ANIVERSARIO

DEL 4 DE JULIO DE 1776

Sagrada libertad, numen de vida,
Que tu cetro divino
Por Atenas y Roma esclarecida
Otro tiempo tendías,
Y á sus pueblos felices animabas,
Y vida, fuerza y esplendor sembrabas
Donde tu planta férvida ponías,
¿Brillar y perecer fué tu destino?
En Europa infeliz, te busco en vano,
Y de tu altar en vez do quier me aflige
El simulacro vil de algún tirano

En América está; salvó las ondas
Del terrible Oceano,
Y huyó proscripta del antiguo mundo.
Un siglo y otro más, plácidamente
Aquí moró; mas la opresión tirana
Osó violar su asilo. Enfurecida

Se alzó la libertad, y mil guerreros
Desnudan las espadas,
Y constancia al poder, muerte á la muerte,
Contrastan por do quier. La diosa fuerte,
De acero y majestad la frente armada,
Á la opresión soberbia desafía,
Y de natura las eternas leyes,
En memorable día,
Á los pueblos anuncia y á los reyes.

« ¡El hombre es libre! » dice, y del aplauso
Sube al cielo el clamor. « Hombres, iguales
» Os hizo Dios. Quien bárbaro os oprime
» Ofende á la razón, insulta al cielo.
» Es justo el resistir, santo y sublime.
» Luchad, héroes, venced, y en vuestro suelo
» De paz y de justicia,
» De libertad y luz, de dicha y gloria,
» La semilla feliz en vuestra sangre
» Robusta brotará. Pueblos del mundo,
» Hijos de un padre sois, vivid hermanos,
» Y el vengador acero
» Reservad solamente á los tiranos. »

¡Día de bendición! Cincuenta veces
En la revolución de su carrera
Te trajo el sol á iluminar al mundo.
¡Oh! ¡cómo á tu calor dulce, fecundo,
En vida y en placer hierve la tierra!
De un mar al otro mar no hay ya tiranos.
Por ciudades, montañas y desiertos
Lleva el hombre la plácida conciencia

De su seguridad : su altiva mente
En contemplar su dignidad se goza,
Y al cielo sin rubor alza la frente.
América feliz, fuerte y hermosa,
Ceñida en torno de sus hijos fieles,
Y á terrible defensa preparada,
Se ostenta majestuosa coronada
Con verde oliva, estrellas y laureles.

¡ Día de redención ! La voz sublime
Que escuchaste tronar de todo un mundo
Resuena en la extensión. y por do quiera
Rompen los pueblos la cadena fiera
Que á sus cuellos cargó la tiranía.
De mar á mar, del norte al mediodía,
De libertad el árbol se ha plantado.
América feliz bajo él adora
De la santa igualdad el dulce imperio,
Y los vientos de oriente al hemisferio
Llevarán su semilla bienhechora.

(1825).

VUELTA AL SUR

Vuela el buque : las playas oscuras
Á la vista se pierden ya lejos,
Cual de febo á los vivos reflejos
Se disipa confuso vapor.
Y la vista sin límites corre
Por el mar á mis ojos abierto.

Y en el cielo profundo, desierto,
Reina puro el esplêndido sol.

Del aliento genial de la brisa
Nuestras velas nevadas llenamos,
Y entre luz y delicia volamos
Á los climas serenos del sur.
Á tus hielos adiós, norte triste;
De tu invierno finaron las penas,
Y ya siento que hierven mis venas,
Prometiêndome fuerza y salud.

¡Salve, cielo del sur delicioso!
Este sol prodigóme la vida,
Y sus rayos en mi alma encendida
Concentraron hoguera fatal.
De mi edad las amables primicias
Á tus hijas rendí por despojos,
Y la llama que aun arde en mis ojos
Bien demuestra cual supe yo amar.

¡Oh recuerdos de paz y ventura!
¡Cómo el sol en tu bello occidente
Inundaba en su luz dulcemente
De mi amada la cándida faz!
¡Cómo yo del naranjo á la sombra
En su seno mi frente posaba,
Y en sus labios de rosa libaba
Del deleite la copa falaz!

¡Dulce Cuba! en tus aras sagradas
La ventura inmolé de mi vida

Y mirando tu causa perdida,
Mis amores y amigos dejé.
  Mas tal vez no está lejos el día
(¡Cuál me anima tan bella esperanza!)
En que armado con hierro y venganza
Á tus viles tiranos veré.

¡Cielo hermoso del sur! Compasivo
Tú me tornas la fuerza y aliento,
Y mitigas el duro tormento
Con que rasga mi seno el dolor.
  Al sentir tu benéfico influjo,
No al destino mi labio maldice,
Ni me juzgo del todo infelice
Mientras pueda lucirme tu sol.

¡Adiós, hielos! — ¡Oh lira de Cuba!
Cobra ya tu feliz armonía,
Y del sur en las alas envía,
Himno fiel de esperanza y amor.
  Por la saña del norte inclemente
Destrozadas tus cuerdas se miran;
Mas las brisas, que tibias suspiran,
Te retornan la vida y vigor.

Yo te pulso, y tus ecos despiertan
En mis ojos marchitos el llanto...
¡Cuál me alivias! Tu plácido encanto
La existencia me fuerza á sentir.
  ¡Lira fiel, compañera querida
En sublime delicia y dolores!

De ciprés y de lánguidas flores
Ya te debes por siempre ceñir.

¡Siempre!... No, que en la lid generosa
Tronarás con acento sublime,
Cuando Cuba sus hijos reanime,
Y su estrella miremos brillar.
« ¡Libertad », clamarán, « en su pecho
» Inflamó de su aliento la llama! »
Y si caigo, mi espléndida fama
Á los siglos futuros irá.

(1825).

HIMNO DEL DESTERRADO

Reina el sol y las olas serenas
Corta en torno la prora triunfante,
Y hondo rastro de espuma brillante
Va dejando la nave en el mar.
¡Tierra! claman : ansiosos miramos
Al confín del sereno horizonte,
Y á lo lejos descúbrese un monte...
Lo conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el *Pan*... En su falda respiran
El amigo más fino y constante,
Mis amigas preciosas, mi amante...
¡Qué tesoros de amor tengo allí!
Y más lejos, mis dulces hermanas,
Y mi madre, mi madre adorada,

De silencio y dolores cercada
Se consume gimiendo por mí.

¡Cuba, Cuba, que vida me diste,
Dulce tierra de luz y hermosura,
¡Cuánto sueño de gloria y ventura
Tengo unido á tu sueño feliz!
¡Y te vuelvo á mirar!... ¡Cuán severo,
Hoy me oprime el rigor de mi suerte!
La opresión me amenaza con muerte
En los campos do al mundo nací.

Mas, ¿qué importa que truene el tirano?
Pobre sí, pero libre me encuentro:
Sólo el alma del alma es el centro:
¿Qué es el oro sin gloria ni paz?
Aunque errante y proscripto me miro,
Y me oprime el destino severo:
Por el cetro del déspota ibero
No quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusión de la dicha,
Dame ¡oh gloria! tu aliento divino.
¿Osaré maldecir mi destino,
Cuando pueda vencer ó morir?
Aunque habrá corazones en Cuba
Que me envidien de mártir la suerte,
Y prefieran espléndida muerte
Á su amargo, azaroso vivir.

De un tumulto de males cercado
El patriota inmutable y seguro,

Ó medita en el tiempo futuro,
Ó contempla en el tiempo que fué.
Cual los Andes en luz inundados
Á las nubes superan serenos;
Escuchando á los rayos y truenos
Retumbar hondamente á su pie.

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
En el grado más alto y profundo,
Las bellezas del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.
Te hizo el cielo la flor de la tierra :
Mas tu fuerza y destinos ignoras,
Y de España en el déspota adoras
Al demonio sangriento del mal.

¿Ya qué importa que al cielo te tiendas
De verdura perenne vestida,
Y la frente de palmas ceñida
Á los besos ofrezcas del mar,
Si el clamor del tirano insolente,
Del esclavo el gemir lastimoso,
Y el crugir del azote horroroso
Se hoye sólo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallece oprimida,
Y á los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.
Y mil *necios*, que *grandes* se juzgan
Con *honores* al peso comprados,

Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrilego al pie.

Al poder el aliento se oponga,
Y á la muerte contraste la muerte:
La constancia encadena la suerte,
Siempre vence el que sabe morir.
Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo:
Elevemos los ojos al cielo,
Y á los años que están por venir.

Vale más á la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes muriendo sufrir.
Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Y circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz.

¿Á la sangre teméis...? En las lides
Vale más derramarla á raudales,
Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.
¿Qué tenéis? Ni aun sepulcro seguro
En el suelo infelice cubano.
¿Nuestra sangre no sirve al tirano
Para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,

Y que el cielo feroz los condena
Á ignominia y eterna opresión;
De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Washington y Bruto y Catón.

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

(Setiembre de 1825.)

ODA(1)

¡Cuba! ¡Cuba¡ ¿y tú callas?... ¡Ay! ¿Esperas
Á que el torrente atroz de tu conquista
Ruede sangriento sobre ti? ¿No sabes

(1) Cuando Colombia tenía decretado dar libertad á Cuba y Puerto Rico conforme se concluyera la campaña del Perú, habiéndose sabido en Nueva York la decisiva acción de Bolívar en Ayacucho, dijo un cubano (J. M. HEREDIA) improvisada la oda anterior.

(*Indicador Federal*, T 1º. Nº. 44. P. 4ª. Méjico 29 de Abril de 1825, V. de la Independencia, IV. de la Libertad, III de la República.)

Que siempre aumenta tu raudal funesto
Un diluvio de lágrimas?... ¿Ó quieres
Con tu abandono y ceguedad horrible
Que en vano el mar te ciña al occidente
Y á oriente y norte y sur? ¿Sola entre tantos
En vez de alzar á libertad altares
Mudarás de señor? ¿Serán tus hijos
Los ilotas de América? ¡Funesto
Como inminente porvenir! ¡Oh patria!
Por do quiera las brisas del Océano
Te dicen *¡Libertad!* Si tus oídos
Cierras más al clamor, vendrán las armas
Y te despertarán. Los pueblos fuertes,
Que han sacudido el ominoso yugo,
No necios sufrirán que los tiranos
Más acá del Atlántico conserven
Su guarida final. Si tú, insensata,
Amas la esclavitud, serás esclava:
Mas de ellos no serás. Lanzas y naves,
Y corazones fieros y valientes
Se aprestan contra ti. Contra su furia
¿Quién tu escudo será? Tal vez los flacos,
Que huyendo de los libres, se acogieron
A tu recinto, do tendido en torno
Los amparase el mar. ¡Álzate, oh Cuba!
Y con tu independencia, generosa
Abre la senda á tu poder y gloria:
Ó pide al mar que férvido amontone
Las olas sobre ti, y así te guarde
De las calamidades vergonzosas,
Y de la esclavitud y eterna infamia
Que te prepara tu impotencia indigna.

EN LA APERTURA

DEL INSTITUTO MEJICANO

Luce por fin el venturoso día
Que con votos ardientes invocaban
Los amantes del bien. Sobrado tiempo
De llanto, luto y de pavor cercada
Reinó de Anáhuac en los yermos campos
Guerra feroz. La paz apetecida
Ciñe de libertad el ara santa
Con sereno esplendor, y abre Minerva
Á nuestra juventud su templo sacro.

¡Día de bendición! ¡Qué dulce aurora
Vemos lucir de gozo y esperanza!
¡Con qué vivo placer miro adunados
Los alumnos ilustres de la ciencia
Para abrir á los pueblos mejicanos
La fuente del saber! Arde en sus pechos
El patriotismo, la virtud, la fuerza,
El entusiasmo férvido que al hombre
Arrebata hacia el bien, y largos frutos
Producirá su generoso anhelo.
Aquí naturaleza por do quiera
Virgen, robusta, ostenta de su seno
Los tesoros sin fin. Nuestros tiranos
De oro, de sangre y opresión sedientos.
Su beldad no preciaban. Mas ahora
El celo y los afanes de Minerva
Levantarán el velo que la cubre,

Y en 'a alta majestad de su belleza
Brillará, cual saliendo de las nubes
La blanca luna en el profundo cielo.

Y las Musas también su trono de oro
En Anáhuac pondrán : Naturaleza
Á nuestra juventud do quiera brinda
Fuentes de inspiración. El panorama
Del universo todo nos circunda.
En él se juntan bajo el mismo cielo
Eterna nieve y perenal verdura,
Y en un estrecho círculo se abrazan
Los polos y los trópicos. Florida
Se ostenta la beldad, y arde en sus ojos
Del sol del Ecuador la eterna llama.
¿Quién puede contemplar sin entusiasmo
Los magníficos cuadros que Natura
Nos prodiga en América? ¿Quién puede
Indiferente ver las tempestades
Vestir de oscuridad las anchas bases
De los Andes altísimos, en torno
Hervir el rayo, retumbar el trueno,
Á torrentes bajar la gruesa lluvia,
Y encima descollar nevadas cumbres
Y dibujarse en el desierto cielo
Inundadas en luz; ó lentamente
Ver ir con majestad al Oceano
Ríos profundos, inmensos, que parecen
Mares corrientes, ó lanzarse airados
De un precipicio, y asordar la esfera
Su tremendo fragor? ¡Oh! ¿Qué hombre frío
Á vista de unos cuadros tan sublimes

No palpita, y se asombra, y en su pecho
No siente ardiendo levantarse el canto?

La más abominable tiranía
Á par cargó con su cadena odiosa
Los cuerpos y las almas. Luengos años
Nos devoró. Su aliento ponzoñoso
Convirtió los santuarios de Minerva
En guaridas de error. Así en los pechos
De nuestra juventud se sofocaba
El noble germen de mental grandeza
Y elevación. Estúpida pasaba
Una generación, y otra, ignorando
Su fuerza y sus derechos, avezadas
Á servidumbre y crímenes. Empero
Colmóse al fin la copa ensangrentada
Del infortunio, y nos lucieron días
De gloria y libertad. La luz divina,
Disipando las nieblas de ignorancia,
Nos alza al rango que nos dió natura.

Es la alma libertad madre fecunda
De las artes y ciencias : ella rompe
La atroz cadena que al ingenio humano
Los déspotas cargaron, y á la sombra
De su manto benéfico y su oliva
Crece la ilustración : en el espacio
El genio vencedor tiende sus alas,
Y la mente atrevida y generosa,
Superando á las águilas en vuelo,
Se levanta en los aires, y su vista
Abarca tierra y mar, nubes y cielo.

¡Sagrada libertad! ¡oh! ¡cómo siente
Tu dulce influjo el pueblo americano
En los climas del norte! Allí sereno
Con impávida frente mira Franklin
Venir tronando por el aire oscuro
La negra tempestad. Su mano fuerte
Arranca el rayo á la cargada nube,
Y le arroja á morir lejos del hombre.
Fulton allí con el vapor ardiente
Osa quitar al caprichoso Eolo
El imperio del mar, y por su genio,
Blasón glorioso del saber humano,
De América los rápidos navíos
Contrastan la corriente de sus ríos
Y el contrario furor del Oceano.
El mismo alza flotantes fortalezas
De su patria en los mares, do segura
Lidie la libertad, é invulnerable
Sobre siervos y déspotas fulmine.
Así América opone generosa
Valor constante á la opresión injusta,
Y el ingenio al poder. Obras sublimes,
Que pálido contempla y despechado
El tirano del mar, cuando invisible
Truena el *torpedo*, y sus soberbias naves
Saltan, se incendian, y en el mar ardiente
Llueven armas, cadáveres y sangre.

Pronto de noble brillo circundados
Se vestirán los hijos del Anáhuac
Las alas del saber. Sabio Instituto,
Vuestras serán la gloria y las fatigas

De empresa tan espléndida y sagrada.
Mi espíritu, del bien fogoso amante,
De exaltación sublime y esperanza
Se inunda venturoso en vuestro seno.
Y de entusiasmo y de delicia lleno,
En el brillante porvenir se lanza.
(1826.)

Á BOLÍVAR

¡Libertador! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni á los tiranos,
Escucha su himno de loor que inspira,
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América : no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios eglestiales,
Y juzgue el Ser Supremo.
¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló! Bajo la saña
De la terrible España
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento vencedor del hado
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo

Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió á Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.

Pero Bolívar fué. Su heroico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama,
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre á Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
Á la prosperidad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y Oceano,
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.
Su genio inagotable

Igualaba el revés á la victoria,
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo Triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
Del vil polvo á tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas á tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
Liberta al Perú volor te ordena.
De Boyacá y de Quito los laureles.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde su saña
Á servidumbre ó destrucción condena
La familia del sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil é iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda *salvar sus esperanzas.*
La discordia feroz huye aterrada,

El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz á Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos,
Alumnos de Bolívar y la gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.
Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad á la patria de los Incas!
¡Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan á Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuena su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
Á la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar á tu sublime gloria?
¡Oh Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
Y de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán, tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independencia y libertad de un mundo.

¿Y tan brillante gloria
Eclipsárase al fin?... Letal sospecha
En torno de tu frente revolando
Empaña su esplendor: yacen las leyes
Indignamente holladas,
Sin ser por ti vengadas.
La patria y la virtud su estrago gimen:
Triunfa la rebelión, se premia el crimem.

¡Libertador! ¡y callas...! ¿Cuando insano
Truena un rebelde, ocioso
El rayo vengador yace en tu mano?
¿Y ciñes á un faccioso
Tu espada en galardón...? Á error tan triste

: ermite á mi dolor que corra un velo.
Si patria no ha de haber, ¿por qué venciste?
¡Ay! los reyes dirán con burla impía
Que tantos sacrificios fueros vanos,
Y que sólo extirpaste á los tiranos
Para ejercer por ti la tiranía.

Cual cometa serás, que en tu carrera
Por la atracción del sol arrebatado
Se desliza en el éter, y abrasado
Se pierde al fin en su perenne hoguera.
¿Contra la libertad entronizada
Por tu constante generoso brío,
Esgrimirás impío
De Carabobo y de Junín la espada?
Cuando tu gloria el universo abarca,
Libertador de esclavos á millones,
Creador de tres naciones,
¿Te querrás abatir hasta monarca?

¡Vuelve los ojos!... Á Iturbide mira
Que de Padilla en la fatal arena
Paga de su ambición la dura pena,
Y como un malhechor sangriento expira;
Y pálido, deforme, le recibe
El suelo que libró, que le adoraba,
Y cívica apoteosis le guardaba,
En vez de vil, ignominiosa muerte.
Más alta que la suya fué tu suerte,
Muy más largo tu afán, mayor tu gloria.
¿Á tu inmortal carrera
Con lágrimas y sangre

Un fin igual recordará la historia?
Después que al orbe atónito dejaste
Con tu sublime vuelo,
Brillante Lucifer, ¿caerás del cielo?

Jamás impunemente
Al pueblo soberano
Pudo imponer un héroe ciudadano
El sello del baldón sobre la frente.
El pueblo se alza, y su voraz encono
Sacrifica al tirano,
Que halla infamia y sepulcro en vez de trono.
Así desvanecerse vió la tierra
De Napoleón y de Agustín la gloria,
Y prematura tumba los encierra,
Y la baña con llanto la Victoria.
¡Hijo de Libertad privilegiado
No á su terrible majestad atentes,
Ni á nuestro asombro y lástimas presentes
Un laurel fulminado!...

(1827).

TRIUNFO DE LA PATRIA

Cuando en la etérea cumbre
De los eternos Andes se amontonan
Mil pavorosas nubes,
De hielo, fuego y destrucción preñadas,
Y con fúnebre cerco los coronan,

En negra sombra se oscurece el día,
Y gira en las llanuras aterradas
Triste, sordo rumor, nuncio de muerte.
Pero si el rayo fuerte
Estalla y rompe de la nube el seno,
La densa oscuridad rasga su velo,
La fiera tempestad ruge bramando,
Y más puro brillando
Se ostenta el sol en el desierto cielo.

Así la torpe sedición que impía
Á la gloria de Anáhuac insultaba,
Y fiera provocaba
Á la guerra civil y horrendo estrago,
Despareció, cual humo, al solo amago
Del ínclito Guerrero.
La hidra feroz por él yace vencida;
Y la ley afirmada,
Al relucir su fulminante acero
Brilla de nuevo lustre coronada.

¡Caudillo vencedor! Siempre la Patria
Ídolo fué de tu alma generosa.
Su independencia y libertad hermosa
Siempre á su culto vieron consagrados
Tu brazo y corazón. Cuando Anáhuac
Vió al Ibero triunfar, puso en tus manos
La centella feliz de sacro fuego
Que devoró por fin á los tiranos.
Hoy de furor anárquico lo libras.
De la victoria espléndida el camino
Mostrándote la Patria te imploraba :

De su estrella el fulgor te iluminaba :
¡Llegar, ver y vencer fué tu destino!

¡Goza tu pura gloria,
De ciudadanos inmortal modelo,
Predilecto de Anáhuac! Por do quiera
De salvación el grito y de victoria
Se oye sonar. El pueblo que salvaste
Una vez y otra vez, levanta al cielo
Con exaltado amor tu nombre y fama,
Y de su libertad é independencia
Inexpugnable Paladión te aclama.

Tú, VICTORIA, también honor ganaste
Sofocando la bárbara anarquía,
Y la alta profecía
De tu nombre fatídico llenaste.
Osó la rebelión llamar flaqueza
Tu alta moderación; pero tu mano
Supo frenar sus ímpetus furiosos,
Y presentaste noble á los facciosos
La inalterable frente que al tirano.

¿Quién pudo resistir cuando á GUERRERO
Al campo del honor lanzó VICTORIA?
¡Columnas del Anáhuac! Á vosotros
De hoy más la patria fía
Su alto destino, libertad y gloria.
Sus enemigos con maldad impía
Querrán soplar en vuestras nobles almas
De la discordia el bárbaro veneno.
¡Su gozo no excitéis! Por siempre unidos

Os mire Anáhuac y os admire el mundo,
Y húndase la anarquía
Del Averno en el antro más profundo.

¡Y tú, Bravo infeliz, ángel caído!...
Mi canto dolorido
No insultará tu inmensa desventura.
Con sensible amargura
Renueva la memoria
Los timbres inmortales
De tu antigua virtud y de tu gloria.
Á pesar del laurel por el Anáhuac
Á tu frente gloriosa entretegido,
Del rayo celestial te ves herido.
En tu funesta suerte
Alta lección á las facciones diste
Y también á los reyes.
Contra el Anáhuac ó sus santas leyes
¿Quién osará luchar, si tú caíste?

(Enero de 1828.)

Á LOS MEJICANOS, EN 1829

¿Por qué el tiempo en sus alas fugitivas
Llevó el siglo dichoso
En que abrasaba el pecho en llamas vivas
El canto poderoso,
Y á los míseros siervos alentaba
El yugo á sacudir, y la alta frente

Al vencedor sublime coronaba?
¡Tiempo feliz, en que al cantar de Alceo
Turbábase el tirano,
Y á los triunfos volaba el Espartano,
Á la fulmínea voz del gran Tirteo!

Si piadoso el destino
Á mi labio prestara
Una centella de su ardor divino,
¡Cómo, Anáhuac, tronara,
Y contra tus eternos enemigos
Á devorante lid te levantara!

El tirano de España
Tras once años de lid, roto y vencido,
De su impotente saña
En el delirio bárbaro y furores
Ordena que sus siervos á millares
Dejen los patrios lares
Para cubrir á Méjico de horrores.
« ¡Id, » les dice « volad al rico suelo
» Que Cortés y Callejas desolaron :
» Sea la ferocidad que allí mostraron
» Vuestro norte feliz, vuestro modelo! »

Al mortífero acento
La vela sus esclavos dan al viento,
Y al azaroso piélago se lanzan,
Sin contemplar su inevitable suerte.
¡Insensatos! ¿dó vais? Mirad la muerte
Que en las costas de Anáhuac asentada
Tiende su mano pálida, y erguida

Con placer infernal suyos os nombra.
Vuestra invasión no asombra
Á los libres de Méjico ¡ Miradlos!
En ira santa palpitando el pecho
Os aguardan, y más que la existencia
Estiman denodados
Su libertad, honor é independencia.

¡ Á las armas, Anáhuac! y de guerra
El grito suene salvador, sublime,
Y el patrio fuego por do quier anime,
Y de acero y furor vista la tierra.
¡ Á lidiar! ¡ á vencer! ¡ De sangre ibera
Sediento el suelo está : su ardor saciemos,
Y en despojos sangrientos de tiranos
Perenne trono á Libertad fundemos.
Muerte, baldón al que la lid rehusare.
Y prefiriendo á Libertad el yugo,
La patria y el honor menospreciare!

¡ No! ¡ Jamás dejaremos
Que de la Independeucia en la ruïna
Con funesta victoria
Hunda un tirano el porvenir de gloria
Que grato Dios á nuestro afán destina!
¡ Jamás á la alta mente
Servidumbre fatal frene su vuelo,
Y audaz nos vede levantar la frente,
Y dirigirla sin rubor al cielo!
¡ Antes muramos que su indigna planta
Conculque las cenizas
De doscientos mil mártires!... ¡ Oidlos!

¿No escucháis cómo claman
Desde sus tumbas con terrible grito,
Y á lid y gloria y libertad nos llaman?

« ¡Mejicanos, alzad! No divididos
» Por odio vergonzoso
» En peligro pongáis el don precioso
» Que con mano sangrienta os ofrecimos,
» Y por cuya conquista en mil combates
» Al seno de la muerte descendimos.
» ¿Hoy á nuestros verdugos
» Dejaréis que derriben de la Patria
» El sacrosanto altar, su altar querido,
» Sobre nuestros cadáveres alzado,
» En tanta sangre y lágrimas bañado,
» Con tantos sacrificios adquirido?
» ¡No! circundadlo en torno,
» El juramento espléndido, sublime,
» De vivir libres, ó morir con gloria
» Truene do quier, y en letras de diamante
» En el ara esculpid; ¡Oh Mejicanos!
» *¡Rencor eterno, muerte á los tiranos!* »

¡Á los tiranos muerte!... ¡Yo lo juro,
Sombras augustas! Mi alma enajenada
Cede al Dios que me inspira
Dejar la grave toga y blanda lira
Para esgrimir la vengadora espada.
¡Á lidiar! ¡á vencer! ¡Con brazo fuerte
Presto en el Oceano
Hundamos para siempre los pendones
Nuncios infaustos de opresión y muerte,

Y al Anáhuac respeten las naciones!
El clamor lamentable
De la española rota el mar pasando
A Cuba llegue, su cadena impía
Destroce al fin el águila triunfante,
Y sus alas scberbias agitando,
Hasta en el trono espante
Al oprescr de Iberia. En sus altares
Á Libertad afirme la Victoria
Y de Méjico aplaudan á la gloria
Del Norte y Sur los apartados mares.

(Julio de 1829).

DESENGAÑOS

Cana mi frente está, mas no por años,
Que veinte y seis abriles, aun no cuento;
Cana mi frente está, no por espanto
Que no temí jamás. ¡Ay!. el tormento
De ansiar un bien ideal, que de mí ha huído
Cual vana sombra; el ponzoñoso encanto
Del falso amor, y su ilusión perdida
Mi tierno corazón han desecado,
Y, como duro cierzo, han devorado
La dulce primavera de mi vida.

Joven lleno de ardor, yo recorría
Con grave afán y meditar profundo
Las maravillas del visible mundo

La estrellada región de Poesía.
Osé bajar á la profunda fuente
De la verdad, y reflejó en mi mente
Su santidad y cándida hermosura.
Por premio á tanto afán la tumba oscura
Me devoraba en flor, dudosa fama
Dejándome esperar en lo futuro.
Contra envidia y calumnia mal seguro,
Sentí apagar de mi ambición la llama,
Y con profunda ira
Cerré mis libros, y quebré mi lira.

De mi oprimida patria los clamores
Turbaron mi quietud. Entre las manos
La vi gemir de un pueblo de tiranos,
Y devorar del yugo los horrores.
Ardió mi sangre, y exaltado, fiero,
Juré su libertad, y otros conmigo,
Y vi temblar al déspota severo,
Y tenderme falaz mano de amigo,
Dándome parte en el poder : rehuséla :
Quise más que opresor ser oprimido;
Y osando sacudir la vil cadena,
De noble orgullo y esperanza henchido,
Lanzéme audaz á la terrible arena.

« Cubanos », dije, « ¿ en servidumbre impura
El yugo sufriréis por siempre yertos?
¿ Sólo entre cataratas y desiertos
Producir pudo un Wáshington natura ?
Á la lucha terrible que preveo
La espada y pecho apercibid, cubanos :

Mostrad aliento digno de espartanos,
Y en mi tendréis al vengador Tirteo.
La agonizante patria gime triste,
Y no la salvarán clamores vanos :
¡ Cuando amagan y truenan los tiranos
En hierro y sangre la salud consiste ! »

De mi patria los ojos un momento
Atraje sobre mí... ¡ Delirio insano,
Presa mirónos del feroz tirano,
Sin sacudir su torpe abatimiento;
Y en medio de una hueste conjurada,
No se nos dió ni desnudar la espada.
Mis compatriotas nuestra ruina vieron
Sin gozo, indignación, ni pesadumbre,
Y en la vil servidumbre
Con más profunda ceguedad se hundieron.

El suplicio que fiero me amagaba
Pude evitar, y en extranjero cielo
Sentí apagar el generoso anhelo
Que tan indigna ingratitud pagaba.
De la vana ambición desengañado,
Ya para siempre adjuro
El oropel costoso de la gloria,
Y prefiero vivir simple, olvidado,
De fama y crimen y furor seguro.
De mi azarosa vida la novela
Termina en brazos de mi dulce esposa,
Y de mi hija la risa deliciosa
Del afán ya pasado me consuela.

(1829).

AL C. ANDRÉS QUINTANA ROO

POR HABER RECLAMADO CONTRA LA EXPULSIÓN ARBITRARIA DEL GENERAL PEDRAZA

Fué tiempo en que la docta Poesía
De independencia y de poder armada,
Al moral universo presidía.
Las hijas inmortales de Memoria
En inflexible tribunal juzgaban
Y á los héroes y dioses dispensaban
Indeleble baldón, ó eterna gloria.
Á ministerio tan sublime y puro
Prestaba grato su favor el cielo,
Y ante los vates desgarraba el velo
Á la incierta región de lo futuro.
Mas hoy la adulación su canto inspira,
Al sórdido interés atienden sólo,
Y á su boca venal airado Apolo
El don de los oráculos retira.

¡No empero yo! si de mi voz el eco
Yace olvidado en nulidad profunda,
De la lisonja inmunda
Jamás á la opresión quemé el incienso,
Y limpio el corazón, puras las manos,
Oso decir que *de mi libre Musa*
Jamás el eco adormeció á tiranos.
Recibe, pues, el himno de alabanza

Que parte de mi lira,
Y generosa admiración me inspira.

Cuando del hombre libre los derechos
Arrolla la opresión entronizada,
Y la calumnia y delacion armada
Siembran espanto en los confusos pechos:
Cuando jueces cobardes prostituyen
De Temis la balanza envilecida
Ante el gesto homicida
Del audaz opresor, y los senados
Enmudecen, ó bárbaros oprimen;
Cuando por el terror domina el crimen,
Tan sólo tú, sus iras arrostrando,
Das al Anáhuac el sublime ejemplo
De la virtud augusta
Con la opresión despótica luchando.
Del altivo tirano la insolencia
Con noble aliento desdeñar osaste,
Y á su sangrienta elevación lanzaste
El rayo vengador de tu elocuencia.
Así el sublime Tulio
De Roma en el atónito senado,
Envuelto casi en próxima ruïna,
Constante y denodado
El furor fulminó de Catilina.
Así en los campos del undoso Egipto
Por el Nilo inundados,
Majestuosa Piramide se eleva,
Y á las ondas hirvientes superando,
Su noble frente hasta las nubes lleva.

Prosigue, Andrés, tu generoso empeño,
Y humillando á tiranos y facciones,
Haz ver á las naciones
Que hay virtud en Anáhuac. Vano el ceño
Será del opresor, y su caída
Terminará sus bárbaros furores.
Prosigue, pues, tu espléndida carrera,
El himno escucha que mi voz te entona,
Y de encina y laurel noble corona
Ciña tu frente pálida y severa.

(Diciembre de 1830.)

LIBERTAD

Cuando el Creador con gigantesca mano
Sobre sus ejes á la tierra puso,
¿Tal vez formar al hombre se propuso
Siervo cobarde ó criminal tirano?

¿Enseñóle á doblar la vil rodilla?
No : el que oprime feroz y el que se humilla
Del modelo inmortal se han separado.
El hombre vió la luz altivo y bello,
De Libertad con el augusto sello
Sobre su frente varonil grabado.
Después hollando su feliz decoro
La infame tiranía,
Le osó pesar en su balanza impía
Con la plata insensible y con el oro.

¿Y por siempre serás, hombre oprimido,
Un lunar en la frente de Natura?
¿Jamás la guerra impura
Plegará su estandarte sanguinoso,
Nuncio de asolación y horror profundo?
¿Nunca los hombres vivirán hermanos?
¿Los crímenes ¡oh Dios! y los tiranos
Han de durar mientras que dure el mundo?

No, fieros opresores; vanamente
Queréis ver quebrantado
El gran resorte de la humana mente.
¿Podéis adormecer el viento alado,
Ó de los astros enfrenar el vuelo,
Ó encadenar la furia del Oceano?
Pues el ingenio humano
Es fuerte como el mar y el viento y cielo.

Profética esperanza me asegura
Que han de salir mil genios de la nada
Á inundar á la tierra despertada
En luz intelectual, celeste y pura.
Un nuevo sol dominará la esfera,
Y el incendio que vibre
Destruirá la opresión y los errores,
Prodigando sus rayos bienhechores
Al siervo libertad, virtud al libre.

Á UN AMIGO

DESTERRADO POR OPINIONES POLÍTICAS

Si la Musa que altiva me inspira
Nunca supo adular á tiranos,
De la lira que tiembla en mis manos
Hoy preside á la noble canción.
De un ilustre infortunio pretendo
Mitigar la gloriosa amargura :
De amistad opondré la voz pura
Al rugir de tirana facción.

¡Caro Albano! Mi pecho afligido
El adiós te dirige postrero :
Del cariño más firme y sincero
Es mi canto la prenda final.
Pero no : si la Patria te mira
Por injusto poder abrumado,
Noble esquife, en la playa barado,
Volverás con el flujo á flotar.

En la guerra civil nos ha sido
La gran causa común, y la suerte,
Y los hierros, la lid y la muerte
Arrostramos con cívico ardor.
¡Libertad la terrible metralla
Aumentaba con rotas cadenas!...
¡Horas arduas, ardientes, y llenas
De peligros y ciego furor!

De ese pueblo ignorante y opreso
Aliviar la miseria quisiste,
Y á su causa infeliz ofreciste
Tu elocuencia, tu genio y valor.
¡Ay! ¡en vano! Tus nobles afanes
Burla ya la feroz tiranía:
Al destierro sañudo te envía,
Y alevosa mancilla tu honor.

¡Parte, parte! Del Norte en los climas
Libertad un asilo te ofrece:
En su seno divino merece
Ocultarse tu noble revés.
De igualdad bajo el manto tranquilo
Allí reina la paz en los pechos,
Y del hombre los santos derechos
Sólo á Dios reconocen por juez.

Parte, Albano, á sus playas felices,
Y conserva con alta esperanza
Á la Patria, que débil te lanza,
Tu elocuencia y tu fiel corazón.
Siempre fueron los pueblos ingratos
Cuando ensayan las duras cadenas,
Y frenéticas Roma y Atenas
Inmolaron á Bruto y Foción.

AL GENIO DE LIBERTAD

¡Genio de Libertad, mi voz te implora!
En todo clima tu fogoso aliento
Esparció vida y luz, salud y gloria.
Por ti clamor inmenso de victoria
Estremeció de Maratón los ecos,
Para terror del déspota vencido.
En Roma libre, de funesto olvido
Preservaste los nombres inmortales
De Bruto, Cincinato, el gran Camilo,
Y de otros mil, cuya sublime frente
Coronó tu laurel. Su vasto foro
Con el aplauso resonar se oía
De un pueblo altivo, generoso y fuerte,
Que incienso á tus altares ofrecía.
En los montes helvéticos lidiaste
Con el arco de Tell, y allí fundaste
Á la simple virtud perenne templo.
Al septentrión de América elegiste
Luego por tu mansión; el noble pecho
Inflamaste de Wáshington divino,
Y presidiste á su inmortal destino,
Y consagraste su sencillo techo.

Después el Galo insano y furibundo
Te quiso colocar entre sus lares:
Mas te erigió cadalsos por altares
Y facciosos te dió por sacerdotes,

Que fueron duros, bárbaros; mas dieron
Ejemplo memorable á las naciones,
Y en la ruina de antiguas opiniones
Monumento perenne te erigieron.

¡Genio de Libertad! cuando con Riego
La noble frente en Gades elevaste,
¿Cómo en el porvenir no conjuraste
La cruel desolación que vino luego?...

Por fin al sur de América volando,
De los sublimes Andes en la cumbre
Que dora el sol con su perpetua lumbre,
Tu bandera divina tremolando,
Llamaste á libertad un hemisferio,
Que tras lucha gloriosa y dilatada
Feliz destruye el español imperio.

¡Genio de Libertad! desde mi cuna
Á los tiranos fieros me inspirabas
Generosa aversión; tú me llenabas
De inexplicable, de sublime gozo
Cuando sentado en la agitada popa,
Vi á mi bajel, del viento arrebatado,
Romper con furia las turbadas olas
Del irritado mar, y por sus campos
Leve volar, cual despedida flecha.
Por ti, genio inmortal, por ti me agrada
Clavar la vista al sol, y ansiosamente
Beber su inmensa luz. Mi voz te implora;
El ruego escucha del que bien te adora...
Ven, desciende al Anáhuac agitado

Por el tumulto atroz de las facciones,
Y su furor sangriento sofocado,
Respiren los humanos corazones.
¿Ó tan sola serás perturbadora,
Fantástica ilusión? No : yo te miro
De Iztaccíhual bellísimo asentado
En las etéreas cumbres, revestido
Con alta majestad. Bella, impalpable,
Como el arco de Dios entre las nubes,
Allá vislumbra la visión gloriosa.

LAS SOMBRAS

POEMA

Sunt lacrimæ rerum.

VIRGILIO.

EPÍSTOLA

AL CIUDADANO D...EN SU ENTRADA A LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE...

« El orbe todo entre cadenas gima,
Y el hombre hundido en servidumbre odiosa
La mano bese que feroz le oprima,
Los campos yermos y la tierra inculta
Queden de hoy más : miseria dolorosa
Única herencia á los humanos sea :
Sumido en el horror todo se vea.
Y esto ha de efectuarse : yo lo quiero,

Yo lo mando, y será. »
Dijo orgulloso
El despotismo, y á su voz terrible
Tronó do quiera el bronce sonoroso.
Tronó, y al punto de la espada horrible
Brilló la triste luz, corrió la sangre
Y la tierra empapó; sonrióse el monstruo.
De su segur atroz al golpe horrendo
Los fuertes destrozados expiraron,
Y los cobardes su furor temiendo,
En el polvo las frentes ocultaron.
Todo gimió vencido : el despotismo
En medio de la tierra esclavizada
Fundó seguro su sangriento trono;
La venganza fatal y el negro encono
El mundo en sangre á su placer bañaron.
Desfalleció la industria entre cadenas
Y miseria y dolores circundaron
Al humano infeliz. — ¿Y acaso eterna
Será desgracia tal? no; lució el dia
En que un mortal á Marte semejante
Lanzó al Averno al despotismo odioso,
Y el mundo respiró, y en un instante
La vió feliz su librador grandioso.
¡Ah! ¡llegue á nuestra América infeliz
Tanto, tan grande bien! ¡Sobrado tiempo
Vertiera estéril llanto entre cadenas
Sujeta á un opresor vil y tirano,
América infeliz! El Ser Supremo
Á ser feliz te destinó : tus campos,
De frutas mil salubres, deliciosas
Cubiertos siempre están : de tus montañas

La plata y oro en manantial perenne
Corren por siempre á enriquecer al mundo :
Tus bosques hermosísimos, soberbios.

¿Á dó se oculta la nación que un día
Al Anáhuac inmenso dominaba,
Que su cetro de gloria en él tendía,
Que á su enojo la América temblaba?
Huyó cual humo su brillante imperio:
Hora sumida en hondo cautiverio
Ni aun consig e templar su amarga pena
Con el recuerdo de los gr ndes días
Que fueron á sus padres de alta gloria,
Cuando á sus enemigos dominaban,
Cuando orlaba sus sienes la victoria.
De tan ínclitos hechos, la memoria
Se borró de su mente que avezada
Hoy es tan sólo á la servil cadena
Que la española gente echóle osad..

En este valle mismo se veían
Los generosos héroes mejicanos,
Que blandiendo los arcos en su mano
Las huestes á la lid apercibían.
Aquí los himnos bélicos sonaban
Que á los cobardes ánimo infundían,
Y al son del caracol en noble aliento
Los fuertes se inflamaban,
É impávidos, volaban
Á la gloria, á la lid, al vencimiento.
Hora yace en silencio sepultado,
Silencio que es nc más interrumpido

Por el triste llorar del desgraciado,
Por el hondo gemir del oprimido.

Sombra de Axayaces y Ahuitzoles,
¿Á dónde os ocultáis? ¿qué os habéis hecho?
Alzad: en vuestros reinos tan preciados
En vez de los magnánimos soldados
De quien tembló la América asombrada,
Sólo se ven indígenas menguados
De triste faz y lamentable tono
Desde que la opresión y tiranía
Aquí sentaran su nefando trono.

Cualesquiera Español es un tirano
Que orgulloso y feroz sin más derecho
Que nacer en Canarias ó en Europa,
Llena de orgullo su indolente pecho,
Y al débil indio con soberbia mano
Maltrata, insulta, oprime;
Y él ni aun siquiera gime
La cruda afrenta en su cobarde pecho,
Digno del yugo y la servil cadena —
Sombra de Axayaces y Ahuitzoles,
¿Á dónde os ocultáis? ¿qué os habéis hecho?
Aquesos pensamientos revolvía
En el espacio de su inquieta mente
Cuando una tarde al acabar el día
Silencioso vagaba tristemente
En el monte sagrado (1) en que reposan
De los Reyes Aztecas las cenizas:

(1) Chapultepec; colina en las inmediaciones de Méjico.

Allá donde mil árboles antiguos
Á despecho del tiempo y de los siglos
Siempre verde y hermosa alzan al cielo
La inmensa copa — Hablad, plantas sublimes,
¿No lamentáis de América la suerte?
¿Qué vió tres siglos en su rico suelo
Sino horror y cadenas, luto y muerte?
Vosotros, ¡oh dolor! ¡trocar las visteis
De altares, lengua y de señor! vosotros
Disteis placer á sus sencillos reyes,
Y los visteis pasar bien cual bandada
De fugitivas aves: su alta gloria
Feneció y su poder, y ya olvidada
Se ocultó en el sepulcro su memoria.
¿Y vosotros duráis? ¿y en vano el hombre
Se afana en perpetuar su nombre
Y en sangre y en sudor fiero se baña,
Y mil pueblos y mil encadenados
Víctimas gimen de su horrenda saña?
¿Y su memoria muere, y sobrevive
Un árbol vil á su funesta gloria?
Yo cavilaba así; la clara luna
Resplandeciente en la mitad del cielo
Al través de los árboles sombríos
Con suave vislumbrar bañaba el suelo
Con su plateada luz, que dulce y triste
Al mover de las hojas, semejaba
Á mil espectros pálidos y fríos
Que rápidos en torno vagueando
Se ocultaban do quier: mi alma llenaba
Una dulce y feliz melancolía.
Mas de repente escucho entre los vientos

Tristes gemidos resonar: alzado
Revuelvo en derredor la vista mía,
Y un hombre miro que hacia mí se acerca,
De perlas y oro el traje recamado;
Dorada mitra su cabeza cubre;
Manto nevado de algodón hermoso
Con majestad al brazo revolvía,
Y rica espada en ademán airoso
De un dorado tahalí pender se vía.
Absorto y de respeto poseído
Al ver su faz severa y majestuosa
Iba á inclinarme ante él, mas de repente
Le vi volver con rabia dolorosa
Á Méjico los ojos, y encendido
En despecho fatal juntó las manos,
Y al cielo alzó los furibundos ojos,
Y exclamó con dolor:

MOTEZUMA.

Hados tiranos,
¿Por qué guardarme á tanta desventura?
Húndame yo otra vez en el sepulcro,
Y no torne á sentir tanta amargura.
¿Mi Imperio hermoso en mano de los viles
Que me ultrajaron bárbaros? ¡Ah! ¿cómo
Sucedió tanto mal? ¿Cómo pudieron
Mis asesinos derrocar mi trono?
¿Cómo en la negra lid no sucumbieron
De mis vasallos al feroz encono?

¡Oh sucesores de mi grande Imperio!
¡Alzad del polvo en que yacéis sumidos
Cargados de baldón y vituperio!
Los sepulcros dejad: rotos, vencidos,
¿Cómo osaréis ante el monarca vuestro
Los ojos levantar?

Dijo, y al punto
Vi aparecer dos héroes: el primero
Mostraba ser en los consejos sabio,
Gallardo el otro me forzó á admirarle
Y el aprecio captó del alma mía:
Ni en Apolo, ni en Marte, dios guerrero
Se vió tanta beldad, tan alto brío.
Mitra dorada entrambos adornaba.
Entonces del Imperio Mejicano
Conocí á los monarcas infelices.
Mas Motezuma con semblante airado,
Así dijo á los dos:

MOTEZUMA.

¿Cómo, cobardes,
El alto imperio que os dejé perdisteis?
¿Mis soldados invictos que se hicieron?
¿Á quién el trono de Ahuitzol cedisteis?

CUITLAHUATZÍN (1).

¡Ay! los Dioses, señor, abandonaron
Nuestra causa infeliz: por donde quiera
Polvorosos, sangrientos, expiraron
Mil guerreros, y mil, al hierro duro
De los advenedizos; la atroz muerte
Precoz me arrebató.

GUATIMOZÍN (2).

Mientes, cobarde.
Si en los combates, si en la guerra fiera
Buscases la salud, otra la suerte
Fuera del Anáhuac; si valeroso
Tú nuestras huestres bélicas guiaras,
Si con la vista, y voz las animaras
Á la gloriosa lid, allá en Otumba
Hallaran nuestros crueles opresores
Á su ambición y á sus furores tumba.
Mas de la muerte horrenda temeroso
El mando del ejército fiaste
Á un caudillo inexperto, que muriendo,
De matanza feroz á los horrores

(1) Cuitlahuatzín sucedió á Motezuma, y murió á pocos meses de su reinado.

Los historiadores españoles le llaman Quetlanaca.

(2) El nombre mejicano es Quauhtemotzín, como también Moteuezoma.

Nuestra hueste infeliz dejó entregada.
No fui yo así, señor, siempre constante,
Siempre de libertad en sed ardiendo
Á los monstruos odié; mas mis vasallos
Al yugo atroz en su furor corriendo
Contra mí fascinados se lanzaron;
Ellos mismos con bárbaro alborozo
La cadena execranda se cargaron:
Los extranjeros bárbaros triunfaron:
Yo intenté sacudir su odioso yugo
Y en un suplicio perecí; mas siempre
Digno de ti, señor, y de mi padre (1).
La suerte, de mis glorias enemiga,
Bien me pudo abatir, no degradarme.
En el cadalso, en el soberbio trono
Siempre igual me mostré, ni de la muerte
Pudo la frente pálida arredrarme.

Dijo, y gimiendo Motezuma noble
Los ojos de mil lágrimas cargados
Alzaba al cielo, y las robustas manos
Doblaba con furor; y el héroe joven
Del monarca infeliz la pena fiera
Quiso calmar, y habló de esta manera:

GUATIMOZÍN.

No fuimos ¡oh Señor! en nuestro tiempo
Los desgraciados únicos: ¡alzaos

(1) Guatimozín era hijo de Ahuitzol, antecesor de Motezuma, célebre por su valor.

¡Oh! reyes de la América, que fuisteis
De aquesos hombres bárbaros, feroces
Las víctimas también! venid, juntemos
Nuestras quejas amargas y angustiosos
Nuestra suerte infeliz juntos lloremos.

Dijo: su voz cual trueno retumband
Por los aires sonó; del Sur volando
Tres Indios generosos y gallardos
La colina pisaron; en sus sienes
Ondear rosada borla se miraba,
Y entre dolor envuelta y pesadumbre
Hermosa majestad su frente ornaba.

Al llamar del Monarca mejicano
También en la agradable Venezuela
Alzóse de la tumba Guaycaypuro,
Caudillo noble, generoso y fuerte,
Á quien con vil traición los españoles
Lanzaron á los reinos de la muerte
Por quitar á su patria tal escudo.
Taramayna también se alzó sañudo,
Taramayna, terror de los iberos.
Y ambos marchando lívidos y fieros
Con clamores horribles se lanzaron
Á la regia colina; allí reunidos
De tantos Reyes las augustas sombras,
Habló Guatimozin de esta manera:

GUATIMOZÍN.

¿Quiénes sois? responded; nuestras desdichas
Gimamos á la par, y la inclemencia
De nuestra suerte bárbara lloremos,
Y al cielo vengador de la inocencia
Clamores de venganza levantemos,

ATAHUALPA.

El inmenso Perú me obedecía,
Cuando esos monstruos por mi mal llegando
Aniquilaron la ventura mía.
Yo descendientes de mi Dios los juzgo,
Y envuelto en inocencia candorosa
Á sus pérfidas manos me confío.
Mas su ambición y su codicia odiosa
Ellos mostraron : con perfidia horrenda
Y bárbara ansiedad montones de oro
Por darme libertad, falsos, exigen;
Yo derramo sobre ellos mi tesoro,
Pero á pesar de mi inocencia pura,
Del rescate á pesar, juran mi muerte.
El vil Pizarro su palabra olvida;
Saciar su sed de sangre era forzoso,
Y en un suplicio atroz, ignominioso,
Terminé mis desgracias y mi vida.

MANCO-CAPAC.

Yo, del Imperio sucesor, no quise
'a sangre derramar de mis vasallos;

Por montañas estériles, incultas,
El Imperio troqué; mas ambiciosos
Los crueles opresores de mi pueblo
La presa con furor se disputaron.
Algunos de ellos á la muerte huyendo
Seguro asilo junto á mí buscaron;
Yo mis justos rencores deponiendo
Generoso les doy en mi retiro
Noble hospitalidad, pero uno de ellos,
Ingrato á par de víbora traidora,
Me hizo lanzar el último suspiro

TUPAC-AMARU.

Yo tranquilo y pacífico en las selvas
Á la cadena atroz degradadora
No quise nunca doblegar el cuello,
Y los tiranos con furor odioso
De prisiones injustas me cargaron
Y á fuer de esclavo á su Señor rebelde
La vida en un suplicio me arrancaron.

GUAYCAYPURO.

Mi brazo que á mi patria consagrado
Su gloria en los combates sostuviera,
Contra esa cruel y engañadora gente
Fué de su libertad constante escudo.
Su hueste atroz esclavizar ansiando
Cual invencible asolador torrente

Llenó la tierra; su ímpetu sañudo
En mí se quebrantó; mi firme pecho
Cual dique insuperable á sus furores
Su soberbia humilló mil y mil veces.
Mas ¿qué sirve el valor para un contrario
Bárbaro á par que vil? Los españoles,
Ya que en la dura lid no me rindieron,
Con infame traición me sorprendieron;
Mas no fueron señores de mi suerte;
Yo al insufrible horror de ser esclavo
Sereno preferí la triste muerte.

TARAMAYNA.

Yo lidiando también.....

MOTEZUMA.

Basta, infelices.
He aquí ¡oh dolor! la ensangrentada historia
De la infeliz América: do quiera
Selló con sangre el Español su gloria:
Ferocidad, perfidia, hipocresía:
Tal su carácter fué. Yo rodeado
Del gran poder y de la gloria mía,
Cuando por mis hazañas asombrada
Del raudo Chagre al Niágara postrada
América á mi voz se estremecía,
Los colmé de tesoros y de gracias.
Si aniquilarlos quiso el pueblo mío,

Yo los amé y vivieron;
¡Y en vez de recompensa, ultrajes, muertes...!!
¡Qué ingratitud, oh Dios!!!...

Dijo gimiendo.
Los américos reyes le escuchaban.
También mi tierno pecho comprimido
En sollozos rompió: mi ardiente rostro
Un torrente de lágrimas bañaba:
Mas de repente el cielo oscurecióse,
Á la luna ocultó que antes hermosa
Al mundo con su faz iluminaba.
Allá á lo lejos el furioso trueno
Estalló, resonando en mis oídos;
Relámpagos sin fin brillar se vieron,
Por el aire las sombras se esparcieron
Y el monte resonó con sus gemidos.

FIN

ÍNDICE

POESÍAS AMATORIAS

IMITACIONES Y TRADUCCIONES

POESÍAS FILOSÓFICAS Y MORALES

POESÍAS VARIAS

POESÍAS PATRIÓTICAS

2021. — Imp. Leroy et Crémieu, 4-6, Rue Schomer, Paris.

